

## Jurados

### Ramiro Osorio Fonseca

Es Maestro en Letras Españolas de la Universidad de Guanajuato, México. Director y Maestro de Teatro. Ha dirigido más de 30 obras teatrales, de autores clásicos y contemporáneos.

Durante 40 años ha combinado el trabajo artístico con el de la gestión y promoción cultural. Fundador y Director con Fanny Mikey del Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá. Fue Director del Festival Sevilla entre Culturas y del Festival Internacional Cervantino de Guanajuato, México, entre otros Festivales internacionales.

En las últimas dos décadas ha desempeñado en Colombia las siguientes responsabilidades públicas: Director General del Instituto Colombiano de Cultura, Embajador de Colombia en México y fue el artífice de la redacción y aprobación en el Congreso de la Ley General de Cultura de Colombia, convirtiéndose después en el primer Ministro de Cultura del país entre 1997 y 1998 en el gobierno de Ernesto Samper Pizano, cuando el Instituto Colombiano de Cultura se convirtió en Ministerio de Cultura.

En la última década se desempeñó como Director de Cultura de la Secretaría General Iberoamericana. Desde 2010 es el Director General del Teatro Julio Mario Santo Domingo de Bogotá. Ha publicado diversos ensayos sobre teatro, políticas y gestión cultural. Ha sido consultor de la UNESCO y del BID.

### Juan Miguel Huertas Escallón

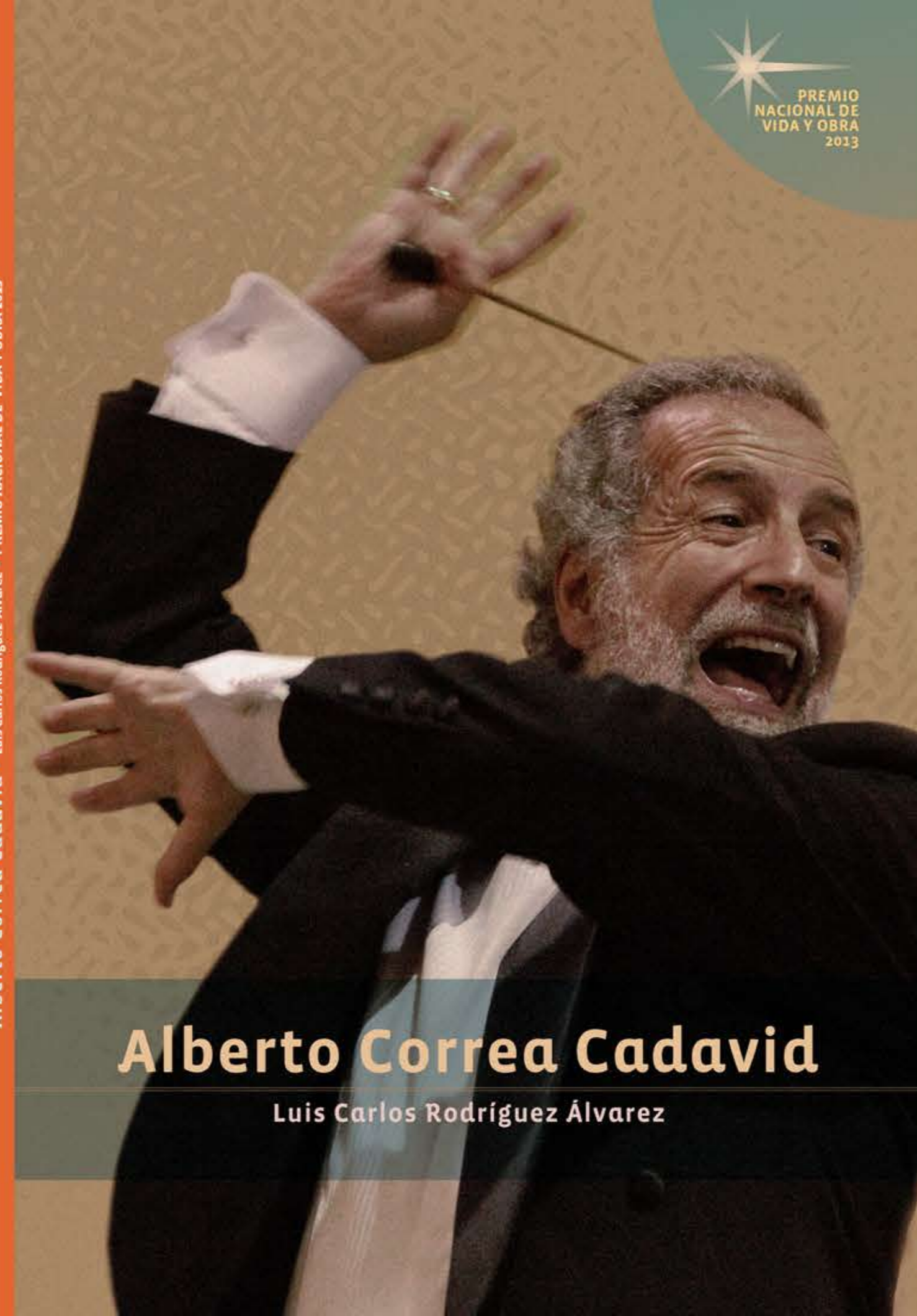
(1946) Juan Miguel realizó estudios de Arquitectura, Filosofía y Teología en la Universidad Javeriana. Fue Canónigo Dignidad Tesorero de la Catedral Primada (1986), secretario ejecutivo de la caja de auxilios del Clero (1975), director de la oficina de arquitectura de la Arquidiócesis de Bogotá (1983), delegado Arzobispal para la Catedral (1986), asesor y delegado de la Conferencia Episcopal para el patrimonio artístico (1988), miembro del Consejo Nacional de Monumentos (1994-2009) y delegado de la Conferencia Episcopal en la Comisión Mixta Conferencia Episcopal, Ministerio de Cultura (2002), entre otros. Ha sido asesor para el Museo de Arte Religioso del Banco de la República de Bogotá de las exposiciones: *Oribes y Plateros en la Nueva Granada* en (1990); *Libros de Coro de los Siglos XVII y XVIII*, (1991), *Santa Bárbara Conjuro de las tormentas*, (1992) y *Vestuario para Dios*, (1992). Ha sido delegado de la Arquidiócesis y redactó el texto del catálogo: *Santiago en América* del Monasterio de San Martiño Pinario en Santiago de Compostela, España, (1993), curador de la exposición *Figuras de éxtasis Arte Barroco en Colombia* en la Galería Nacional de Hungría, Budapest (1997) y curador y autor de textos del catálogo de la exposición *Gregorio Vasquez Ceballos El Maestro del Nuevo Reino de Granada* en la Basílica del Salvador en Moscú (2002) y en la Sala KBC Amberes en Bélgica, (2002).

### Santiago Díaz Piedrahita

(1944 - 2014) Piedrahita nació en Bogotá y realizó estudios profesionales en el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia. A lo largo de más de 45 años de labores, se desempeñó en posiciones docentes y administrativas en la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de importantes instituciones en Colombia y en el exterior, entre las cuales se encuentra la Real Academia de Historia de España, el Instituto de Geografía e Historia de Uruguay, la Academia Dominicana de Historia, la Academia Portuguesa de Historia, la Academia de Ciencias de América Latina, Centro de Investigaçao Pro. Joaquim Verissimo Serrão de Santarém (Portugal), la Academia Nacional de Historia de Argentina, la Academia Salvadoreña de Historia y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, entre otras. Maître de Conference Associé en el Laboratoire de Phanerogamie del Muséum National d'Histoire Naturelle de Paris, profesor invitado en el Real Jardín Botánico de Madrid y becario del Ministerio de Asuntos Exteriores de España y del Smithsonian Institution of Washington. La Universidad Nacional de Colombia le otorgó en 1990 la distinción *Maestro Universitario*; en 1998 la Medalla *Juan Herkrath* y en 2002 el título de *Profesor Honorario*. Recibió el *Premio Nacional al Mérito Científico* - Categoría Vida y Obra de la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia (ACAC) en 2003 y el *Premio Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales a la Obra Integral de un Científico* en 2008. Fue galardonado con el *Premio Iberoamericano de Botánica, José Celestino Mutis*, que le otorgó el Ayuntamiento de Cádiz, España "por su excepcional trayectoria científico-botánica, lingüística e histórica" en 2012. Fue autor de 27 libros y de numerosos artículos sobre botánica, sobre historia de la ciencia y sobre crítica literaria.



Alberto Correa Cadavid - Luis Carlos Rodríguez Álvarez - PREMIO NACIONAL DE VIDA Y OBRA 2013



# Alberto Correa Cadavid

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

## Investigación

### Luis Carlos Rodríguez Álvarez

(Medellín, 1964), Médico de la Universidad de Antioquia (1992), Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia (2007) y Candidato a Doctorado en Artes de la Universidad de Antioquia. Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia.

En la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín ha dictado desde el año 2000 el curso de contexto "La Música en Colombia", y es miembro fundador, investigador y asesor temático del Grupo de Investigación Audiovisual INTERDÍS, cuyos documentales sobre compositores colombianos han recibido varios premios nacionales e internacionales.

En la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia ha dictado por varios años el curso "Historia de la Música Académica en Colombia" y es miembro del Grupo de Investigación "Artes y Modelos de Pensamiento", donde coordina la línea de investigación "Compositores colombianos de música erudita".

Productor de programas especiales sobre la creación musical académica en Colombia para estaciones radiales en Medellín (Radio Bolívariana, Emisora Cultural Universidad de Antioquia y 95.9 Cámara FM) y para la Radio Nacional de Colombia en Bogotá.

Conferencista invitado a cursos, seminarios, congresos, paneles y otros eventos académicos en varias instituciones y universidades del país y del exterior.

Autor de los libros *Antología-Gonzalo Vidal* (1997); *Músicas para una región y una ciudad: Antioquia y Medellín, 1810-1865. Aproximaciones a algunos momentos y personajes* (2007), y *Roberto Pineda Duque: Un músico incomprendido* (2010).

Textos suyos sobre historia de la medicina e historia musical del país y sus creadores, han sido publicados en libros, revistas, periódicos, enciclopedias, discos y páginas electrónicas en Colombia, Estados Unidos, Venezuela, Alemania y España, desde 1989.









## Ministerio de Cultura

**Mariana Garcés Córdoba**

*Ministra de Cultura*

**María Claudia López Sorzano**

*Viceministra de Cultura*

**Enzo Rafael Ariza Ayala**

*Secretario General*

## Programa Nacional de Estímulos

**Katherine Eslava Otálora**

*Coordinadora*

**Andrés David Rojas Mora**

**Diana Ramírez González**

**Jorge Iván Berdugo Sánchez**

**Lady Johana Gómez Díaz**

**Ligia Ríos Romero**

**María Alejandra Caicedo Rodríguez**

**Miguel Barrero Perilla**

**Olga Lucía Quintero Galvis**

**Viviana Tellez Mendoza**

**Luis Carlos Rodríguez Álvarez**

*Investigación*

**Susana Carrié**

*Diseño, concepto gráfico-editorial*

*y edición fotográfica*

Imprenta Nacional de Colombia

*Impresión*

ISBN

978-958-8827-36-0

Bogotá, noviembre de 2014

Ministerio de Cultura

Programa Nacional de Estímulos

*Premio Nacional de Vida y Obra 2013*

Material impreso de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin la autorización expresa para ello.

✦ El *Premio Nacional de Vida y Obra* del Ministerio de Cultura fue creado en el año 2002 y representa el máximo reconocimiento a la labor de aquellos creadores, investigadores o gestores culturales colombianos, cuyo trabajo haya sobresalido en alguna de las expresiones culturales, en los ámbitos local, nacional e internacional y, en ese sentido, haya contribuido de manera significativa al legado y enriquecimiento de los valores artísticos y culturales de nuestro país.

<http://vidayobra.mincultura.gov.co>







# Alberto Correa Cadavid

Luis Carlos Rodríguez Álvarez



## CONTENIDO



<b>A modo de introducción</b>	<b>9</b>
<b>Primera parte: Vida</b>	<b>11</b>
Infancia	14
La Escuela	24
Bachillerato y adolescencia	26
Juventud	32
Estudios universitarios	36
Primera época laboral	42
Segunda época laboral	55
Matrimonio e hijos	59
<b>Segunda parte: Obra</b>	<b>63</b>
Estudio Polifónico de Medellín	64
Orquesta de Cámara de Medellín	76
Orquesta Filarmónica de Medellín	79
<b>Grabaciones</b>	<b>105</b>
<b>Distinciones otorgadas al maestro Correa por su labor cultural</b>	<b>111</b>
<b>Biografías mínimas</b>	<b>115</b>
<b>Epílogo</b>	<b>121</b>





## A modo de introducción

Este libro es el fruto de un trabajo animado por el respeto, la admiración y la gratitud. Bien pudiera decirse que no es objetivo.

Hace más de un cuarto de siglo conocí a Alberto Correa, cuando él dirigía la infancia de la Orquesta Filarmónica, atendía la adultez del Estudio Polifónico y él mismo era una especie de arquetipo de lo que yo quería ser en la vida, un médico músico. Por años no me perdí un concierto suyo, hasta que un día logré su atención. Por ese tiempo, tuvo la gentileza de obsequiarme un paquete de textos que me sirvieron para redactar, al final de mis estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, una charla sobre los nexos entre la medicina y la música, dos disciplinas-artes-ciencias, hermanadas desde la Antigüedad.

Después, fue la intención de escribir una reseña biográfica suya para el *Diccionario de la Música Española e Hispanoamericana* lo que me acercó definitivamente a él, un hombre que ha luchado toda la vida para ser un testimonio de amor al arte. Recuerdo que hablamos largamente tres o cuatro veces por teléfono, siempre a altas horas de la noche... Fue el comienzo de una amistad que, sin ser muy estrecha, ha sido sencilla, honesta y productiva, y que ha viajado en el tiempo sin cambio alguno.

Desde los primeros días, lo comparé con don Quijote, siempre lleno de quimeras y utopías, “anteponiendo sus ideales a su conveniencia y obrando de forma desinteresada y comprometida en defensa de causas que considera justas, sin conseguirlo”, tal como definiría la Real Academia Española. Pero también, como irredento soñador, sufriendo todos los embates del destino... Como buen quijote, muchas veces golpeado por los molinos de viento.

Siempre quise entender las razones que lo motivaban a dejarlo todo para sacar adelante sus sueños. Nunca entendí por qué era la única persona que se atrevía a poner en escena obras inimaginables en Medellín, con recursos inexistentes y sin buscar ganancia alguna, sólo porque él sentía que debían escucharse y disfrutarse en vivo en nuestra ciudad.

Porque en él, en su vida y en su labor titánica y tesonera, se hacía evidente y ejemplarizante aquello de que “sin música la vida sería un error”, la brillante e ingeniosa sentencia de Nietzsche. Todo en su gestión personal y profesional conducía a la exaltación del arte musical, a la gloria de Dios a través de Bach, Händel, Mozart, Beethoven y sus gloriosos colegas, como él mismo lo afirma. Su patrimonio, su familia, su ejercicio médico, todo estaba supeditado, sin dolor y sin violencia, a la música. Y eso le ha traído no pocas



críticas y mucha incompreensión, sin embargo, siempre ha sabido superar con una infinita paciencia esas nubes tormentosas y esos vientos huracanados. Sus molinos de viento.

Es muy difícil definir su personalidad en pocas palabras. Un ser humano sensible como pocos, con la vehemencia, la gracia, la fuerza, el ritmo y la nobleza necesarios para llevar con propiedad la batuta de todas sus empresas artísticas, Alberto es dueño de una increíble capacidad de trabajo, con un alto sentido de la responsabilidad, como también de una filosofía casi religiosa y de una diplomacia a toda prueba. Abierto siempre a las ironías de la vida y con un gran sentido del humor, suele burlarse de lo que no puede controlar. Sabe que la mayoría de los problemas son en realidad muy pequeños si se observan en conjunto.

Para quienes le conocen íntimamente no es un secreto que le encantan las multitudes y siempre busca lo grandilocuente y magnificante en la música. No es gratuito por ello que ame los montajes sinfónico-corales y a Johann Sebastian Bach por encima de todos los músicos de la historia de Occidente.

Todos los que han hecho música en Medellín —y tal vez en Colombia— deben algo a Alberto Correa: los estudiantes intérpretes de instrumento en busca de una orquesta donde hacer sus primeras prácticas sinfónicas, los cantantes con aspiraciones de solista en una obra grandiosa, los músicos consagrados, que han venido por más de cuatro décadas a nuestra ciudad a trabajar con él junto a su coro, junto a su orquesta o junto a los dos. Alberto siempre les ha dado una oportunidad.

Por todo ello, para escribir este libro que honra su vida y su obra, en lugar de la enumeración fría de sus logros, de un recuento simple de sus asuntos vitales, hemos querido que fuera él, en sus propias palabras, quien nos lo contara todo; siempre con esa pasión y humor que lo ha caracterizado, como en una larga entrevista personal, quien nos confesara todos los detalles. No es una convencional biografía; es más una amigable conversación, en la que cuenta una a una todas las experiencias de su presencia cultural en Medellín, adornándolas con sabrosas anécdotas, sus años de infancia y de seminario, su formación musical y sus estudios de medicina, su carrera, sus triunfos y frustraciones, sus sueños y aspiraciones. Nadie mejor que él para decirnos cómo nacieron el coro y la orquesta, sus dos obras magnas: el Estudio Polifónico de Medellín, que en poco tiempo celebrará sus Bodas de Oro, y la Filarmónica de Medellín, que cumplió 30 años cuando despedía a su fundador. Todo, como en una fílmica retrospectiva, deambulan por las páginas de este libro hecho con infinito cariño. ✨

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

## Primera parte: vida





\* El abuelo de Alberto Correa "Papá Viejo" aparece con la señora de su tío Francisco, Carola Gómez a la izquierda. Al centro su tío Francisco y a la derecha de éste su abuela Rosalía. Una de las niñas es Olga Cadavid, su prima e hija de los anteriores. La niña de azul y la otra joven de edad mediana son desconocidas, 1943.

E

n la Clínica Santa Ana de Medellín —por entonces una de las pocas clínicas privadas de la ciudad— nació, a la 1:30 de la tarde del 2 de julio de 1942, el maestro Luis Alberto Correa Cadavid. Fue el cuarto, de nueve hijos<sup>1</sup>, en el hogar conformado por Tulio Correa Fernández y Graciela Cadavid Gómez. Bautizado 11 días después, en la Iglesia de la Veracruz<sup>2</sup>, fueron sus padrinos Gilberto Arcila, un tío político, y doña Concepción (Conchita) Henao Echavarría viuda de Correa<sup>3</sup>.

Como muchas de las familias antioqueñas conformadas antes de la década del sesenta del siglo pasado, la ascendencia de los Correa Cadavid es numerosa: diez fueron los hijos en el hogar de sus abuelos maternos, Ernesto Cadavid y Rosalía Gómez (de ellos, Francisco, casado con su prima hermana Carola Gómez, tuvo doce hijos, y Lía, casada con Gilberto Arcila, trece), y ocho en el de sus abuelos paternos Marco Antonio Correa y Amelia Fernández. Tíos y tías, primos y primas que, además de sus padres hermanos y abuelos, significarán mucho en la vida del maestro Correa. \*

1. Sus ocho hermanos son: Óscar (1937), Nora Helena (1938), Francisco Javier (1940), Ángela (1944-2006), Germán (1946), Ernesto (1949), Beatriz (1950) y Jaime de Jesús (1951-1952).

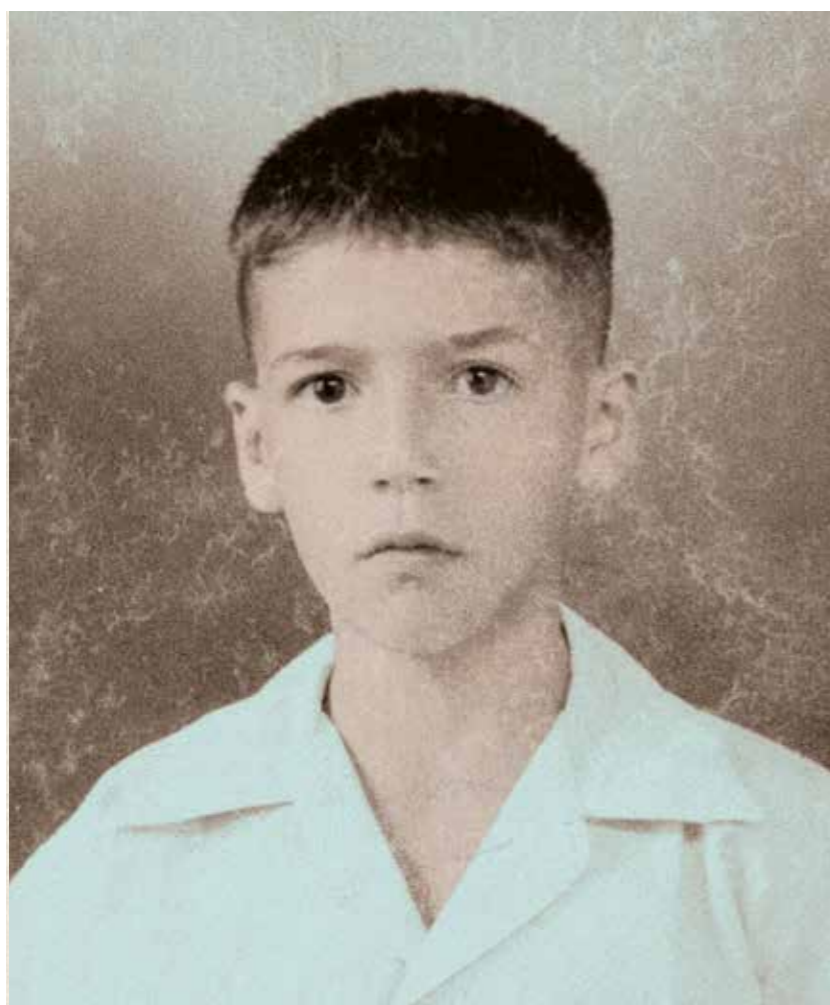
2. Ofició el Pbro. Germán Posada E. La partida de bautismo -Libro 001, Folio 176, Número 0442-, pasó a la Iglesia del Calvario. Su madrina, doña Conchita, vinculada por estrechos lazos de afecto a la familia Cadavid, era la madre del doctor Alfredo Correa Henao, médico de gran prestancia en la ciudad, fundador en 1944 del Instituto de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y quien ejercerá una influencia significativa en la vida profesional como médico del maestro Correa.

3. Sobre su nombre cuenta el maestro Correa: "Mi nombre completo es Luis Alberto. Cuando tenía 10 años mi mamá me contó que me habían añadido el nombre de Luis porque cuando nací se acababa de morir un tío de este nombre, y que lo hacían para que yo lo reemplazara. Pero yo no quería reemplazar a nadie y me negué a que me siguieran llamando Luis. Sin embargo, mi mamá y algunos de mis hermanos siempre me llamaron Luis Alberto y mi hermano mayor Luis. En el colegio, en la Universidad y en la calle me conocen por Alberto. Cuando ya se podía cambiar el nombre en la Notaría quise hacerlo, pero fueron tantos los papeles que me exigían que al final renuncié al cambio. Mis primos me pusieron un sobrenombre: "chicha" o "chicharrón". No sé la razón".



## Infancia

Vivíamos —evoca el Maestro con emoción, al preguntarle sobre sus años infantiles— en una casona situada en Calibío [Calle 52] con Cundinamarca [Carrera 53], diagonal al antiguo Palacio Municipal (sede del antiguo Museo de Zea y hoy Museo de Antioquia) y al frente de la parte posterior de la Casa de la Moneda (primera sede del Museo de Antioquia). Era una casa antigua, muy amplia, de grandes y numerosos cuartos; con patio central lleno de pinos y eras de césped separadas por pequeños caminos en cemento, parecidos a los jardines antiguos. Los cuatro costados del patio estaban rodeados por amplios corredores. Las habitaciones eran gigantescas, de techos altos, y en ellas había varias camas muy cómodamente. En cada cuarto teníamos esca-



✦ Alberto Correa Cadavid, a los 10 años.

© Archivo familiar



✦ Don Ernesto Cadavid Espinal, "Papá Viejo". Abuelo materno de Alberto Correa y su abuela Rosalía Gómez.

© Archivo familiar

parates en los que se guardaban las ropas y otros elementos de uso doméstico. Vivíamos con mi abuelo materno —a quien llamábamos cariñosamente "Papá Viejo"—, mi tía Consuelo —quien había sido monja en las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver y que por entonces se había salido del convento para cuidar de mi abuelo (al morir éste entró a las Clarisas Descalzas de Bello, donde vivió los últimos 25 años de vida y fue enterrada en los jardines del convento)—, mi tío Ricardo y mi tío Mario —quien luego se iría de la casa al casarse y volverse pastor evangélico—.

Don Ernesto Cadavid Espinal —"Papá Viejo"— se graduó como ingeniero en la Escuela Nacional de Minas, y como tal participó en la construcción del Ferrocarril de Antioquia en el tramo comprendido entre el túnel de La Quiebra y Medellín. Terminada la construcción, desempeñó por varios años el cargo de Superintendente del tramo Medellín-Puerto Berrío. Militante del partido conservador, dividido entonces entre los seguidores del Dr. Mariano Ospina Pérez —conocidos en la época como "conservadores oficialistas"— y los del Dr. Laureano Gómez, seguía las orientaciones del primero. Poseedor de una exquisita preparación académica, que incluía el dominio del latín y del francés, Don Ernesto fue un guía fundamental en la educación de sus nietos. Dice el maestro Correa:

Mis hermanos y yo fuimos los nietos privilegiados de mi abuelo Ernesto; nos cuidó amorosamente y todos guardamos un gran respeto a



su memoria. Las caminadas con él por el campo eran una verdadera cátedra de ciencias naturales: todo lo que veía le daba motivos para una enseñanza o una narración. Guardo en la memoria, y todavía hoy me regocija, el ritual que día tras día se llevaba a cabo en la mesa del comedor, encabezada por él y con todos nosotros a su alrededor. La Curia Arquidiocesana le enviaba unas damajuanas con un excelente vino de consagrar que él utilizaba para prepararse una “sangría”, que consistía en mezclar dos terceras partes de agua, una tercera parte de vino de consagrar y azúcar. Mientras se la tomaba con enorme placer, nosotros lo mirábamos extasiados y esperábamos el momento más importante: cuando solo quedaba ya muy poco para terminarla, nos dirigía una mirada inquisidora y, en un instante, resolvía quién compartiría el trago final con él. Nunca supimos las reglas en las que se basaba para tomar su decisión, pero para nosotros era un premio, y ese trago nos sabía a gloria.

Gracias a una amplia visión psicológica, mi abuelo influyó enormemente en nosotros sin coartar nuestras elecciones personales. En los períodos de vacaciones, nos hacía estudiar lo que él pensaba que serían nuestras vocaciones. Con mis hermanos mayores estudiaba matemáticas, y a mí me inculcó el latín y la lectura. Me dio a conocer su biblioteca particular, en la que se encontraba una edición completa, en inglés y en hermoso papel biblia, de la *Enciclopedia Británica*, algunas de las obras de don Tomás Carrasquilla, el gran novelista antioqueño de talla universal, y la colección de las primeras ediciones del maestro Fernando González\* —el ya entonces famoso filósofo de Envigado—, dedicadas a él por el propio autor. Estos libros tenían un imán delicioso para mí, porque estaban en el llamado *Índice*<sup>4</sup> y era pecado reservado al Arzobispo de Medellín, leerlos, venderlos, prestarlos, compartirlos, etc. Cuando en mis años universitarios conocí personalmente al maestro González, fue para mí una verdadera revelación espiritual. Además, otro lazo familiar me unía a él: mi tío paterno Benjamín Correa\* es el famoso “jesuita predicador”, compañero del autor en su *Viaje a pie*.<sup>5</sup>

\* Todas las personas citadas con asteriscos (\*), se reseñan en la sección **Biografías mínimas**, al final de este libro.

4. *El Index librorum prohibitorum (Índice de libros prohibidos)* es una lista o catálogo elaborado por la Iglesia Católica que contenía aquellas publicaciones consideradas contrarias a la fe, bien por su contenido anticlerical, por ser sus autores de origen anglosajón y, por lo tanto, protestantes, o bien por inducir al ateísmo. Prohibida toda obra que figurara en este catálogo, su lectura era considerada pecado grave.

5. El libro *Viaje a pie* fue publicado por primera vez en la editorial francesa *Le Livre Libre*, en octubre de 1929 y distribuido ese mismo año en Colombia. Como su nombre lo indica, es un relato del viaje realizado por González y Correa, en palabras de su autor, “una trinidad andariega: dos aficionados a la filosofía y un caballo aficionado a la lentitud. Éramos tres animales y un solo filósofo”, entre el 21 de diciembre de 1928 y el 18 de enero de 1929, por Antioquia, antiguo Caldas y Valle del Cauca. Ese mismo año de 1929, el libro fue prohibido bajo pecado mortal por el



\* Ferrocarril de Antioquia, donde el abuelo, Ernesto Cadavid, trabajaba como Superintendente del tramo Medellín-Puerto Berrío.

Y había más en aquella casona del abuelo: una pianola de madera, con un hermoso laqueado café y en la parte frontal dos lámparas candelabros; era marca Pleyel, y accionada mediante pedales y gracias a rollos de papel perforados reproducía un sonido que, según recuerda el maestro Correa, era

Arzobispo de Medellín, Monseñor Manuel José Caycedo, prohibición ratificada al año siguiente por el arzobispo de Manizales. El viaje, en realidad hecho a pie, a caballo y en tren, partió de Envigado, pasando por las poblaciones de El Retiro, La Ceja, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali, Buenaventura, Armenia y lo que medio siglo después sería el Parque Nacional Natural Los Nevados, para retornar al punto de partida, Envigado. Vivido realmente y escrito paso a paso durante el camino, la descripción de la variación abrupta del paisaje andino de Colombia se contrasta con sus interpretaciones filosóficas del pensamiento humano de la zona cafetera, antioqueña, valluna y del pacífico. Es una obra donde el andar se vuelve motivo de reflexión a medida que en él se encuentran los paisajes, los poblados y las gentes.





©Corporación Otraparte

✦ A la izquierda, su tío paterno Benjamín Correa, y Fernando González, al centro, 1928.

“dulce, para nada metálico”. Había sido importada por Don Ernesto en el mismo cargamento que traía los vagones y locomotoras para el Ferrocarril de Antioquia, y durante algunos años tuvo su lugar en la “sala cerrada” —aquella que en los hogares antioqueños de mitad del siglo pasado solo se abría en ocasiones especiales, pues para la vida cotidiana se tenía la sala auxiliar o recibo— rodeada —en palabras del Maestro— “de unos hermosos pero sencillos muebles estilo *Luis XV*”, entre los que se encontraba el mueble que servía para guardar los rollos. “Hermosas obras de la música universal, como la *Rapsodia Húngara*, otras piezas de Liszt y algunas obras de Debussy”, son evocadas con algo de nostalgia por Correa. En 1948, la pianola fue llevada a la sala auxiliar para que Consuelo, la tía ex-monja, quien había estudiado piano en el Instituto de Bellas Artes de Medellín con la maestra italiana Luisa Manighetti\*, pudiera tocarla. Fueron las primeras sonatas y sonatinas para piano escuchadas por el maestro Correa, y su primera asistencia a la interpretación de obras musicales en vivo. Cuando, luego de la muerte del abuelo, Consuelo ingresó al convento de clausura de las Hermanas Clarisas, la pianola se fue con ella.

Para la mayoría de los hombres adultos, las navidades pasadas en su infancia constituyen un capítulo especial en la memoria de sus alegrías. El maestro Correa no es la excepción:

Tengo bellos recuerdos de mis primeras navidades. Cuando llegaba diciembre, la familia en pleno salía de romería al centro de Medellín a “ver vitrinas”. Por supuesto, nosotros los niños nos antojábamos de muchas cosas que nunca nos compraban. Había que esperar al Niño Jesús, cuyo regalo consistía en un paquete con ropa y un pequeño juguete. Recuerdo que mi primer juguete de Navidad fue una cabeza de caballo atada a un palo de escoba; después vinieron la pelota de números y el carrito “a propulsión”. Tendría yo 7 u 8 años cuando empezaron a aparecer los arreglos navideños en almacenes y vitrinas, y poco después se inauguró el imponente edificio de Fabricato en el cruce de la carrera 49 (Junín) con la calle 51 (Boyacá). Puedo aun revivir la felicidad que sentía cuando cada diciembre, durante varios años, íbamos al *mezzanine* del edificio, situado en el segundo piso, a escuchar los villancicos interpretados por unos muñecos de tamaño natural vestidos como acólitos —con sotanas rojas y sobrepelliz— que se movían al ritmo de la música.

Además de la pianola, la tía Consuelo y los villancicos, otro factor vino a fortalecer el despertar de la afición musical de Alberto Correa: el desarrollo de la radio comercial en Medellín durante la década de los años cuarenta.

El aparato de radio —rememora el Maestro— me causaba una gran fascinación. Hacía mil maromas para subir al escaparate donde se le resguardaba “lejos del alcance de los niños”, con la esperanza de ver salir la gente que, por arte de magia, había reducido su tamaño durante los programas. Esta fantasía me acompañó durante algún tiempo: creía que la gente que asistía al radioteatro de las emisoras se volvía pequeñita para, así, entrar y salir de esa caja de madera que era el receptor de la radio. Por entonces me gustaba escuchar dos emisoras que todos los días tenían programas musicales con orquesta en vivo: *La Voz de Antioquia* y *Radio Libertad*, en la primera la orquesta era dirigida por el maestro español José María Tena\*, y en la segunda por el maestro Carlos Arigita, también español, que unos años después tendría como asistente a un joven muy lúcido: Blas Emilio Atehortúa\*. Cuando la emisora *Radio Libertad* fue vendida a la *Voz de Medellín*, la dirección de la orquesta estuvo a cargo del gran pianista y director italiano Pietro Mascheroni\*. Sin lugar a dudas, estas orquestas fueron las antecesoras de la Orquesta Sinfónica de Antioquia.

Pero la radio no solo transmitía música clásica. También se oían bambucos con Obdulio y Julián, Espinosay Bedoya y el Dueto de Antaño;



tangos, muchos tangos –sobre todo después de la muerte de Gardel en el Aeródromo Las Playas, que después sería el Aeropuerto Olaya Herrera–; corridos mexicanos cantados por Pedro Infante; música de Agustín Lara y Rafael Hernández; y, sobre todo, boleros, cuyo ritmo cadencioso y sus hermosas letras me encantaban: escuchaba con mucho placer a Johnny Albino y su Trío San Juan cantando “Cosas como tú” y a Los Tres Diamantes con “La gloria eres tú”. Además presentaban en vivo a los artistas que llegaban a Medellín, entre los que recuerdo al médico Alfonso Ortiz Tirado, a Juan Arvizu —conocido como el “Tenor de la Voz de Seda”— y al “Rruiseñor de las Américas”, don Pedro Vargas.

Otro encantamiento tenía la radio en aquella época: los concursos en vivo, de los que no se privaban de participar los hermanos Correa:

Muchas veces ganamos los concursos en vivo, pues como vivíamos en el centro estábamos muy cerca de las emisoras, y cuando pedían que lleváramos alguna cosa, salíamos corriendo y llevábamos el objeto pedido. Recuerdo un programa de concurso en Radio *Libertad* —quedaba en Sucre, entre Caracas y Argentina—, en la que trabajaba la gran dama de la radio y después de la televisión, doña Dora Cadavid. Pidieron una plancha y yo la llevé. El premio fue realmente encantador. Un juguete que era un pozo para sacar agua: accionando una palanca subía un pequeño cubo de agua, que uno tomaba con las manos y se *inventaba* todos los juegos posibles.

Juegos que, con sus hermanos Francisco y Germán, se prolongaban en la simulación de ser productores, directores y actores de una estación radial: reproducían, entonces, las canciones, imaginaban las propagandas e inventaban programas de concurso (años después, Germán sería radioaficionado y trabajaría en Radio Bolivariana y Todelar en la instalación y mantenimiento de los equipos; instaló, también, la emisora de la Cámara de Comercio y el Sistema Muscar de Carvajal).

Pero una ley de compensación inherente al desarrollo de la sensibilidad humana distribuye —a veces en equilibrio, otras de manera desequilibrada— las alegrías y tristezas que, vividas en la infancia, fortalecen y determinan el rumbo de la vida adulta. En el inventario de las tristezas infantiles, el miedo ocupa un lugar importante en los recuerdos del maestro Correa:

Pasábamos vacaciones con todos los primos en una finca de uno de los hermanos de mi mamá: el tío Pacho. Quedaba en lo que hoy es el Playón de los Comuneros. Era una finca llena de árboles de naranja, mandarina y mango, con un buen prado al frente de la casa. Convivían con



© Archivo familiar

\* Aparecen la mamá de Alberto Correa, en la fila de atrás a la izquierda vestida de azul al lado de sus hermanas: Consuelo, Lía, Amparo y Sara, 1930.

nosotros varias empleadas que ayudaban en los oficios domésticos, y una de ellas narraba unos cuentos de miedo que nos hacían sufrir. Recuerdo que eran mitos antioqueños, porque ahí oí hablar de la Madre monte, de la Patasola, de la Patetarro, del Mohán y otros monstruos. Pero tenía ella una imaginación muy vívida para mostrarnos unos cuadros terroríficos. Claro que no rehuíamos a que nos los contaran, por el contrario, pedíamos que lo hiciera. Teníamos “terror” al ir a la cama —aunque dormíamos varios en la misma habitación— pues creíamos que debajo de ella, y amparados por la oscuridad, se resguardarían los monstruos. Nuestras madres tenían, entonces, que revisar debajo de la cama, y solo nos acostábamos después de que nos aseguraban que ningún monstruo vendría a interrumpir nuestro sueño.

Sin embargo, terrores más reales —en un país que entraba en una época de violencia de cuya crueldad todavía no ha logrado salir— amenazaban las alegrías infantiles.

Tengo como uno de mis recuerdos más importantes lo ocurrido el 9 de abril de 1948. Iba a cumplir 6 años y, sin saber por qué, un carro de la policía se llevó a mi abuelo y a mi papá para alguna parte. Quedamos en manos de mi madre y de mis tíos, quienes decidieron encerrarnos en la parte posterior de la casa. Sentíamos el miedo en el ambiente y los incendios nos rodeaban. En las calles la gente gritaba, luego vino el toque de queda. Al día siguiente nos devolvieron a mi papá y al abuelo —se los habían llevado para protegerlos— y comenzamos a oír las





© Archivo familiar

✦ Sus abuelos maternos en la parte de atrás. Adelante, los tíos-abuelos Cadavid Espinal: Jesús Antonio, María Evangelina, Carlos y Alejandro, 1945.

noticias que traían los familiares. Ardieron los periódicos conservadores *La Defensa* —aledaño a la Iglesia de la Veracruz— y *El Colombiano* —en la calle Maracaibo, unos metros arriba de la carrera Bolívar—. La cercanía de nuestra casa al Palacio de Gobierno Municipal, la Casa de la Moneda y las Rentas Departamentales nos valió la custodia de la policía en aquel día donde todo fue confusión y miedo.

Con el paso de los días, y sintiendo más que comprendiendo, el maestro Correa —como todos los niños de la época— escucharía en las noticias transmitidas por la radio, en las voces aprehensivas de familiares, vecinos y amigos los terrores desatados por pasiones partidistas. Sería también testigo de la llegada a la ciudad de grupos de desplazados que invadían las aceras en busca de la limosna que apaciguara un poco el hambre y el abandono, del brillo metálico de los tugurios levantados en las montañas que rodean la ciudad y de las primeras invasiones:

Estábamos en la finca del tío Pacho y una noche los perros empezaron a ladrar y no paraban. Se oían voces y nuestros padres y tíos iban de un lado a otro haciendo consultas. A nosotros se nos prohibió salir de las piezas. Al amanecer, vimos lo que había ocurrido en la noche. Llegaron camiones y automóviles y sin bañarnos, fuimos sacados de la finca. Se habían tomado durante la noche todas las mangas de la finca y la gente había construido casas con cartones y latas. Colocaban la bandera de Colombia a un lado. Fue ésta, quizás, una de las primeras invasiones ocurridas en Medellín. ✦



© Archivo familiar

✦ Su abuelo "Papá viejo" rodeado de sus hijas, tías del Maestro Correa.





© Archivo familiar

\* Grupo familiar en Villa Lina. Hacia 1940.

## La Escuela

A la edad de 5 años, Alberto Correa inició sus estudios en el Gimnasio Medellín —situado en Maturín (calle 46) con Pascasio Uribe (carrera 42)—, regentado por Don Daniel Gómez —cuñado del abuelo materno—. Contaba, entre sus profesores, con Don Miguel y Ángela Gómez, el primero primo y la segunda hija del rector (a la muerte de éste, su hija continuaría a la cabeza del colegio bajo el nombre de Gimnasio San Joaquín).

Recuerdo —dice el Maestro— que no quería entrar al colegio, pues me daba mucho miedo. Tuvo que intervenir don Daniel, quien con su voz de bajo serio y exigente me dominó con una orden y no tuve más remedio que ingresar.

Lo recibió en el Kinder (primer año de estudios equivalente a lo que hoy se conoce como pre-escolar) la Srta. Ana, y al terminar el año ya sabía leer y todas las operaciones matemáticas, por lo que Don Daniel, en común acuerdo con los padres, decidió que al año siguiente podía ingresar a segundo de primaria. Fueron sus profesores: en segundo la Srta. Isaura, en tercero la Srta. Delfina, en cuarto Don Miguel y en quinto Don Daniel y la Srta. Ángela, su hija, quien además era la profesora de música. Con ella los alumnos preparaban los cantos de la Primera Comunión que luego interpretaban en el ancianato de las Hermanitas de los Pobres (situado en la parte posterior

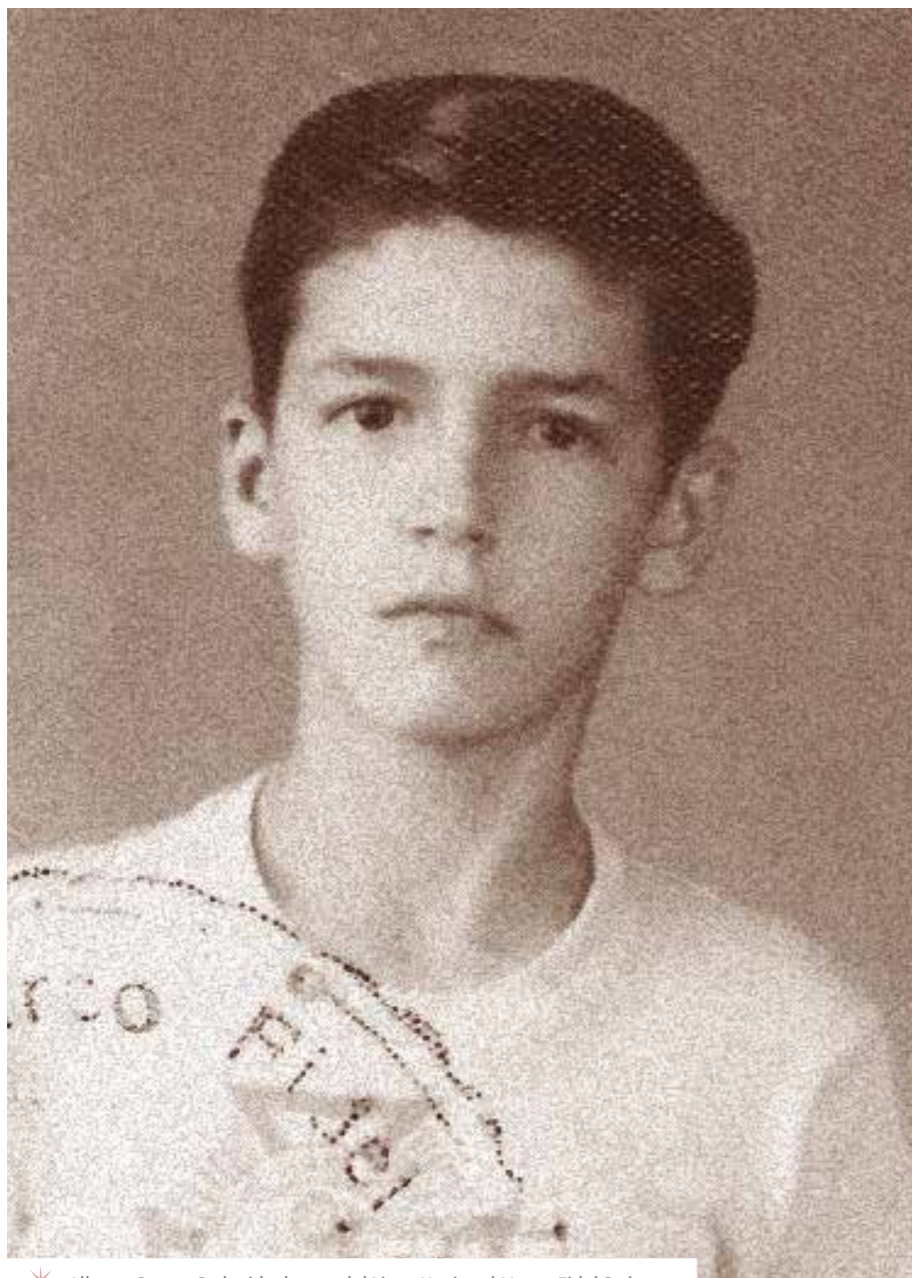
del colegio, por la calle San Juan, donde todavía hoy permanece). Al parecer, el coro formado por los niños que entonces se preparaban para recibir el sacramento resultó bastante competente, pues el maestro Correa conserva la imagen de...

... la que sería mi primera y única actuación en el Teatro Bolívar: el “Coro de las sombrillas”, perteneciente a la zarzuela *Luisa Fernanda* de Federico Moreno Torroba.

Pero ese año de quinto de primaria trajo más que la presentación en el Teatro Bolívar, y su memoria es la de la claridad de una vocación:

La jornada era de 8 a 12 de la mañana y de 2 a 5 de la tarde. Por cualquier travesura que he olvidado fui castigado y por dos horas me dejaron haciendo planas en el colegio. Al salir, a las 7 de la noche, bajaba por Pascasio Uribe y al llegar a la esquina con Bomboná, donde quedaba una de las puertas de acceso al antiguo Liceo de la Universidad de Antioquia, escuché algo que sería definitivo y determinante en mi vida: una música ininteligible para mí, pero absolutamente hermosa. Me pegué a la ventana del aula y vi un coro de siete hombres que ensayaba —como luego supe— un motete de Giovanni Pierluigi da Palestrina. El coro hacía una armonía perfecta y las voces se sucedían unas tras otras persiguiéndose, acercándose, separándose... Me quedé allí parado durante una hora entera. Estaba trastornado. Todavía hoy, a más de 60 años de aquella noche, siento lo mismo ante esta música. Al día siguiente decidí regresar, y lo mismo al siguiente. Tenía 9 años y medio. El Director observó mis visitas a la ventana y me invitó a ingresar al coro. Le pedí que hablara con mi papá, quien aceptó con la condición que no descuidara mis estudios y que, por la hora de salida, me llevarían a mi casa. Así ingresé como voz blanca, soprano, a este coro de adultos que, a la semana siguiente, se había completado con tres niños más. Ese coro era la Coral Tomás Luis de Victoria en su primera etapa, y el director, el maestro Rodolfo Pérez González\*. Desde ese momento, casi todas las tardes de mi larga vida he tenido ensayos corales al comienzo de la noche. También, con tan noble institución tuve, al final del año siguiente, mi primer concierto: fue en el Salón de Actos del antiguo Colegio de San Ignacio, en beneficio de los Niños Cantores de Morelia, México, a quienes sus patrocinadores les quedaron mal y no tenían los tiquetes de regreso a casa.





© Archivo familiar

✧ Alberto Correa Cadavid, alumno del Liceo Nacional Marco Fidel Suárez.

“En la coral aprendí solfeo y conocí obras de Victoria, Palestrina, Morales, Guerrero, Gallus, Gastoldi, entre otros, además de los Cancioneros de la Universidad de Upsala, de la Casa de Medinaceli, de Juan Vásquez, el Cancionero de Palacio, el de La Colombina y la más fina polifonía del Renacimiento español, italiano, francés e inglés”. ✧

## Bachillerato y adolescencia

Terminada la primaria, Alberto Correa tuvo dificultades –debido a que aún no cumplía 10 años– para ingresar al bachillerato. Finalmente lo aceptaron en el Liceo Antioqueño, adscrito a la Universidad de Antioquia. Continuó en la Coral Tomás Luis de Victoria, donde además de pertenecer al coro estudiaba piano bajo la dirección del maestro Rodolfo Pérez. La exigencia académica en el Liceo y musical en la Coral le obligaron a cambiar los hábitos: en la semana se levantaba a las 4 de la mañana para atender las tareas escolares, y regresaba a la casa a las 8:30 de la noche; los sábados y domingos estudiaba algunas horas más de piano.

El primer año en el Liceo no tuvo problemas académicos, pero éstos empezaron en segundo de bachillerato: las exigencias eran mayores y a Correa no le gustaban las matemáticas, quería dedicarse solo a la música.

Incumplí el compromiso que había hecho con mi papá –confiesa el Maestro–. Descuidé los estudios y el resultado fue fatal: perdí todas las materias, menos música. Los profesores dijeron que estaba muy niño para enfrentarme a las exigencias propias del bachillerato. Mi papá le echó la culpa a la música, y cuando le pedí que me dejara estudiar violín —del que entonces era profesor el maestro Joseph Matza\* — se negó rotundamente con un “no quiero que seas músico. Un músico es un hombre «toma trago», mal hijo, pésimo esposo y peor padre”. Nunca he podido entender afirmaciones tan categóricas en un hombre que, en su juventud, había sido organista en Copacabana, en reemplazo del titular de la iglesia de este municipio: el popular “Cachirula”, invitado a ser organista en la Veracruz de Medellín que acababa de adquirir un hermoso órgano tubular, que aún se encuentra en perfecto estado.

La pérdida del año escolar lo llevó al Liceo Nacional (luego Departamental) Marco Fidel Suárez. Recién inaugurado, acogía a todos los jóvenes que habían presentado problemas académicos y los sometía a la férrea disciplina del Padre José Gómez Isaza, su director. Corría entonces el año de 1953, año en que mediante un golpe de estado asumió el gobierno de Colombia el general Gustavo Rojas Pinilla. Una de sus primeras disposiciones —que bien pudo obedecer a razones políticas más que altruistas— fue la obligación, para todas las emisoras, de transmitir música clásica los domingos, en Semana Santa y hasta las 12 de la mañana en los días festivos. Disposición que durante un tiempo se cumplió a cabalidad, y que si para algunos era solo el aburrimiento de escuchar “música de Semana Santa” o “música de muertos” —como la llamaban despectivamente—, para el maestro Correa fue la posibilidad de oír óperas, zarzuelas, sinfonías y oratorios.





© Archivo familiar

✦ Graciela Cadavid Gómez, madre de Alberto Correa.



© Archivo familiar

✦ Tulio Correa Fernández, su padre.

En ese mismo año llegó la televisión al país. Acontecimiento tecnológico de primera magnitud que cambió los hábitos nocturnos de los colombianos: ahora en las noches las familias se congregaban en torno a tan fantástico aparato, propio o de los vecinos. Por un tiempo, la familia Correa Cadavid no contó con un televisor, pero cuando éste llegó a la casa era una caja cuadrada de color café, marca Sony. Como todos, Alberto sucumbió a su atractivo: disfrutaba con las obras de teatro que en aquellos días se presentaban, de seguir los comentarios de divulgación científica del profesor José de Recasens en su programa “El mundo de hoy y el de mañana” y de los programas de concursos. Consciente, sin embargo, del deber escolar adquirido, debió adelantar sus horas de estudio a las 3 de la mañana. Así adquirió la costumbre de madrugar que aún conserva.

Otro atractivo tuvo la televisión de entonces para el maestro Correa:

Presentaba la Orquesta Sinfónica de Colombia en su última etapa, encomendada al maestro Olav Roots\*. La mayoría de los músicos que la componían eran checos llegados a Medellín durante la segunda guerra mundial y la post-guerra, que a su vez hacían parte de la Orquesta Sinfónica de Antioquia, al cuidado del maestro Matza. Además de la Banda Municipal —que luego fue Departamental— y de la Orquesta Sinfónica de Antioquia en su primera etapa, ambas bajo la dirección del maestro Matza, con la Sinfónica de Colombia eran tres las agrupaciones musicales que podía observar más de cerca.

En medio de tantas emociones llegó la adolescencia y con ella la mutación de la voz. Alberto hubo de tomar un “descanso” —para proteger el aparato fonatorio— de la Coral Tomás Luis de Victoria. Entre tanto, continuaba su bachillerato en el Marco Fidel Suárez, gozaba de las vacaciones navideñas e iniciaba la lectura de autores como Henry Miller, Franz Kafka, Albert Camus, Sören Kierkegaard y de exponentes del nihilismo y el existencialismo francés.

En los primeros años de la década del 50, una vez llegado el tiempo de las vacaciones, toda la familia Cadavid trasladaba sus haberes, no ya a la finca del Playón de los Comuneros, sino a El Cuchillón, propiedad también del tío Pacho. Situada arriba del barrio Loreto, la finca colindaba con el Seminario Menor, una casa de las Hermanas de la Madre Laura y el Convento de las Anunciatas; el resto era la montaña que separa el Valle de Aburrá de los municipios del Oriente antioqueño. Dos casas gemelas, una con piso de baldosa y la otra con piso de ladrillo, acogía la augusta presencia del abuelo, a tíos y tías, a primos y primas, que con ansiedad esperaban el encuentro de tan numerosa familia para echar y perseguir globos de papel en diciembre y elevar cometas en enero...



[...] ambos —afirma el Maestro— hechos por nosotros; cuando uno y otro se elevaban gritábamos de emoción, y poníamos cara de tristeza cuando por algún error el globo se quemaba o la cometa no lograba separarse del suelo.

No faltaban, como puede suponerse, la conformación de “barras” por edades y una que otra pilatuna. Pero para todos, y en particular para los hermanos Correa que por vivir en el centro de la ciudad tenían pocos vecinos y ninguna vida de barrio, era la oportunidad de forjar hábitos sociales más extensos. Tampoco faltaba, cada 24 de diciembre, la pólvora llevada por el tío Pacho que repartía cuidadosamente: a los más pequeños les entregaba paquetitos con luces de bengala, chorrillos, totes y estrellitas, y cuidaba que no fueran a quemarse; a los mayores voladores, pabellones, matracas y pilas.

La memoria del maestro Correa se recrea en aquellos años:

En las navidades, luego del rezo cotidiano de la Novena de Aguinaldos, mi mamá y la prima Martha Vélez entonaban villancicos que nosotros acompañábamos con una orquesta rítmica de ollas, maracas y cascabeles. Conservo el recuerdo de un hermoso villancico que mi mamá cantaba y que nunca me aprendí del todo: “El rocío celestial / que cae en la Nochebuena / lo produce una azucena / de blancura sin igual...” La fiesta continuaba con un baile en el que participaban únicamente mis tíos, los adultos invitados y algunos primos mayores. Bailaban al compás de Joselito, de Bovea y sus vallenatos —que interpretaban la música de Rafael Escalona con guitarras y guacharaca; de Guillermo Buitrago, de los Corraleros del Majagual y de Lucho Bermúdez y su orquesta, en la que cantaba Matilde Díaz—. Los niños los veíamos bailar mientras devorábamos los buñuelos, la natilla, las hojuelas, el manjar blanco y el arequipe preparados durante el día por mi mamá y mis tías. Después del baile venía la cena de Navidad que incluía porciones del marrano sacrificado horas antes y, luego, nos íbamos a dormir y a esperar la visita del Niño Dios con sus regalos. Recuerdo que mi primo Fernando Cadavid, “El Negro”, organizaba durante la noche cambios de regalos, que nuestras tías trataban de corregir al amanecer “descambiando” lo que hacía “El Negro” con otros primos compinches. En el Año Nuevo se repetía la fiesta, y en el recuerdo conservo la emoción que me producía la canción del “Año Viejo”, del infortunado maestro Crescencio Salcedo, en la grabación de Tony Camargo y la orquesta de Rafael de Paz hecha en México; grabación tan perfecta que ninguna versión posterior ha podido superarla.



✧ Alberto Correa abajo a la izquierda, con la Coral Tomás Luis de Victoria.

Pero, sobre todo, de estas experiencias maravillosas de aquellos tiempos —las navidades, la vida de familia, El Cuchillón— me queda el maravilloso recuerdo de “Papá Viejo”: los paseos a pie con él mientras nos iba enseñando tantas cosas; su gesto adusto pero cariñoso; su generosidad y comprensión hacia cada uno de sus nietos. Era, a no dudarlo, el norte y el centro de la familia.

Por esos años, la casa del abuelo presentaba deterioros importantes, y los tíos que vivían con la familia Correa Cadavid decidieron reformarla. Redujeron el tamaño de la casa y abrieron algunos locales. Tiempo después, la casa fue vendida y, hoy, la ausencia de una política de conservación la ha transformado en una fea edificación de dos plantas: en la primera se apiñan los negocios, y en la segunda funciona una pensión u hotel de paso. ✧



## Juventud

Hasta 1955, cuando terminó el cuarto de bachillerato, Alberto Correa permaneció en el Liceo Marco Fidel Suárez. Había comenzado a leer libros de fuerte tendencia existencialista que lo llevaron a preguntarse por el sentido de la vida. La “angustia vital, el pesimismo y una gran inseguridad acompañada con algunos sentimientos de depresión”—en palabras de Correa— lo condujeron a pensar en la posibilidad de una vocación sacerdotal. Declaró, entonces, que quería ingresar al Seminario de Misiones Extranjeras de Yarumal (luego Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal (IMEY), fundado el 3 de julio de 1927 por Monseñor Miguel Ángel Builes). Tanto el padre —quien no creía que tuviera vocación religiosa— como el Rector del Seminario, Monseñor Jesús Emilio Jaramillo —quien luego sería Obispo de la Diócesis de Arauca— se negaron al principio, pero ante la insistencia de Alberto terminaron cediendo con la condición, puesta por el Rector, de esforzarse en el aprendizaje del latín.

El Maestro recuerda aquel primer año en el Seminario:

Durante el año de 1956 tenía una sola obligación académica: aprender latín. Para lograrlo tenía una clase diaria en la mañana. Mi profesor era el Padre Francisco Arango. El resto de un día muy largo lo tenía libre para estudiar y dedicarme a mi música. Desde la primera semana de mi llegada me impresionó la cantidad de música que se hacía. El Seminario contaba con un órgano electrónico Hammond de concierto, con dos teclados y un *pédaliere* completo. Tenía una combinación inmensa de sonidos y registros, entre ellos un bello sonido de órgano tubular que realmente me encantó. Descubrí, además, la música gregoriana que —aunque algo de ella había escuchado el año anterior en la Abadía de los Benedictinos— me trastornó. A la semana me presenté al Padre Guillermo Betancur y le dije que yo tocaba órgano mucho mejor que el seminarista Alfonso Cárdenas, quien era el organista titular, y que yo había estudiado piano y coro en Medellín. Así que a los 10 días de ingresar al Seminario ya tocaba el órgano en las misas y acompañaba al Padre Maestro de Capilla en las clases diarias de música. Con la experiencia adquirida en la Coral Tomás Luis de Victoria organicé, un poco después, un coro masculino. Participaba en él un niño que apenas comenzaba el bachillerato y quien demostró excelsas calidades musicales: Gustavo Yepes Londoño\*, que más tarde sería uno de los músicos más importantes de Colombia, director de orquesta y coros, insigne intérprete y gran compositor. Iniciamos una amistad sincera que luego se extendió a un pequeño grupo de amigos y que ha perdurado a través de los años. Mi primer año en el Semina-

rio fue fantástico. Lo llamo el año de la sensualidad: el gregoriano, el olor del incienso, la claridad del día colándose por los vitrales de la capilla, los ritos religiosos. Todo era nuevo y hablaba fuertemente a mis sentidos. Fue realmente un bello año. Para las vacaciones navideñas regresé a mi casa, y un acontecimiento hizo renacer las dudas: me enamoré de la hermana de un compañero del Seminario. A pesar de la angustia que estas dudas me causaban, resolví al final de las vacaciones regresar a Yarumal, a tratar de seguir.

Decisión que fue trascendental en la formación musical del maestro Correa. Testimonio de lo cual es la gran actividad desarrollada durante este tiempo:

Los años que permanecí en Yarumal fueron llenos de música. Mario Yepes Londoño, hermano de Gustavo, ingresó al Seminario en 1957, y con él hicimos muchas obras de teatro en las que la música cumplía un papel importante. Monté un coro de cámara con las mejores voces, que llamamos «La Pentafilia». A él pertenecían Herbert Valencia\* —un recordado negro choicano, tenor estupendo, que se ordenó de sacerdote—, Orlando Estrada, Gustavo y Mario Yepes. Hicimos mucha música polifónica a *cappella* y se organizó la Coral Santa Cecilia, que era la coral del Seminario, encargada de cantar en las misas (misas a dos y tres voces) y festividades solemnes. Mario hacía obras de teatro, Gustavo y yo tocábamos y dirigíamos el coro. Conformamos también una pequeña orquesta con el órgano Hammond, un contrabajo, un violín, una flauta travesa y, en ocasiones, dos violines. En esta época tenía mucho tiempo para dedicarle a la música y decidí participar en un concurso de composición, organizado por la Federación Nacional de Cafeteros, con una obra para gran orquesta sinfónica. Tenía una hermosa idea musical para unos 10 minutos de piano, y debía simplemente orquestarla. Pero como no tenía los rudimentos técnicos de composición ni de orquestación, llené varias hojas con repeticiones de instrumentos en diferentes tonalidades. Un desastre. Lo envié, pero nunca se me contestó nada, ni me devolvieron el original. Sé dónde terminó este trabajo: en un cesto de basura. Cuando más tarde conocí a los miembros del jurado, los maestros Olav Roots, Jaime León y Luis Biava\*, no les hablé de este pecado de adolescencia.

En vacaciones nos dedicábamos a hacer música y a enamorar chicas lindas, lo que me llenaba de dudas. Y entre la música y las dudas pasé los dos años de mi estancia en el Seminario. Pasados éstos, fui invitado por el gran misionero sacrificado, Monseñor Gerardo Valencia Cano\*, a meditar si quería seguir —al año siguiente, 1959, debía iniciar los estudios de Filosofía—. No quería ser inferior a lo que yo creía que era un llamado de Dios, y decidí continuar. El primer paso fue recibir la sotana y, luego, pasar al Seminario Mayor. Gustavo me reemplazó en Yarumal con lujo de detalles.





© Archivo familiar

✦ A la derecha de sotana el joven Alberto Correa.

Por aquel tiempo Correa cometería aún dos pecados juveniles como compositor: para conmemorar el día de las Misiones, escribió para el coro del Seminario la obra que tituló “Llámame, Señor, quiero seguirte”, pero por un error involuntario desplazó musicalmente el acento. La obra se estrenó y al día siguiente, en el desayuno, no escapó de las risas burlonas de sus condiscípulos ni de la pregunta obligada: “¿Ya mamaste?”. Tiempo después escribió un pasillo “que aunque quedó musicalmente bien hecho —declara el Maestro— no pasa de ser una distracción de primera juventud. Ahí terminó mi carrera de compositor”.

No fueron fáciles para Alberto los años de estudio en el Seminario Mayor (1959-1960). Las dudas regresaban con más fuerza, y vacilaba entre regresar a Medellín o permanecer en la vida religiosa. Al terminar su segundo año pudo por fin tomar la decisión. Todavía hoy el maestro Correa recuerda su conversación con el Superior General, el Padre Jesús Emilio Jaramillo:

Le dije que me quería retirar del Seminario, y él me recordó sus palabras de 5 años atrás, cuando llegué casi a exigirle que me recibiera: —Usted no tiene vocación. —¿Y por qué no me lo dijo claramente?, le respondí. —Sí lo hice —dijo—, y de muchas maneras, pero usted no quería oír, y yo debía permitir que usted tomara la decisión. Al despedirnos me dijo: —Quítate la sotana, ándate tranquilo a tu casa y dedícate a estudiar. Yo le aviso a tu mamá, y a ti te veré cuando te gradúes de médico. Efectivamente, el día de mi grado como médico cirujano me visitó en la casa. Fue

la última vez que lo vi. Unos años después lo ordenaron de Obispo y lo enviaron a Arauca, donde lo sacrificó, a sus 83 años, la guerrilla del ELN comandada por dos curas españoles, quienes no solamente lo asesinaron sino que cercenaron sus genitales.

En la formación del ser humano, jamás pasan en vano los conflictos que el alma juvenil debe enfrentar. Conflictos que exigen resolver el modo de establecer una comunicación con lo divino, aprender el papel de la soledad y del sufrimiento en la vida individual y fortalecer la voluntad para la toma de decisiones. La experiencia de Alberto en el Seminario le permitió conocer y enfrentar tales conflictos y, por eso, su conclusión hoy de aquellos años está llena de gratitud:

No me arrepiento de haber pasado cinco años en el Seminario. Me enseñaron cómo enfrentarme a la vida, cómo seguir los deseos y amores hasta el final y cómo sufrir las consecuencias de las decisiones. Hice la mayor cantidad posible de música, aprendí y me equivoqué, y al final salí listo para enfrentar una nueva etapa en mi vida.

La labor musical desempeñada por Alberto Correa durante su estancia en el Seminario no fue olvidada en Yarumal, y en 1961 recibió una invitación para realizar un concierto durante la conmemoración de los 75 años del Colegio de María de la localidad. El Maestro aceptó y para la ocasión escogió una sonata para piano de Haydn, otra de W. A. Mozart y dos pequeñas sonatas o sonatinas para piano en sol mayor y sol menor de L. van Beethoven. Durante 6 meses preparó y memorizó las obras escogidas, al cabo de los cuales llegó el día de viajar a Yarumal.

Fue terrible —evoca el Maestro—. Llegué a Yarumal un día antes pero, por razones que he olvidado, no pude estudiar en el piano en el que debía tocar. Me tocó dormir en una pensión y en la noche el frío fue intenso. Así que en la mañana mis manos estaban completamente engarrotadas. La conmemoración empezaba a las 9 con una Eucaristía concelebrada por varios Obispos, y el concierto a las 11. De modo que el encuentro con el piano fue al momento mismo de iniciar mi presentación. Era un piano de pared antiguo, totalmente desafinado, con teclas que no sonaban. Un desastre. Comencé a tocar, pero ante el cúmulo de adversidades la memoria me traicionó. Se me olvidó la sonata de Haydn a partir del cuarto compás. Comencé entonces a hacer variaciones e improvisaciones en un intento de tocar cualquier cosa con sentido y di por terminado



el primer movimiento. Los primeros acordes del segundo movimiento salieron bien, pero a continuación volvió la debacle. Olvido absoluto y nuevos inventos. Decidí cancelar Mozart y pasé a Beethoven que recordé por partes. Nada funcionaba: notas que no sonaban, un piano desafinado y con pésimo sonido, mis manos engarrotadas, la memoria perdida. Solo quería salir de semejante atolladero. Decidí dar por terminado el que era mi primer concierto como solista, y no pude salir corriendo como quería porque los organizadores me hicieron pasar a un banquete. Me pusieron entre dos obispos y un futuro presidente de la República, el Dr Belisario Betancur Cuartas quien, antiguo estudiante del Seminario, era a la sazón senador. No sabía de qué hablar ni qué contestar. Solo quería salir de allí y correr hasta Medellín. Por fin la ocasión se me presentó: al servir el almuerzo, el mesero derramó varios platos sobre mi humanidad. Mi frac completamente sucio me dio la excusa perfecta. Salí del banquete, fui al hotel, empaqué, tomé un taxi y partí para Medellín. En el camino me hice el firme propósito de no ser pianista y mucho menos concertista de piano. ✨

## Estudios universitarios

El 10 de diciembre de 1960 Alberto se retiró del Seminario, pero aún debía tomar una difícil decisión: no dudaba de su amor por la música ni del deseo de estudiarla en profundidad, pero en Medellín, en la década del sesenta, no existía una institución de Educación Superior que impartiera su enseñanza, solo Bellas Artes que además de no tener el carácter de institución universitaria, no contemplaba entre sus cursos el de director de orquesta, profesión a la que aspiraba después de aquel primer concierto. La mejor opción por aquellos años, para quien quisiera ser músico profesional, era viajar a Italia, al Conservatorio Santa Cecilia, pero la situación económica familiar excluía esta opción. Debía entonces elegir otra profesión, pero ¿cuál?

Convencido de la importancia de escoger una carrera en la que pudiera servirle a las personas, se decidió por la medicina. Prolongaba así, de otra manera, la vocación de ayuda a los demás que lo había llevado al Seminario. Debía, sin embargo, esperar un año, pues los exámenes para el ingreso a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia se realizaban cada octubre, mes en el que él todavía se hallaba en el Seminario. Conocedor del



Al centro Alberto Correa en el Seminario.

interés de Alberto por la medicina, el hijo de su madrina de bautizo, el médico patólogo Alfredo Correa Henao, que entonces era profesor de la Facultad, le recomendó entrar a Química y Farmacia, tanto porque así aprovechaba el tiempo de la espera, como por el beneficio que le traían estos estudios para la preparación de los exámenes de ingreso. Con su ayuda, Alberto empezó en la Universidad de Antioquia al comenzar el año de 1961.

El primer semestre tuvo enormes dificultades académicas: volvieron las matemáticas y con ellas las falencias que desde tiempo atrás arrastraba en esta área. Situación que lo llevó a tomar la decisión de salirse de la Universidad para, mientras llegaba octubre, estudiar por su cuenta. Era un reto, pero el Seminario le había inculcado la disciplina:

Me tracé un horario estricto: me levantaba a las 3 a.m. y estudiaba por 3 horas una materia. Luego me bañaba y tomaba el desayuno. De 8 a 10 a.m. estudiaba otra materia. A las 10 consumía la media mañana y descansaba por media hora. De 10:30 a 12 seguía con otra materia. Suspendía para el almuerzo y un pequeño descanso. A las 2 de la tarde comenzaba otro período de estudio que iba hasta las 4:30, hora en la que me arreglaba para ir al ensayo de la Coral Tomás Luis de Victoria. Porque había vuelto a ingresar a la Coral.





© Archivo familiar

✦ "En 1961 con una noviecita que tuvo de la "jay" de Cartagena. Contaba que en su familia ¡todavía tenían rezagos de esclavitud!"

El horario tan estricto tuvo su recompensa, y en el mes de octubre Alberto presentó los exámenes de admisión a la Facultad de Medicina con resultados positivos. Los cursos del primer semestre eran anatomía, neuroanatomía, biología e inglés, y logró tan buenos resultados que al terminar el semestre obtuvo la beca de Colseguros, que comprendía el pago de la matrícula, dinero para libros y para transporte. Gozaría de esta beca durante toda su carrera. Siguió entonces al segundo semestre, en el que las materias eran histología, fisiología, bioestadística e inglés. En el segundo año estudió, entre otras materias, fisiología, laboratorio bioquímico y psicopatología. Desde el punto de vista de su formación universitaria, todo marchaba sin problemas.

No tanto así con su regreso a la Coral. Al principio todo marchó dentro de la normalidad, tanto que cuando el maestro Rodolfo Pérez emprendió un viaje a Europa eligió a Alberto para reemplazarle durante el tiempo de su ausencia. Oportunidad de la que éste se sirvió para poner a prueba los conocimientos adquiridos. Sin embargo, al regreso del Director a Medellín no quiso que Correa siguiera en el coro. Estuvo por fuera hasta mayo de 1962, mes en el que por petición de antiguos miembros del coro, el maestro Pérez permitió su regreso. Reingreso que no duró, pues unos meses después lo retiró definitivamente. "Hasta ese momento —comenta el Maestro con nostalgia— tuve una buena relación con el que fuera el más antiguo coro del país".

La afición por la música no permitía, sin embargo, que el maestro Correa se quedara quieto. Durante los últimos años habían visitado a Medellín varios grupos de música antigua: Pro-Música Antigua de Nueva York, Pro-Música Antigua de Córdoba (Argentina), Pro-Música Antigua del Rosario (Argentina),

Das Alte Werke (Alemania) y el Grupo de Música Antigua de Colonia (Alemania). A imitación de éstos, Correa fundó con algunos amigos y la Dra. Margarita Schwartz el Grupo de Música Antigua de Medellín, que contaba con una espineta, la familia de las flautas dulces, una cítara, unos pequeños instrumentos de percusión y un pequeño coro. El grupo duró cuatro años.

En el tercer año de medicina los alumnos se iniciaban en las materias clínicas, semiología y Medicina Interna. Esta última exigía, al terminarla, la presentación de un examen a *viva voce*. Correa tenía una buena nota en la materia, pero al presentar el examen oral...

[...] uno de los ilustres internistas del jurado —cuenta el Maestro— me dijo que yo tenía demasiadas actividades extrauniversitarias y que debía decidirme por la medicina o por la música. Que viniera a la Facultad durante las vacaciones a estudiar y presentara de nuevo el examen al finalizar las vacaciones. Cuando se cumplió el plazo pedí el jurado para que me examinaran nuevamente, y la respuesta fue que habían resuelto que repitiera Medicina Interna, porque el examen no lo ganaría. La repetí, presenté el examen y terminó el *impasse*. Por ese tiempo mi padre también me reprochaba que le diera más importancia a la música que a la medicina.

No le faltaba razón al padre. Correa continuaba con su actividad artística, quizá con mayor intensidad. El 22 de mayo de 1963 fundó la Coral Ciudad de Envigado, con el apoyo del Concejo de este municipio y de la Alcaldía, que daba \$200,00 para su mantenimiento mensual y facilitaba un carro para el transporte de su Director. Era un grupo juvenil mixto de 60 personas, que contaba con la ayuda de algunos miembros que habían pertenecido a la Coral Tomás Luis de Victoria y a la Capilla Polifónica de Coltejer. Los ensayos se realizaban en el Colegio de los Hermanos en Envigado. Luego de un año de trabajo, el Coro presentó su primer concierto en el Colegio de las Hermanas de la Presentación, con muy buena asistencia y rentabilidad: 1000 asistentes que pagaron un peso por persona. Al año siguiente presentó otro concierto como homenaje póstumo al maestro Fernando González. Al cumplir los dos años de trabajo quisieron festejarlo: compraron champaña e invitaron al Alcalde y al Concejo Municipal al concierto y a una "copa de celebración". Nadie llegó, así que decidieron tomarse la champaña y hacer el concierto como si de un ensayo se tratara. El maestro Correa renunció y Gustavo Yepes asumió la dirección. Luego de algunos meses y de muchos ofrecimientos de conciertos a la Alcaldía y al Concejo que no fueron aceptados, el Coro suspendió sus labores.



En el cuarto año, los alumnos de medicina iniciaban la etapa práctica en el Hospital San Vicente de Paúl.

El Hospital —afirma el Maestro Correa— se convirtió en mi segundo hogar. En el dormitorio de los internos compartía una pieza con tres compañeros: Fernando Ceballos, Samuel Arango y Fernando Garcés. Guardo las vivencias del Hospital en lo más profundo de mi alma: recuerdo las noches “corriendo” con los pacientes que llegaban a urgencias y siento los amaneceres después de un turno agitado de 24 horas. Creo que en San Vicente, durante mis estudios médicos, volví a nacer. También, en un salón del Hospital ensayaba el grupo de Música Antigua, que luego sería el primer coro masculino del Estudio Polifónico de Medellín.

Entre tanto llegó el momento del estudio de las especialidades médicas. El interés de Alberto se dirigía hacia la Neurocirugía o la Cirugía Plástica. La influencia del Dr. León Hernández —uno de los pilares de esta última especialidad en Colombia— hizo que se decidiera e inició sus rotaciones, bajo la dirección del Dr. Hernández, en Cirugía Plástica y, como opcional, en cirugía general.

Corría el año de 1966, y el maestro Correa sentía que después de muchas horas dedicadas al estudio de la música y, en particular, al de las obras polifónicas, había alcanzado la madurez que le permitía formar un gran coro. Decidió buscar a antiguos amigos de la Coral Ciudad de Envigado y a miembros de la Capilla Polifónica de Coltejer<sup>6</sup> e invitarlos a conformar un nuevo coro. Así nació, el 24 de mayo de ese año, el Estudio Polifónico de Medellín (véase capítulo correspondiente).

En el primer semestre de 1967 Alberto terminó sus estudios en la Facultad de Medicina y pasó al Internado, en el que durante un año rotó por diferentes especialidades. En esos años fue famoso entre sus compañeros de estudios médicos con el mote de “Beethoven”. Desde esa época también data su amistad con el maestro Alfredo Rolando Ortiz\*, arpista cubano que llegó a Medellín a estudiar medicina y a grabar sus primeros discos.

Al iniciar los estudios de clínica psiquiátrica, Alberto pudo percibir las profundas relaciones existentes entre la medicina y la música, y su valor en la terapia psicológica. Decidió, entonces, incursionar en el tema:

Llegaron a mis manos los primeros libros de musicoterapia provenientes de Inglaterra y Argentina. El libro de la cellista inglesa Juliette Alvin\* me dio muchas luces en la recuperación de los pacientes con música<sup>7</sup>. En Argentina, la Dra. Vida Brenner de Aizenwaser y el grupo de profesores del *Collegium Musicum* venían trabajando muy

6. Fundada y dirigida por el maestro Rodolfo Pérez González, la empresa le había quitado su apoyo poco tiempo antes.

7. Se refiere al libro *Musicoterapia*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1967.



\* Alberto Correa, Director de la Coral Ciudad de Envigado y el Embajador de los Estados Unidos, 1964.

intensamente en el tema de Educación Musical y habían publicado varios libros sobre esta especialidad<sup>8</sup>. Fruto de estas lecturas y de las observaciones con mis pacientes de aquella época en la Policlínica Municipal salieron dos trabajos, sin importancia científica pero con observaciones que espero revisar algún día: *Neurosis y Música y Psicopatología del artista creador*, realizados después de una epidemia de suicidios —logrados o fallidos— ocurrida en Medellín por esos años, fruto de la rebeldía juvenil que empezaba a manifestarse con el advenimiento de fenómenos como el rock y la droga. La Tercera Conferencia Interamericana de Educación Musical, que se realizó ese año de 1968 en Medellín y en la que tuve la oportunidad de participar, me permitió no solo conocer al grupo de especialistas argentinos que trabajaban en la musicoterapia, sino también sentir que esta nueva especialidad iba tomando su rumbo en el mundo.

Después de concluir su internado rotatorio, y “tras haber cumplido con todos los requisitos de ley”, el 5 de julio de 1968 Alberto Correa recibió su grado de Médico y Cirujano, otorgado por la Universidad de Antioquia.

Todavía debía resolver su situación militar. El día de su presentación fue seleccionado, con tres compañeros, para cumplir el servicio militar en el Batallón de Profesionales Miguel Antonio Caro (MAC):

Nos enviaron a casa con la instrucción de volver a las 6 de la mañana del día siguiente afeitados, con el cabello cortado, pantalón de dril (aún no se usaba el *bluyín*), camisa blanca de mangas largas, cepillo y crema de dientes, jabón, peinilla y una toalla. Llegamos muy cumplidos a la IV Brigada y nos llevaron al casino de suboficiales, nos dieron una bata

8. Entre ellos, de la propia Dra. Vida Brenner de Aizenwaser, el titulado *Musicoterapia: vivencia estética y salud mental*, Buenos Aires, Editorial Barry, 1968.





© Archivo familiar

\* Diploma de Médico y Cirujano, Universidad de Antioquia. Medellín, 5 de julio de 1968.

de médico, un tensiómetro y un estetoscopio y nos pusieron a examinar a cerca de mil jóvenes que debían resolver su situación militar. Al terminar nos volvieron a mandar para la casa, con la orden de presentarnos al día siguiente a la misma hora. Se repitió la operación y al terminar, a las cuatro de la tarde, nos dijeron que ya habíamos cumplido con el Servicio y que fuéramos a pagar la libreta. Nos tuvieron tres días en ascuas, de modo que cuando fuimos al Servicio Seccional de Salud, en busca de la asignación de un pueblo para realizar el año rural, no tenía más opciones que escoger entre Sabanalarga y Tarazá. A pesar de ser zona roja por la presencia de la guerrilla, opté por este último pueblo. \*

## Primera época laboral

El 1 de octubre de 1968, y después de viajar en bus cerca de 12 horas por una carretera que, desde Don Matías, estaba sin pavimentar, Alberto llegó a Tarazá, pueblo de paso en la carretera para la Costa Atlántica y, para la época, corregimiento del municipio Cáceres, población centenaria situada en la margen derecha del río Cauca y sin comunicación con su corregimiento (aún no había sido construido el puente que uniría ambas poblaciones). Todavía recuerda con precisión el Maestro cómo era entonces el pueblo:

Tarazá tenía solo dos calles importantes: una era la carretera central, en la que se encontraban algunos almacenes y algo así como 80

establecimientos de cantina, uno después de otro a ambos lados de la carretera. Eran lugares que en el fondo tenían reservados para atender las necesidades de los clientes, de modo tal que las “meseras” atendían las mesas y, cuando eran requeridas, suspendían sus labores para ir con los clientes a “ayudarles” con sus otras necesidades. La otra calle conducía a un altico con mucho comercio y terminaba en un pequeño parque en el que estaban la Iglesia y la Casa Cural, la inspección de policía, la escuela y unas cuantas casas de familia.

Allí en el parque, en el segundo piso de la casa propiedad de los esposos Don Francisco Ortega y Celina Naranjo, Alberto dispuso su habitación, las oficinas del Centro de Salud y Saneamiento y el cuarto de la enfermera y su ayudante. Cuando había necesidad de hospitalizar algún paciente, Correa cedía su pieza y su cama, y él dormía en una hamaca colgada en el patio de la casa. Comía en un restaurante de “mala muerte” en el parque principal, frecuentado por policías y maestros. Contaba con luz eléctrica solo entre las 11 y las 12:30 a.m. y de 6 a 8 p.m. Tampoco había agua de acueducto, de modo que había que transportarla, por medio de una improvisada tubería de guadua, desde una quebrada vecina hasta el Centro de Salud.

Los recuerdos de esta época son inolvidables para el Maestro:

Los esposos Ortega - García fueron muy buena compañía durante el año que permanecí en Tarazá. Con Francisco —que era el jefe del Partido Conservador y uno de los dueños del motor que producía la energía para el pueblo— y Rogelio Osorio —jefe del Partido Liberal—jugaba póker de una manera muy inocente. Cuando había algún visitante el juego se prolongaba y, por petición mía, Francisco ordenaba dejar la luz hasta que terminaba la jugarreta. Me aprovechaba de esta situación y extendía, cuando era posible, las horas de juego, pues más horas de luz significaban para el pueblo más horas de vida activa, más comercio, disfrutar un poco más de gaseosas y cervezas frías y dar ocasión para que los visitantes de las cantinas prolongaran su estancia.

Solo se hacían consultas generales y pequeñas curaciones. Afortunadamente fueron muy pocas las urgencias que debí atender. Para estos casos utilizaba la mesa de examen del consultorio que servía además para atender partos. Sin anestesia y sin manera de administrarla, los partos complicados debía manejarlos con hipnosis; y falto de guantes estériles para la atención de heridas con arma corto punzante, cifraba mi confianza en los antibióticos.



En la noche de mi llegada tuve mis primeros “pacientes”: siete personas asesinadas por la guerrilla del ELN bajo el mando de los hermanos Vásquez Castaño. La primera autopsia comenzó a las cuatro de la mañana, y el telegrafista del pueblo, Jaime Villa, quien era el único con agallas para hacerlo después de empacarse una botella de Ron Antioquia, me sirvió de asistente. Copiaba lo que yo le iba dictando, y cuando llevábamos 3 horas y aún seguía en la primera autopsia me dijo: –Oiga mi doctor. Si vamos a seguir así, me voy a tener que tomar por ahí 6 botellas, y nos vamos a demorar todo el día y toda la noche. Le aconsejo que haga lo que voy a enseñarle. Como de todas maneras eso se lo van a achacar a Fabio Vásquez Castaño, présteme el bisturí que yo le dicto. Procedió entonces a hacer una incisión amplia, pero muy superficial, desde el esternón hasta la región púbica, y me dictó los orificios de entrada y, cuando había, los de salida. –Usted, agregó, le inventa la trayectoria ahí en el informe, y cerró la incisión con una aguja capotera. En la mañana terminamos “las autopsias” y pude salir a atender a los vivos. Los primeros fueron unos gitanos que me llevaron a ver su carpa. En el año que estuve en Tarazá debí hacer 365 autopsias, una por día.

Entre mis obligaciones estaba la de revisar mensualmente a las prostitutas de todos los municipios del Bajo Cauca, luego de lo cual les refrendaba su carné de salud. Siguiendo el deseo de algunas de ellas de organizarse para comprar pañales, leche para los neonatos y las pastillas anticonceptivas que comenzaban a aparecer, formé una pre-cooperativa que se alimentaba económicamente con el valor de los exámenes mensuales que les hacía. Después supe, por una revisión que hizo la Seccional de Salud de Antioquia, que estaba metido en un grave problema, tanto porque no había reportado estos recursos, como porque solo podían ser utilizados para la compra de productos de consumo del consultorio. No me arrepiento, pues con el grupo de prostitutas, y gracias al liderazgo de algunas, se lograron cosas buenas. Recuerdo a una de ellas a quien le pusieron el mote de *la avioneta* luego de que algunos miembros del ejército la vieron desde el aire en un helicóptero acostada en una manga con un soldado. Éstos eran los principales clientes de las prostitutas y, también, sus principales deudores; decidimos entonces “cancelar los servicios” a quienes no les pagaran, lo cual trajo como consecuencia que el ejército se quedara prácticamente sin proveedoras. Fui acusado de instigar esta práctica, lo cual era cierto, y me declararon la guerra.

En ese año llegó el IDEMA a la población con su política de compra de alimentos a los campesinos a mejores precios de los que les paga-



✦ Alberto Correa, el segundo a la izquierda con algunos compañeros de Medicina en el volcán de Lodo de Arboletes. Desarrollando la Encuesta Nacional

ban los “gamonales” de los pueblos. En Tarazá, el producto agrícola más importante era el arroz. Los campesinos pagaban sus gastos con las cosechas que sacarían a futuro, y compraban sus vituallas en las proveedurías que tenían negocios con sus patrones, proveedurías que fijaban sus precios de un modo arbitrario. Por esta razón, nunca tenían dinero en sus bolsillos. Promoví la política implementada por el IDEMA y esto aumentó el descontento conmigo.

Después de la muerte de un agente de la policía por miembros de la guerrilla, sus compañeros se dedicaron a detener a todos los que se les atravesaban, sobre todo a quienes llegaban hasta el pueblo sin papeles de identificación. Se detuvo a alguien y fui llamado para que hiciera un reconocimiento de la cédula que presentaba. Mi dictamen fue que era la misma persona que aparecía en el documento. Lo hice basado en parámetros antropológicos: el tamaño de las orejas, las cejas, etc. Sin embargo fue detenido. Al día siguiente me trasladaba a Cáceres en mi jeep, y algunos policías llevaban al detenido, esposado con las manos atrás, caminando por la carretera. Me ofrecí a llevarlos. Me agradecieron el ofrecimiento pero un policía me contestó que ellos no podían viajar con nadie. Llegué hasta el río Cauca y por media hora esperé la barca que me pasaría a la otra orilla. De pronto oí varios disparos muy cerca, provenían de un sector de la carretera rodeado por tajos de la montaña. Tomé mi carro y me dirigí al lugar: encontré a los guardas con el detenido, muerto y derribado boca abajo. Les pregunté qué había pasado y ellos contestaron que había tratado de huir y le tuvieron que disparar.





© Wikipedia

✦ Panorámica de Tarazá, Antioquia.

Al hacer la autopsia, vi que los tiros habían sido disparados por la espalda. Esto no me gustó y sentí que la situación se estaba complicando.

Días después se me ordenó formar parte del comité organizador de la Fiesta de la Policía. Se propuso para esta celebración una tarde de esparcimiento acompañado con un gran almuerzo y, luego, un baile popular. Los encargados éramos el cura párroco, Padre Jaime Mira, el inspector de policía y yo. Me correspondió escribir las cartas en las que se solicitaba a los dueños y administradores de las fincas una colaboración para esta celebración. Las escribí en papel del Centro de Salud, las firmé y se las entregué al inspector de policía, quien las repartió. Al cabo de unos días, todos los que la guerrilla asesinaba tenían la carta que yo había escrito y firmado, con leyendas a mano que decían más o menos: esto le pasa por “sapo”.... etc. La policía me detuvo y fui llevado a Cáceres. Logré salir del enredo gracias a la colaboración del médico de este municipio y de su párroco, Padre Patiño, quienes se comunicaron con la gobernación de Antioquia.

A pesar de todos estos contratiempos continuaba con mis labores, pero un nuevo acontecimiento fue definitivo. El ejército construyó un kiosco para servicio de la comunidad y me invitaron a su inauguración. Cometí la irreflexión de ir y me vi sometido, prácticamente, a un “juicio popular”. Me retiré del lugar y camino al Centro de Salud encontré al vicario de la parroquia, quien me buscaba para decirme que abandonara rápidamente la población porque sería asesinado en la noche. Había obtenido la información en su servicio pastoral. Me acompañó a

empacar mis pocas pertenencias, y cuando salíamos recibimos varios disparos. Escapamos airosos de la situación y el vicario me acompañó en el viaje hasta la ciudad de Yarumal. Allí nos despedimos con mi agradecimiento eterno.

Estuve por 11 meses en Tarazá. Era la segunda vez que salía de mi casa y la primera que me enfrentaba a un trabajo profesional. Fue el tiempo más difícil que haya vivido, agravado por la falta de la luz y agua. Fue también un tiempo en el que vi muchos pacientes, hice buenos amigos y creo que fui muy útil para mantener la salud de aquella comunidad y, sobre todo, para aprender *in situ*. Pero sentía la falta de la música seria. En las horas que teníamos luz, oía cien equipos de sonido a todo volumen con música de vallenatos. Dos veces al día y todos los aparatos al mismo tiempo. Fue un martirio. Por la noche, cuando se apagaba la luz, prendía un pequeño radio de pilas pero no podía oír absolutamente nada porque se captaban cientos de emisoras al mismo tiempo. En resumen, no podía oír música. No había ningún grupo musical, ni instrumentos, ni música en la iglesia. Fue un año de silencio y soledad musical. Ni siquiera pude estudiarla, porque no había cómo ni con quién.

A su regreso de Tarazá, Alberto fue nombrado, en julio de 1969, para reabrir el hospital de San Jerónimo, cerrado después de que el médico haitiano que lo dirigía fuera objeto de un atentado dinamitero. El municipio de San Jerónimo está situado en el occidente de Antioquia, a 53 kilómetros de Medellín con la que, en aquella época, estaba comunicado por una carretera destapada. El tiempo de viaje era de hora y media.

Después del tiempo de cierre era necesario reacondicionar el hospital, y en esta labor el maestro Correa fue ayudado por su familia: barrieron y con manguera lavaron de arriba a abajo techos, paredes, ventanas y piso, limpiaron catres y muebles, y la madre confeccionó sábanas y sobre-sábanas, consiguió ollas y elementos de cocina. Una vez limpio y con los utensilios básicos, Alberto instaló allí su vivienda. Aunque tenue, el pueblo contaba con luz eléctrica, acueducto y servicio telefónico.

Vivía una vida muy simple —evoca Correa—. Me levantaba a hacer la ronda diaria y a atender la consulta. A la hora del almuerzo tomaba mi carro y me iba al Motel Quimbaya, el primer establecimiento veraniego de la población. Me bañaba una hora en la piscina, y luego de un excelente almuerzo volvía por la tarde al hospital a continuar el trabajo. A las seis de la tarde viajaba a Santa Fe de Antioquia, a Sopetrán o venía a concierto a Medellín y regresaba en la noche a San Jerónimo. La parro-



quia contaba con un televisor y en él pude ver atónito, el 20 de julio de 1969, la primera caminata espacial.

En una de mis visitas a Sopetrán alguien me “sopló” que había un armonio muy viejo en el coro de la iglesia, que fuera a revisarlo que podía ser interesante. Saludé al cura párroco y me identifiqué. El sacristán me llevó al coro y con dificultad disimulé mi sorpresa: no era un armonio, era un órgano positivo muy antiguo en pésimo estado. Lo revisé, y aunque creía que no servía para nada, deseé adquirirlo como fuera. Volví a hablar con el párroco. Le dije que el armonio era un instrumento viejo, completamente perdido, y que su reparación sería complicada y costosa, por lo que quizás era más fácil y económico reemplazarlo por una organeta electrónica. Me dijo que iba a consultar si lo podía vender. No demostré demasiado interés para no dañar la posible compra. Dejé pasar dos o tres semanas y volví a la iglesia para echarle otro vistazo al órgano. Descubrí nuevos detalles interesantes: estaba realmente ante un órgano positivo de la colonia y, en un viaje a Santa Fe de Antioquia, Merceditas Gómez me contó que había estado en la Catedral de esa población hasta que lo cambiaron por un órgano tubular. Cuando nuevamente le ofrecí compra al Padre, éste había averiguado quien era yo y me lo negó, diciendo que si yo «estaba tan interesado en ese instrumento era que tenía valor, y que él no estaba dispuesto a vendérmelo». Me dolió mucho, porque ya me había hecho ilusiones con el instrumento.

En 1985 viajé con la Filarmónica a tocar un concierto en la iglesia de Sopetrán y me encontré la sorpresa que un cura párroco posterior había ordenado bajar el órgano del coro. Ante la dificultad de hacerlo resolvió, serrucho en mano, partirlo por la mitad. Ahí estaba: en el presbiterio, desbaratado por acción del serrucho y colocado como elemento decorativo. Por fortuna, hace poco más de tres años fui informado por el Padre Guillermo Gómez, notable pianista y organista, que había recomendado al organero y lutier Luis Eduardo Mesa —quien estudió reparación y construcción de órganos en Alemania y Austria— para arreglarlo. Lo contacté y me contó que había tenido que rehacer todo el instrumento: reemplazó los fuelles del aire por un motor silencioso, ajustó y arregló todo el grupo de flautas y, al fin, logró poner en funcionamiento tal vez el único órgano positivo de la Colonia que se conserva en nuestro departamento.

Correa trabajó en el hospital de San Jerónimo durante nueve meses —sin contar el mes de febrero de 1970, en el que fue enviado al hospital de Rionegro—, tiempo en el cual realizó —siempre anhelando escuchar música en vivo— un concierto en el templo de la población con el Club de Estudiantes



✦ Catedral de San Jerónimo, Antioquia.

Cantores de la Universidad de Antioquia, dirigidos por el maestro Gustavo Yepes. Debió abandonar el municipio en el mes de mayo de 1970, al recibir un panfleto escrito a mano en el que, con pésima ortografía, se le decía que “era un tipo muy creído y que le daban doce horas para abandonar la población; si no lo hacía, no respondían por su vida.

Su vida laboral continuó en el municipio de Segovia, tierra caliente y minera en el nordeste de Antioquia. En Medellín, Correa tomó una avioneta hasta el aeropuerto de Otú, donde lo recibió el ejército y lo llevó hasta el hospital, cuyas condiciones eran mejores que las que había encontrado en los municipios anteriores. Se le había nombrado para un “trabajo especial” que le producía angustia: observar y pasar un informe sobre un compañero médico con un problema grave de alcoholismo.

Era un gran médico —dice Alberto recordando aquellos tiempos—, pero no podía controlar su afición al licor. Todos los días me llamaban a altas horas de la noche para sacar al compañero de alguno de los enredos en que se metía. Generalmente me tocaba ir a la zona de tolerancia, porque allá se dedicaba a causar problemas. A las 6 de la mañana del día siguiente yo hacía la ronda con los pacientes, y cuando él se levantaba, hacia las nueve, hacía su ronda y cambiaba todas las órdenes que yo había dado.





© Wikipedia

\* Segovia, Antioquia.



© Iván Erre Jota

\* Panorámica de Sopetrán, Antioquia.

En la observación de su compañero no terminaban las obligaciones de Correa. Otra tenía, que una vez más era fiel reflejo de las condiciones que por años han tenido que enfrentar las zonas rurales del país:

Tenía que asistir dos veces al día a la sede del ejército, y demostrar lo que había hecho en las horas anteriores y explicar lo que iba a hacer en las próximas horas. En alguna ocasión fui “invitado” a acompañarlos a una visita a Zaragoza, a donde iría el Ministro de la Defensa. El viaje, en carro, debía atravesar las trochas de Zaragoza, por lo que recibí una instrucción precisa: ante un ataque de la guerrilla, tenía que tirarme al suelo. Por fortuna nada sucedió. Esa noche en la población, con unos “aguardientes encima”, escuché las confesiones del capitán: estaba “harto” de lo que hacía, creía que la guerrilla se podía acabar rápidamente, pero que se mantenía porque era un negocio redondo: se ganaban el doble de dinero por trabajar en zonas rojas, se necesitaba la mitad del tiempo para jubilarse y se demoraban la mitad del tiempo para el ascenso, que quería largarse porque no quería cohonestar con estas ideas. Escucharlo fue para mí la confirmación de cosas que había pensado con ocasión de mis experiencias anteriores.

Peligros menos reales acecharon también a Alberto durante los tres meses que permaneció en Segovia:

Cualquier día fui invitado al Club Social de la población por una familia muy prestante. Soy un pésimo bailarín y por esta razón le saqué toda la vida el cuerpo a invitaciones como ésta. Pero no podía negarme, y así cuando una de las hijas me invitó a bailar hice el ridículo. A la niña no le importó, y me pareció que estaba coqueteándome. Como después de aquella noche seguía invitándome con diferentes excusas, averigüé que su mamá era, para toda la población, una “bruja” declarada. Por esos días terminaba mi trabajo en Segovia, así que regresé a Medellín y perdí la pista de la muchacha. Dos años después, siendo todavía soltero, la encontré en Medellín y me preguntó por qué no había hecho caso de sus insinuaciones, que no entendía qué había fallado porque su mamá me había dado el famoso *quereme* que obliga a quien lo toma a quedarse en el lugar donde se encuentra el amado. En silencio agradecí mi traslado que entonces habían ordenado las autoridades médicas.



El traslado era para Abejorral, lejano y frío municipio del oriente de Antioquia. Pueblo de rancios abolengos y lugar nativo de prestantes miembros de la sociedad antioqueña en campos como la medicina, el arte, el derecho, la política y el magisterio. A él llegó Alberto en junio de 1970, a ejercer la medicina en el hospital y, en sus horas libres, la consulta particular. Esta vez no estaba solo, y con sus compañeros se repartía el trabajo de tal modo que podía disponer de tiempo para salidas importantes y para llegarse hasta Medellín a gozar de algún concierto.

Durante su permanencia en Segovia, Correa solo pudo dedicarse a oír y estudiar música al no tener posibilidades para hacerla, en Abejorral fue distinto:

En el tiempo que permanecí en Abejorral fui feliz. No solo aprendí mucha medicina, también musicalmente mi estadía fue fructífera. Pude tocar el órgano tubular de la iglesia todo el tiempo que quise. Era un órgano español, marca Xuclé de 12 registros en muy regular estado: había perdido algunos de sus registros por el maltrato y la falta de mantenimiento. Llevé el coro de Estudiantes Cantores dirigido por el maestro Gustavo Yepes, y muchas veces asistí a los conciertos que se daban en Medellín.

Durante los 10 meses que permaneció en la población, Alberto solo tuvo que manejar una situación difícil: se le ordenó reemplazar a las Hermanas de la Presentación que tenían a su cargo el hospital por enfermeras regulares. Nada que le gustaba a las Hermanas esta orden, y los problemas no se hicieron esperar. Para afrontarlos contó con la compañía y comprensión de la Hermana Gabriela de San Germán, a la sazón muy mayor pero con un espíritu juvenil, quien se convirtió en su “pañito de lágrimas”.

Gracias a la deferencia de la médica pediatra Vilma Piedrahita, quien ocupaba el cargo de Directora Médica de la Seccional de Salud de Antioquia y comprendía la importancia para Alberto de estar cerca de Medellín para, así, poder reanudar algunas de sus actividades musicales, en el mes de abril de 1971 ordenó su traslado al hospital del municipio de Barbosa –hospital en el que había hecho su práctica estudiantil en Salud Pública–.

Por cinco meses Alberto disfrutó de su permanencia en Barbosa. Le gustaba su clima, la hospitalidad de la gente, la buena marcha de su actividad médica y la cercanía a la ciudad. Llevaba un poco más de un mes en aquel municipio, cuando una circunstancia feliz lo enfrentó de nuevo a su viejo amor: el Estudio Polifónico de Medellín. Con toda precisión, el Maestro recuerda aquellos momentos:



A las 10:00 a.m. del 23 de mayo de 1971, la enfermera del Centro de Salud me informó de la presencia de tres personas que querían hablar-me. Eran Dora Luz Gómez, Consuelo Roldán y el maestro Pedro Nel Arango, quienes me buscaban para invitarme a dirigir a un grupo de estudiantes de medicina y enfermería que, aprovechando uno de los tantos paros de la Universidad de Antioquia, se habían reunido para aprender música y conformar un coro. Les agradecí la invitación, pero me negué a aceptarla pues estaba en un momento de mi vida en el que pensaba que no volvería a hacer música. Al ver que no cambiaba de idea, me propusieron que al menos asistiera a las 9:30 a.m del día siguiente, sin compromiso, a la Asociación Médica de Antioquia (AMDA) donde ensayaban. Impresionado por la firme decisión que mostraban las chicas que acompañaban al maestro Pedro Nel para sacar adelante su coro, prometí que haría todo lo que estuviera a mi alcance para ir, y reiteré mi decisión de no dirigir el coro.

Pasé el día lleno de dudas. Por momentos me asaltaban los recuerdos y los deseos de volver, otros las dificultades y las frustraciones. Por la noche tomé mi decisión: volvería, pero no para hacer o seguir la línea de los demás coros. Haría el mejor coro que jamás se hubiera hecho. Como Händel, que se levantó de su dolor físico y espiritual para escribir *El Mesías*.





© Archivo familiar

\* A la derecha al frente Alberto Correa dirigiendo el Coro Masculino.

A las 10:00 a.m. del día siguiente llegué a la AMDA. Durante la noche había copiado, en partituras separadas, las voces de la que sería la primera obra del ensayo: *Ay triste que vengo vencido d'amor* de Juan de la Encina. Encontré un grupo de unas cincuenta personas, jóvenes todos, dedicados al trabajo de solfeo con el maestro Pedro Nel, quien al verme me invitó a ocupar el pódium del Director... Me posesioné de mi papel. Volví a dirigir y fue fenomenal. Tal fue mi emoción, que sin pensarlo dos veces les dije que podríamos alcanzar cosas muy grandes si estaban decididos a hacer música con mucho ánimo y gran espíritu de sacrificio. Dividí entonces el coro en tres voces, sin ningún criterio pues había una desproporción entre los bajos y los tenores. Una hora después teníamos montado el *Ay triste*. Al terminar nos prometimos encontrarnos a la misma hora del día siguiente. El maestro Pedro Nel se despidió (sea la ocasión para ofrecer, en la distancia y en el tiempo, un recuerdo inmenso para quien fue un gran músico, un excelente formador y una mejor persona) y me quedé hablando con el grupo. Les dije: acepto dirigir el nuevo coro, pero quien quiera estar conmigo ha de abandonar la idea de un coro institucional de la Facultad de Medicina. Nos constituiremos en el primer coro mixto del Estudio Polifónico de Medellín. Les conté del grupo masculino antiguo y les dije que

no aceptaba intromisión alguna en el manejo del coro, y apunté los nombres y los teléfonos de todos. Me llegó el susto –mezcla de incertidumbre y de un sentimiento de incapacidad– luego de despedirme, y cuando regresaba a Barbosa caí en la cuenta que era 24 de mayo, la misma fecha en la que habíamos montado el primer coro masculino.

Debía resolver todavía un problema: trabajaba todo el día en el hospital de Barbosa, y los ensayos eran a las 9:30 a.m. Conseguí con mi compañero un permiso por algunos días para salir en las mañanas y compensar el tiempo en las tardes y las noches. Luego logré cambiar los ensayos para el final de la tarde. Salía de Barbosa a las 5:00 p.m. y volvía hacia las 9:30.

Comencé entonces el arduo trabajo de formar un grupo estable. Los primeros días fueron de “depuración”. Salieron muchos. El coro femenino era muy bueno, pero ninguna subía del Do de la primera octava. Por su parte, ninguno de los hombres bajaba de un Sol. Llamé entonces a los “viejos”. El único que quiso ingresar fue Gustavo Llano. Llevábamos un mes ensayando cuando recibimos nuestra primera propuesta: venía del Festival Internacional de Ópera Ciudad de Medellín dirigido por Alberto Upegui\*: nos encomendaba hacer *Marina*. No acepté. Las razones eran obvias: el poco tiempo para el montaje y para la preparación del coro, además de no haber realizado aún ningún concierto. Acepté, sí, viajar con la ópera como asesor coral por varias ciudades colombianas, mientras hacía todo por recuperar el tiempo perdido con el coro. Así comenzó la segunda etapa del Estudio Polifónico de Medellín como coro mixto (véase **capítulo correspondiente**).

Ahora, rememorando esos momentos, agradezco en el alma aquella visita, que produjo en mí el efecto de renovar el virus de la música, inactivo entonces por las circunstancias. \*

## Segunda época laboral

Varias actividades ocuparon la vida profesional del maestro Correa a partir de la década de 1970. En el municipio de Caldas, cercano a Medellín, se vinculó con el Seguro Social, al comienzo solo por dos horas al día, pero poco a poco aumentaron hasta seis. Completaba su jornada en el Hospital San Vicente de Paúl, en el que además de ejercer como médico tenía a su cargo los ingresos del personal de planta, la refrendación de las incapacidades y



el acompañamiento a los estudiantes de medicina en la Consulta Externa. Su trabajo en Caldas se prolongaría por 31 años continuos; y en San Vicente cerca de tres años.

No había olvidado aquellas inquietudes que, desde su época estudiantil, lo habían llevado a estudiar la benéfica influencia que ejercía la música en la terapia psicológica. Comenzó a escribir un tratado sobre la sesión de musicoterapia en el manejo del niño con retardo mental, y en 1972 abrió, en asocio con Martha Agudelo de Maya –una de las educadoras musicales más importantes de Medellín, quien en su trabajo en la Fundación Pro-Débiles Auditivos realizaba importantes observaciones en el manejo del paciente sordo con música–, el Centro de Musicoterapia, en el segundo piso de la casa de su socia.<sup>9</sup> Poco después, ambos fundaron la Sociedad Antioqueña de Musicoterapia, la primera institución en todo el país que buscaba reunir a las personas interesadas en el estudio de esta nueva especialidad.

Ese mismo año, Alberto conoció en Popayán a María Isabel Reyes, una de las personas que, según reconoce el Maestro, “más ha influido en mi vida”. Educadora musical, María Isabel nació en Boyacá y realizó estudios en el Instituto Orff, con el que continuaba trabajando el tema de la musicoterapia. Organizó la Asociación Nacional de Musicoterapia en Bogotá y trajo a Colombia al Dr. Benenson, psiquiatra, compositor y director de orquesta argentino, cabeza del movimiento musicoterapéutico en su país. Con la Universidad del Cauca organizó los estudios profesionales en esta especialidad, pero luego de un año de trabajo la intervención de los profesores de la Facultad de Medicina, quienes no creían en la musicoterapia, llevó a la suspensión de estos estudios.

Desde entonces —dice Correa— hemos trabajado juntos, con las interrupciones normales exigidas por la formación de mis otras instituciones musicales. Fruto de esta cooperación es el libro *Metodología de la Sesión de Musicoterapia en el retardo mental. Tratado de Musicoterapia*.<sup>10</sup> Tengo un recuerdo hermoso de María Isabel, que trabaja la música con los pacientes de una manera excepcional.

Con el paso de los años, el trabajo profesional de Correa como médico se estabilizó. Al retirarse, luego de 10 años de trabajar en el Seguro Social de Caldas, siguió con su consultorio particular, situado a 20 metros del parque principal de este municipio, dedicado a la Medicina General y a la musicoterapia.

9. Unos años después, luego de una remodelación, el Centro se convertiría en la sede del Colegio de Música, benemérita institución dedicada a la primera enseñanza de este arte, en la que trabajaron todos los miembros de la familia Maya Agudelo.

10. A la fecha, aún inédito.



© Archivo familiar

1963. A la derecha, saludando al Alcalde de Envigado. Al fondo Leonidas Lopera, tenor que luego fue del Estudio Polifónico.



La jornada era simple y rutinaria. Todos los días, incluidos domingos y festivos, sin vacaciones ni descansos, me levantaba a la 5 a.m., procedía al aseo personal y luego de tomarme un vaso de jugo de alguna fruta salía para Caldas. Comenzaba mi labor en el consultorio a las 6 de la mañana y trabajaba hasta las 5 de la tarde. Me dirigía entonces a los ensayos del Estudio Polifónico, que se iniciaban a las 6:30 p.m.

Esta rutina duró hasta 1996, cuando la Orquesta Filarmónica de Medellín se convirtió en una institución profesional y comenzamos con ensayos diarios. Suspendía entonces mi trabajo a las 10:20 a.m., viajaba a Medellín para los ensayos que se realizaban entre las 11 a.m. y las 2 p.m., y regresaba a Caldas para reanudar mis labores médicas hasta las 5. A las 6:30 p.m. ensayaba con el Estudio Polifónico. Este año también comencé a descansar los sábados en la tarde, domingos y días de fiesta.

Atendí en mi consulta particular por 42 años. En el 2002 decidí abandonar definitivamente el ejercicio profesional, logré mi pensión y comencé a tomar mi período de vacaciones normal. ✨



© Archivo familiar

✨ Con su esposa Emma Elejalde en la ceremonia de grado de Enfermería, 1974.

## Matrimonio e hijos

Desde el tiempo en que Alberto Correa estudiaba en la Facultad de Medicina, sostenía una relación sentimental con una compañera. Todo auguraba que ella sería quien lo acompañaría el resto de sus días, pero cuando estaban listos para casarse, la vida les ofreció caminos diferentes. La ruptura se dio al poco tiempo de llegar Alberto a Abejorral, y debió pasar año y medio antes de volver a enamorarse.

En el mes de octubre de 1971 se fijó en una hermosa enfermera que hacía parte del coro y que parecía estar, en los ensayos, en plan de coqueteo con uno de los estudiantes de medicina. La observó durante varios días, pasados los cuales se atrevió a mandarle razones con algunas de sus compañeras. Finalmente se decidió:

Su nombre era Emma Elejalde Sánchez. Recuerdo que me le acerqué y le dije que quería ir a visitarla. Tímidamente me dijo que sí. Le pregunté entonces su dirección y me la dio. Vivía a la vuelta de mi casa, a escasos 60 metros. Le dije que al día siguiente iría a verla y a invitarla a tomar “el algo”. Así fue. Cuando nos despedíamos le pregunté si podía seguir visitándola, y ella aceptó. Pasados 15 días le pedí que nos casáramos. Contestó que sí. Yo quería hacerlo inmediatamente, pero ella me pidió un poco de tiempo. Decidimos que fuera en diciembre. De esto hace 43 años.

Nos casamos a las 10 a.m. del 29 de diciembre de 1971, en la iglesia de Santa Gema situada en la Carrera 80 con la Avenida 33. Presidió la ceremonia un amigo cura que conocí en Abejorral, el Padre Guillermo Ospina, con quien me unió una gran amistad llena de compañía en momentos muy difíciles de soledad y de decisiones y de conversaciones profundas —con paciencia y comprensión enfrentaba los cuestionamientos que yo le hacía a la Iglesia—. Solo estaba invitada la familia más cercana. No habría música, pero un amigo del alma, Albert Buscatau, acompañado de Ignacio Cano, apareció con algunos miembros del Club de Estudiantes Cantores de la Universidad de Antioquia. Después de una copa de champaña y de la repartición del bizcocho en casa de mis suegros, Don Juan Bautista Elejalde y Luisa Sánchez, partimos a la luna de miel en Sochagota (Boyacá). Fue una ceremonia íntima y un momento feliz. Regresamos a Medellín el 3 de enero y nos instalamos en un apartamento del Conjunto Residencial Suramericana, número uno, donde vivimos el primer año de casados. Emma ha sido la compañera ideal desde entonces. Con ella he vivido la etapa más productiva





✧ En su boda con Emma Elejalde Sánchez.

y feliz de mi vida. Creo que todo lo que he logrado hacer en estos 43 años se lo debo a la comprensión, a la generosidad, al acompañamiento y al amor que me ha regalado.

El 21 de diciembre de 1972 nació mi primera hija, María Catalina. Cursó todos sus estudios escolares en el Colegio San José de las Vegas con un comportamiento excelente. Recibió clases de música en el Colegio de Música de Medellín y en él comenzó a estudiar violín con María Cecilia Bravo; luego lo haría con el Profesor Jorge Gómez y, de vuelta en el Colegio de Música, con Gonzalo Ospina. Ingresó a la Universidad Pontificia Bolivariana para estudiar derecho, donde se graduó en 1995. Trabajó en una oficina de abogados y en la Secretaría General del Ingenio Vegachí. El 4 de diciembre de 1993 contrajo matrimonio con el Dr. Jaime Andrés Ferrer, abogado de la misma universidad. Tienen dos hijas: Alicia, que nació en Medellín el 7 de octubre de 1998, y Lucía que nació en Bogotá el 21 de diciembre de 2001.

El 29 de junio de 1975 nació mi segundo hijo: Juan Esteban. Sus estudios primarios y el comienzo del bachillerato los realizó en el Colegio San José de Calasanz, y terminó en el Instituto Jorge Robledo. Después de un viaje a Australia con el fin de estudiar inglés y de un año de ingeniería en la Escuela de Ingeniería de Antioquia, ingresó a la Universidad Pontificia Bolivariana a estudiar arquitectura. Estudió violoncelo en el Colegio de Música bajo la tutela de un gran profesor, el maestro Diego Villa, pero en el año de 1988 suspendió sus estudios musicales. Se graduó como arquitecto en 2002, y en la Universidad de Columbia en Nueva York realizó una maestría en Desarrollo Urbano. El 7 de marzo de 2009 contrajo matrimonio con Lina Ruiz, diseñadora de interiores, y tuvieron su primer hijo, Matías, el 11 de noviembre de 2011 en la ciudad de Medellín. ✧





© Archivo familiar

✦ Con su esposa y su hija María Catalina.



© Archivo familiar

✦ Con su hijo Juan Esteban y su esposa.



© Archivo familiar

✦ Con su esposa y sus nietas.

## Segunda parte: obra



## Estudio Polifónico de Medellín

Como se mencionó en su momento, el Estudio Polifónico de Medellín, en su primera etapa, nació el 24 de mayo de 1966, por iniciativa del maestro Correa.

Además de Alberto, fueron sus miembros fundadores: Luis Carlos Muñoz, un excelente tenor que cantaba en la iglesia de Envigado; Honorio “Míster” Rúa Betancur, quien fue campeón panamericano de ciclismo; los tenores Flavio Ramírez, Alfonso Benjumea y Rodrigo Espinal; el bajo Gustavo Yepes; Luis Carlos Vanegas, Heriberto Vélez y Leonidas Lopera, un tenor segundo algo desafinado —un accidente laboral en Coltejer que le produjo una parálisis facial lo perjudicaría aún más—; Gabriel Llano, impulsivo y organizador<sup>11</sup>; el ingeniero Jorge Giraldo, excelente barítono, manejaba las finanzas del coro y organizaba los conciertos, trabajaba en planeación de Envigado y escanciaba generosamente el aguardiente; Luis Alberto Restrepo; Darío D’Aleman; el barítono Mario Yepes, hermano de Gustavo; Juan Guillermo Acosta, Vicente Duque, Gonzalo Llano, un agrónomo indisciplinado y buscapleitos, y su hermano menor Gustavo, el que más “resistió” en el Coro.

En sus comienzos el Estudio fue, pues, un coro masculino dedicado a la música polifónica *a cappella*, con repertorio universal de los siglos XV y XVI, *Negros Spirituals* y música polifónica colombiana, y llegó a ser considerado el mejor coro masculino de la época.

Ofrecimos —rememora el maestro Correa— una gran cantidad de conciertos en Medellín y sus barrios, en poblaciones de Antioquia y en algunas ciudades del país como Popayán, Cali, Pereira y en la Casa del Virrey, Cartago (1967), donde tuvimos que repetir el concierto en la misma noche porque mucha gente no había podido entrar al teatro para la primera función, y cantar el *Ave María* del gregoriano en cuatro oportunidades. ¡Era la primera obra del programa, y tuvimos que repetirla cuatro veces a solicitud de los asistentes! Terminamos la noche dándole serenata al Obispo, quien nos pidió que cantáramos la misa del siguiente día, cosa que hicimos en medio de un fuerte olor a licor (antes de regresar al hotel donde nos alojábamos nos detuvimos en un estadero para celebrar) y un trasnocho de los mil diablos (solo el campeón Honorio “Míster” Rúa, el disciplinado del grupo, permaneció sobrio).

Otro concierto memorable fue el de la Semana Santa del año de 1968, en la Arcada de la Herrería y en el marco del Festival de Música Sagrada de Popayán. Hicimos la primera mitad del concierto acompañados de

las voces femeninas del Coro de Cámara de Popayán que era el anfitrión. Interpretamos la *Pasión* de Francesco Surianus (1548/49–1621) y corales de Juan Sebastián Bach. Al terminar la gente no se cansaba de aplaudir y de pedirnos *Negros Spirituals*, una de nuestras especialidades. Debimos cantar —sin ensayo, porque no eran parte del programa— unos 20 *Negros* que teníamos montados”.

A tan exitosa participación le siguió un malentendido con graves consecuencias. Al llegar el Estudio a Medellín se encontró con una cuenta de \$6.000,00 por publicidad de un concierto patrocinado y organizado por el Municipio de Medellín, que se negó a cancelar este valor. El Estudio se dio entonces a la tarea de preparar el Oratorio o Cantata de Cámara *La tristeza de Job*, obra compuesta y dedicada a Correa por el maestro chileno Mario Gómez-Vignes\*.

Con esta obra el coro entró en crisis. Logré —dice el Maestro— mantenerlo unido hasta el 10 de septiembre de 1968, cuando el Estudio Polifónico masculino ofreció su último concierto, bajo la dirección del maestro Gustavo Yepes y mía, en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá; concierto transmitido por la Televisora Nacional



Estudio Polifónico de Medellín, 1989. Teatro de la Universidad de Medellín.

11. Gabriel murió el 14 de diciembre de 1983 al caerle un ala de un Avión de Tampa, accidentado en la carrera 64 con la avenida 30, pilotado por el padre de Silvia Molina, ex miembro del coro y oboísta de nuestra orquesta.





© Archivo familiar

\* Con la mezzosoprano italiana Bianca Berini, famosa cantante del Metropolitan de Nueva York. 1971, en la Segunda Temporada del Festival Internacional de Ópera Ciudad de Medellín, patrocinado por Haceb. Ella cantó en *Rigoletto*.

y por la Radio Nacional de Colombia. La Biblioteca se había convertido en la primera sala de conciertos del país, y nosotros fuimos el primer coro elegido —antes, incluso, que los de Bogotá— para actuar en ella. Fue organizado por Hernán Gaviria de Pro-Música de Medellín, entidad dedicada a organizar conciertos que trajo los mejores músicos de aquella época a nuestra ciudad y que para entonces era nuestro representante. En este concierto, el maestro Gustavo Yepes dio un paso importante en la dirección: pasó de ser solo coralino y comenzó a dirigir una o dos obras por concierto para, al final, repartirnos la dirección de los conciertos: la mitad él y yo la otra mitad. Cuando dejé el coro le pedí que lo continuara dirigiendo y lo mantuviera unido. No pudo hacerlo, sin embargo, y pasó a dirigir el Club de Estudiantes Cantores de la Universidad de Antioquia. Comenzó así para él una gran carrera musical, que se prolonga todavía hasta los tiempos actuales.

Cerca de tres años después, en otro 24 de mayo pero esta vez de 1971, y convertido en un coro mixto, renació —gracias a la invitación que hizo el maestro Pedro Nel Arango a Alberto Correa— el Estudio Polifónico de Medellín.

En los inicios de esta segunda etapa, el Estudio realizaba sus ensayos en la sede de la Asociación Médica de Antioquia. Pero...

[...] un buen día—recuerda el maestro Correa—, nos sacaron para permitir el ensayo de un grupo de teatro. Comenzó entonces el difícil camino de encontrar lugares adecuados para realizar nuestros ensayos: pasamos al Auditorio del Hospital Infantil, y los días en que éste estaba ocupado ensayábamos en un salón del cuarto piso y hasta en el dormitorio de la Dra. Dora Luz Gómez, ambos en dicho hospital. Hubo días en que debimos recurrir al Kiosco o a la Capilla del Hospital Universitario San Vicente de Paúl, y en la Unidad de Ortopedia y Neurología montamos casi todo *El Mesías* y el *Dixit Dominus* de Händel y el *Magnificat* de Bach.

La programación de cursos a la hora de los ensayos en esta Unidad, nos obligó a buscar nuevos espacios. Nos trasladamos entonces al Auditorio de la sede del centro de la Universidad Pontificia Bolivariana —donde además, en ocasiones, utilizábamos los salones de Filosofía y Trabajo Social—, pero al cabo de unos meses debimos afrontar la incompreensión de algunos estudiantes de Educación, quienes hicieron un movimiento para sacarnos dizque porque “hacíamos mucha bulla”. Durante nuestra permanencia en esta Universidad alcanzamos a preparar el *Réquiem* de Mozart, *Los Funerales de la Reina María* de Purcell y unas Cantatas de Bach.



Nos fuimos a continuación, gracias a la bondad de sus dueñas, a la guardería La Pájara Pinta, donde preparamos reposiciones de *El Mesías*, del *Réquiem* y de *Conciertos de Navidad*, como nuestro primer intento del *Catulli Carmina* de Orff. Para aprovechar la presencia de un piano y la comodidad de su ubicación central, durante un tiempo ensayamos en la residencia de los Hermanos Cristianos —donde montamos el *Concierto Aulos*—, pero ante la dificultad del ingreso de quienes por alguna razón llegaban un poco tarde, decidimos regresar a La Pájara Pinta.

En ocasiones ensayábamos también en el Auditorio y la Sala Epifanio Mejía de la Cámara de Comercio de Medellín y en el auditorio del antiguo Colegio de San Ignacio (en la plazuela del mismo nombre), aunque en éste volvimos a encontrar la queja —de parte de los padres ya ancianos— por el “ruido” que hacíamos. En 1978, al finalizar la Temporada Nacional de Ópera de Colcultura, el grupo administrador del Estudio nos consiguió una casa en Popayán con Cuba —cerca la Iglesia de los Doce Apóstoles—, donde compartimos sede con la naciente Orquesta de Cámara de Medellín (véase **capítulo correspondiente**). Por fin, en 1979 y hasta 1989 el Estudio ocupó para sus ensayos un salón en la sede que la empresa Jardines Montesacro tenía en el Parque Bolívar —generosamente construido para el efecto por la empresa al lado de la piscina—.

Tampoco resultaba fácil la consecución de las obras musicales:

Al comienzo las partituras se copiaban a mano, labor por supuesto muy dispendiosa. Se me ocurrió entonces probar el sistema del mimeógrafo o “estencil” —del que aún hoy conservamos algunas partituras de villancicos—, que utilizamos hasta cuando llegó la fotocopidora. Intentamos pasarnos a este método, pero resultó bastante costoso, así que me asocié con Gabriel Uribe —tipógrafo en ese tiempo; luego, estudió derecho y se graduó de abogado— y pude comprar una litografía para editar las partituras. El resultado fue catastrófico: no se vendió ninguna. Llegó por fin la reducción del precio de las fotocopias, lo que nos ha ayudado enormemente a resolver el problema, dada la carencia absoluta de partituras en el mercado.

Dos ausencias trajeron dolor al Estudio en aquella época: el 12 de diciembre de 1971 murió Ana María Yepes, alma y nervio de las sopranos, y al año siguiente la joven violinista caleña Isabel O’Byrne, promotora entusiasta de extender el repertorio hasta la conformación de un coro sinfónico. Idea con la que Alberto no podía estar más de acuerdo:



✧ Concierto del Estudio polifónico de Medellín en las instalaciones del periódico El Colombiano de Medellín.



## El Estudio Polifónico actúa en Barranquilla

Para inaugurar en forma oficial el II Festival de Música Coral Polifónica denominado “Costa Atlántica”, que se iniciará hoy y que culminará el viernes próximo, viajó ayer a Barranquilla el Estudio Polifónico de Medellín.

En este evento, en el cual participarán agrupaciones corales de Bogotá, Cali, Barranquilla y Medellín, el Estudio presentará esta noche la Cantata Profana *Catulli Carmina*, de Carl Orff, en montaje original del coro estrenado el pasado 24 de mayo en el Teatro Pablo Tobón Uribe.

### UNA RARA COMBINACION

La Cantata *Catulli Carmina* forma parte del llamado “Tríptico de Orff” (con el triunfo de *Afrodita* y el *Carmena Burana*). Este Tríptico y las obras didácticas del sistema Orff son las más conocidas de este autor alemán, fallecido el 30 de marzo del presente año.

El público barranquillero tendrá la oportunidad de escuchar una extraordinaria y rara combinación de orquesta percusiva de cuatro pianos, xilófonos, glockenspiel, maracas, tan—tan,

triángulo, tamborino y timbales, acompañando la voz de los solistas Leonor Riaño (soprano) y Diego Arango (tenor), junto con el gran coro mixto. Los cuatro pianistas serán, en su orden, Teresita Gómez, Maurizio Mejía, Esteban Emilio Bravo y Alejandro Posada. La dirección general está a cargo del médico Luis Alberto Correa.

La permanencia, la dedicación, la calidad y la mística de este grupo seguramente harán de esta presentación una de las más hermosas de que puedan disfrutar los barranquilleros en el Teatro Municipal.

✧ El Estudio Polifónico de Medellín en la inauguración del II Festival Coral Polifónico Ciudad de Barranquilla, 1982.





© Archivo familiar

✦ Concierto del Estudio Polifónico de Medellín en la empresa Química Ariston.

A pesar del respeto que le tengo a las obras polifónicas a *cappella*, siempre tuve la idea de hacer del Estudio Polifónico un coro dedicado totalmente a la interpretación de obras sinfónico-corales. Siempre soñé con los oratorios, las cantatas, las pasiones, las misas, las óperas y las obras interpretadas con orquesta, obras que me producen una emoción intensa. Esta fue la razón por la que, durante todo el año de 1973, cuando ya había logrado conformar un grupo compacto y permanente, me dedicara a montar el oratorio *El Mesías* de Jorge Federico Händel.

Se iniciaba, así, la tercera etapa del Estudio Polifónico de Medellín, ahora como coro sinfónico.

El 22 de mayo de 1974 presentamos por primera vez *El Mesías*. El concierto tuvo lugar en el Teatro Pablo Tobón Uribe, y nos acompañó la Orquesta de la Sociedad Filarmónica de Medellín, que se había reunido para el Festival Internacional de Ópera patrocinado por Haceb y había permanecido después del cierre de este Festival. Entonces la orquesta estaba bajo la dirección de los maestros Pietro Mascheroni y Rodolfo Pérez y, para que me permitieran dirigirla, debí someterme a un examen que pasé satisfactoriamente. Tuvimos, también, que contratar a los músicos uno por uno.

Los solistas fueron: la soprano bogotana Julia Ballesteros de Martínez; la contralto antioqueña Sofía Salazar\*, quien comenzaba a

descollar y a quien acompañamos en todas sus actividades musicales hasta que la encomendamos a la Ópera de Colombia (luego vendrían sus meritorios triunfos en Europa); el tenor Jairo Ospina y el barítono Horacio Escobar.

Algo extraño le pasó a Julia Ballesteros en este concierto: terminamos la segunda parte del Oratorio, el impresionante *Hallelujah*, y salí un momento del escenario a recuperarme. Regresé e iniciamos la tercera parte. En el compás 39 de la primera aria de la soprano, *I Know that my Redeemer liveth*, vi que sus ojos se ponían vidriosos, y cuando le di la entrada no respondió. Estaba como “fuera de sí”. Seguía un diálogo entre la soprano y el bajo continuo, pero el diálogo no se dio. La orquesta esperaba que ella cantara algo, pero ella no estaba entre nosotros. Dudaron los músicos y dudé yo por unas milésimas de segundo que me parecieron una eternidad. Tomé la decisión de volver al comienzo. La soprano se recuperó y, a mi indicación, comenzó a cantar desde el «Da capo», pero al llegar de nuevo al compás 39 “volvió a irse”; debí mantener las respuestas con solo la orquesta y terminamos el confuso momento. Terminado el concierto, ella no me dijo absolutamente nada, así que al día siguiente opté por preguntarle qué le había pasado. Se sorprendió y tuve que contarle lo ocurrido. Entonces me explicó: esa aria era la que más le gustaba a su esposo, quien se encontraba en un congreso médico en Caracas, y como ambos eran miembros de una logia teosófica, al momento de entonar el aria debieron encontrarse en un viaje cósmico. ¡Se fue, pues, a buscar a su esposo a Caracas y nos abandonó en el escenario del Pablo Tobón Uribe!

El costo total de este primer *Mesías* fue de \$75.000,00, incluyendo los afiches que nos regaló Editorial Bedout. El lleno del teatro nos permitió recuperar \$45.000,00, y el resto se recaudó con las rifas de una grabadora y una máquina fotográfica. Pagamos todos los gastos, y dos meses después pudimos contar con un saldo a favor de \$4.000,00, valor que correspondía a un impuesto de Coldeportes que nos fue devuelto. Este dinero nos permitió repetir el Oratorio el 2 de julio del mismo año en la Iglesia de San Ignacio. Con los mismos solistas del anterior, a excepción de la soprano.

Recuerdo con una claridad vivencial cada uno de los momentos de preparación del *Mesías* y su primera presentación, que significó para mí la realización de un sueño de mi niñez.

Otro resultado positivo tuvieron estas presentaciones en el ambiente musical de la ciudad: desde 1963 permanecía cerrada la Orquesta Sinfónica de Antioquia (OSDA), y en este 1974 los amantes de la orquesta decidieron reabrir la,



para lo cual llamaron a algunos de sus antiguos miembros, la completaron con nuevos músicos y la pusieron bajo la dirección del músico húngaro István Horváth\* quien, con el Estudio Polifónico y gracias al patrocinio de Medellín Cultural –institución que, además, se convirtió en un apoyo invaluable para la participación del coro en las diferentes temporadas de Ópera de Colcultura–, dirigió dos versiones del *Mesías* en el mes de diciembre del mismo año.

Desde entonces —rememora el maestro Correa—, el Estudio ha interpretado la obra en programas especiales: el 22 de agosto de 1975, acompañados por la OSDA, nos presentamos en el teatro Los Fundadores de Manizales. Fue un concierto emotivo y habría sido perfecto si no fuera porque al sentarse el coro —luego de terminar el tercer coro del Tríptico de la Pasión— una de las contraltos cayó al vacío desde la cuarta fila, con el ruido y la conmoción subsiguiente. Debí suspender mientras las compañeras auxiliaban a la caída. El 18 de marzo de 1976, de nuevo con la OSDA, presentamos en Cali un concierto impecable. Fue organizado por el movimiento de La Fraternidad Universal, que nos hospedó en su sede —por primera vez dormía en un tapete, que era en el que ellos se reunían a meditar—, nos agasajó con un coctel de frutas sin licor y nos atendió con comida vegetariana. Interesante experiencia. En el año de 1978 se cantaron tres *Mesías*, con la Orquesta Sinfónica de Colombia, en el Teatro Colón de Bogotá. El primer concierto fue dirigido por el maestro Daniel Lipton y los otros dos por mí. En Popayán, en 1985 —dos años después del terremoto— y en el marco del Festival de Música Religiosa, presentamos el concierto en el templo de Santo Domingo. Fue la última vez que actuamos en este Festival.

*El Mesías* nos abrió muy buenas oportunidades: desde aquel año de 1974, Medellín Cultural decidió patrocinar un concierto anual con la Sinfónica de Antioquia; patrocinio que duró hasta 1983 cuando aparece la Orquesta Filarmónica que continuó con la tradición de la presentación anual del Oratorio; desde entonces hasta la fecha el coro ha cantado ininterrumpidamente *El Mesías* en cada navidad.

Para el año de 1975, el Estudio Polifónico presentó, siempre acompañado por la OSDA, el *Magnificat* de Bach y el *Dixit Dominus* de Händel. En 1980 vino el *Réquiem* de Mozart, dirigido por Sergio Acevedo\*, primero en el Teatro Pablo Tobón Uribe y luego, el Sábado de Dolores, en el Festival de Música Sagrada de Marinilla. Se tenía programado que al día siguiente, Domingo de Ramos, se presentaría también en el Festival de Música Sagrada de Santa Fe de Antioquia, pero un accidente lo impidió:

En el viaje de ida, uno de los buses que transportaba al Estudio chocó con un bus que se dirigía a Medellín, cayendo éste en un abismo con resultados luctuosos. El coro prestó su auxilio a los pasajeros y nunca llegó a Santa Fe.

De enorme significación fue el apoyo que Colcultura dio al Estudio (apoyo que no había sido logrado por ningún coro colombiano). En 1978, esta entidad seleccionó —por sobre su propio coro— al Estudio Polifónico para hacer la temporada de ópera en Medellín. Por cuatro años seguidos, el coro presentó, entre otras, óperas como *Don Juan*, *Las Bodas de Figaro* y *Cossi fan Tutte* de Mozart, *Rigoletto* de Giuseppe Verdi, *El Elíxir de Amor* y *Lucia de Lammermoor* de Donizetti, *El Barbero de Sevilla* de Gioachino Rossini, *Caballería Rusticana* de Pietro Mascagni, *La Viuda Alegre* de Franz Lehar y *Fidelio* de Ludwig van Beethoven (en ocasiones, algunas de estas obras se repetían en la temporada de Cali). En la temporada de 1984, más concretamente el 18 de septiembre de ese año, esta última ópera estuvo bajo la dirección del maestro André Rieu, y un recuerdo doloroso acompaña al maestro Correa al evocarla:

*Fidelio* se hizo con la excelente dirección del maestro André Rieu, padre del violinista del mismo nombre. Gran persona y músico integral (en mi concepto, mejor que el hijo), era un diácono casado de la iglesia católica holandesa. La única exigencia que hizo al ser invitado a la ciudad, fue la de que el hotel en el que lo alojaríamos no debía ser muy lujoso y estar cerca de una iglesia. Fueron hermosas las conversaciones que tuve con él, que se continuaron por medio epistolar. Me pidió que le preparara con el coro el *Réquiem Alemán* para tocarlo en homenaje a quienes habían perecido durante el período aciago que por entonces vivía nuestra ciudad. Comencé a ensayarlo, y luego de un tiempo le envié una carta informándole del progreso de la obra. La respuesta fue una esquela repartida en su funeral. Fue un golpe tremendo. Suspendí el montaje del *Réquiem Alemán* y desde ese momento no he querido volver a intentarlo.

En 1978, el maestro Correa fue nombrado director asistente de la Orquesta Sinfónica de Colombia encargado de las producciones sinfónico-corales. Su primer trabajo musical remunerado. Cargo que permitió al Estudio Polifónico contar cada año con aquella orquesta para la presentación de algunas óperas, además del *Réquiem* y la *Misa de Coronación* de W. A. Mozart, la *Misa de Réquiem* de Fauré, los *Valses de Amor* de Brahms, las *Funerales de la Reina María* de Henry Purcell, las cantatas 78 y 106 de J. S. Bach, un programa con obras de Gabrielli, Purcell y Schutz y, en 1981, bajo





\* Requiem de Mozart, Cantata de Bach 78. Teatro Colón Bogotá, 1979.

la dirección del maestro Jaime León, los *Cuatro Himnos para la Coronación de Jorge II* de Jorge Federico Händel, presentados en Cali y en el Festival de Música Sagrada de Popayán.

En 1982, el Estudio Polifónico acometió el montaje de la segunda cantata escénica de *Los Triunfos: Catulli Carmina*, del compositor alemán Carl Orff,

obra que requiere una orquesta de percusión considerable y cuatro pianos y que estaba programada para ser interpretada en el teatro Amira de la Rosa de Barranquilla, en el marco del II Festival Internacional de Coros de la Costa Atlántica. Para su presentación ...



... el coro necesitaba dos timbales sinfónicos. Nos fue imposible conseguirlos prestados en Medellín y tuvimos que recurrir al préstamo de unos de regular calidad facilitados por una banda de la Armada Nacional. Al regreso de la Costa, sentimos la necesidad de comprarlos. Iniciamos nuestra búsqueda y supimos que la casa Ortizo con sede en Bucaramanga, representante de la marca Ludwig en Colombia, poseía dos timbales sinfónicos profesionales que habían sido encargados por una de las orquestas de Bogotá que al final había desistido de su compra. Decidimos adquirirlos. Llegaron sin estrenar a mi casa en el Barrio La Palma y los guardamos en el garaje con los pocos instrumentos que hasta entonces habíamos podido conseguir: un contrabajo regalado por un antiguo contrabajista de la Orquesta de Cámara de Medellín y dos trompetas “píccolo” compradas al argentino Luis Pasquini, quien fuera trompetista de la Orquesta Sinfónica de Colombia. ✨

## Orquesta de cámara de Medellín

La necesidad de tener una orquesta de cabecera que acompañara las obras sinfónico-corales, llevó al maestro Correa a pensar en la conformación de una nueva orquesta:

No siempre podíamos contar con la OSDA —dice—, y además por aquellos años nos comenzaron a cobrar por su utilización, así que en 1976 decidí fundar la Orquesta de Cámara de Medellín con músicos jóvenes que entonces se destacaban en la ciudad. Algunos de ellos tocaban ya con la Orquesta Sinfónica de Antioquia, otros cursaban estudios de música muy adelantados en el Conservatorio o estudiaban en la Escuela Superior de Música. Los primeros estaban necesitados de más horas de práctica orquestal, y los segundos tenían muchos deseos de superarse para llegar más tarde a pertenecer a la Orquesta Sinfónica de Antioquia o a alguna orquesta sinfónica profesional del país. Cosa que lograron algunos en la época en que esta orquesta estaba bajo la dirección del maestro santandereano Sergio Acevedo, mientras otros seguían estudios universitarios. Más tarde me reencontraría con la mayoría de ellos en la futura Orquesta Filarmónica de Medellín.

Acompañados por el Estudio Polifónico, la Orquesta interpretó, entre otras, las cantatas *Gottes Zeit*, BWV 106, y *Jesu der du meine Seele*, BWV



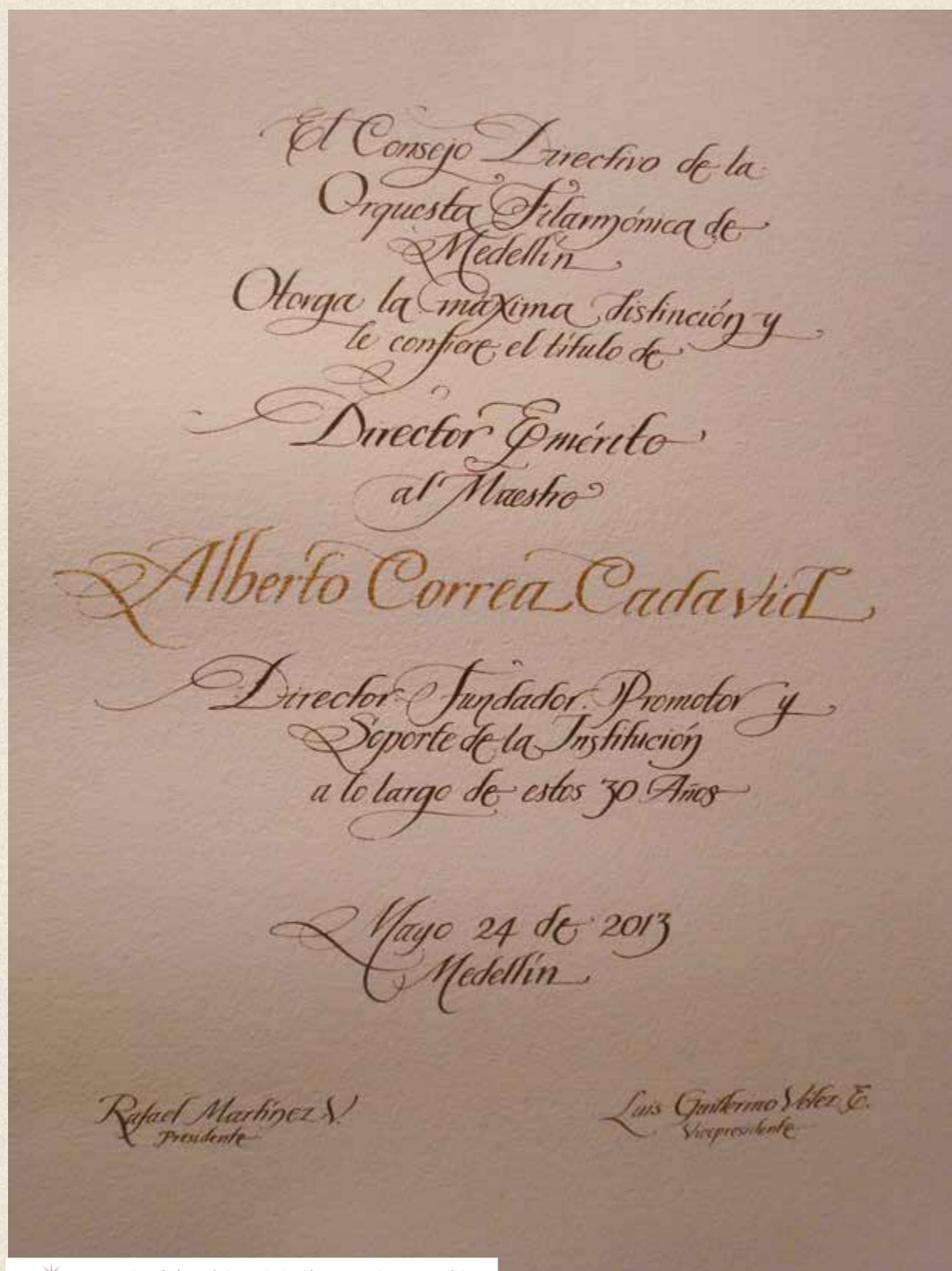
✨ Con Albert Buscatau, arquitecto catalán. —Por sugerencia mía construyó dos bellos teatros en la población de Caldas, el de la Casa de la Cultura y el 'Ciro Mendiá'. Reside en Barcelona. Gran amigo del alma—.

78, de Juan Sebastián Bach; el *Salmo 112, Beatus vir*, de Antonio Vivaldi; la *Misa de Réquiem*, K 626, de Wolfgang Amadeus Mozart y el oratorio *El Mesías* de Jorge Federico Händel. Entre las obras instrumentales estaba el *Concerto grosso*, Op.6 No. 3, de Francesco Manfredini, el *Concierto de Navidad* de Arcangelo Corelli, el *Concierto para Oboe y Orquesta de Cuerdas* de Benedetto Marcello —con Javier Isaza como solista—, el *Concierto para Oboe y Cuerdas* de George Philip Telemann, la versión completa de la suite *Música del Agua* de Jorge Federico Händel, los *Conciertos para Guitarra y Orquesta* de Antonio Vivaldi —con los solistas Roberto Fernández y el médico guitarrista Tomas Quevedo—, una *Sonatina* de Maurice Ravel y *Los Funerales de la Reina María* de Henry Purcell.

La Orquesta estuvo activa hasta la segunda mitad del año de 1979, cuando...

[...] los chelistas viajaron, unos a Estados Unidos y otros a Tunja y Bogotá para continuar sus estudios. Así, pues, la Orquesta se cerró por sustracción de materia, y el Estudio Polifónico debió de nuevo recurrir a la Orquesta Sinfónica de Colombia, la OSDA y la Sinfónica del Valle para interpretar sus obras sinfónicas-corales. En estas circunstancias, la necesidad de tener una orquesta de cabecera para el coro se hacía cada día más acuciante. ✨





✦ Pergamino de la Máxima Distinción como Director Emérito.

## Orquesta Filarmónica de Medellín

Como le sucede con el Estudio Polifónico, el maestro Correa lleva escrita en su alma la historia de la formación y desarrollo de la Orquesta Filarmónica de Medellín. Fundador y sostén de ella por muchos años, resulta imposible encontrar un testimonio más fidedigno:

En el mes de enero de 1983, el profesor Bernardo Hoyos (violinista de la antigua Orquesta de Cámara de Medellín y de la OSDA) me buscó para hablarme de la posibilidad de juntar en una nueva orquesta a estudiantes avanzados de música para así brindarles la posibilidad de hacer prácticas orquestales —de las que entonces carecían en la ciudad—, a profesionales jóvenes que ya se encontraban trabajando en la OSDA y a algunos músicos que no tenían dónde tocar. Durante los tres primeros meses de ese año estuve tratando de dilucidar los problemas inherentes a la posibilidad de reunir una orquesta de tipo profesional. Problemas que iban desde lo económico hasta lo técnico, pasando por las relaciones con la OSDA. Hice muchas indagaciones y consultas, y pude ver que las opiniones sobre la posibilidad de formar una nueva orquesta estaban divididas. Por una parte ya era bastante difícil el sostenimiento de la OSDA, y por otra muchos miraban con escepticismo la capacidad —musical y económica— de la ciudad para abrigar dos orquestas.

Los problemas técnicos y musicales no me asustaban, pues estaba seguro que ellos se podrían resolver con el tiempo y el crecimiento del grupo; pero no veía claro cuál podría ser la solución del problema económico. Decidí, entonces, hablar con María Claudia Naranjo —integrante del Estudio Polifónico y quien en ese momento trabajaba como gerente de la sucursal de El Poblado del Banco de Occidente— para solicitarle su punto de vista financiero. Inmediatamente aceptó ayudarme con todos los requerimientos de la nueva orquesta, sin sueldo ni obligaciones monetarias. (Poco después se convertiría en nuestra primera Directora Administrativa, encargada de conseguir los recursos para que la institución comenzara a funcionar y de resolver todos los problemas inherentes a la nueva fundación. Su dedicación nos permitió no solo completar la figura jurídica de la orquesta —personería, estatutos y reglamentos—, sino también abrir los primeros libros bancarios y de contabilidad y conseguir los primeros aportes. Permaneció con nosotros por dos años, al cabo de los cuales viajó a Europa).





\* Afiche del concierto dedicado a W. A. Mozart, por el Estudio Polifónico de Medellín y la Orquesta Sinfónica de Antioquia, 18 de octubre de 1982.

Al llegar la Semana Santa, el Estudio Polifónico fue invitado al Festival de Música Sagrada en Popayán, para interpretar —en la muy antigua y hermosa iglesia de la Arcada de la Herrería— el *Réquiem* de Gabriel Fauré con el acompañamiento de la Orquesta Sinfónica de Colombia bajo la dirección del maestro inglés Arturo Oldham, el coro Inuniversitas (ahora Monteverdi) de Bogotá bajo la dirección de Pepe Liévano, el coro de la Universidad Industrial de Santander (UIS) dirigido por el desaparecido maestro Gustavo Gómez Ardila y el Coro de Cámara de Popayán con la dirección de la maestra Stella DuPont. Aproveché los ensayos para sopesar con los miembros del Estudio las posibilidades y consecuencias de crear una nueva orquesta.

Viajamos a Popayán, y a las 8:12 de la mañana del jueves santo nos encontrábamos en el Seminario, a la espera del traslado de los coros al teatro para el ensayo, cuando ocurrió el terremoto que ese año destruyó buena parte de la ciudad. Solo dos miembros de nuestro coro sufrieron en su integridad física: uno con fractura de pie y otra presentó un paro cardio-respiratorio. Como médico, reuní las fuerzas que tenía a mi alrededor y tomé las decisiones que tenía que tomar. Hacia el mediodía recibí un mensaje del presidente Belisario Betancur: “Ustedes son antioqueños y son muy capaces. Sáquenme todos estos coros de Popayán, ya que la gente de allá y del Festival tiene muchos problemas con muertos y heridos”. Trabajamos toda la noche y al día siguiente. Los coros de Bucaramanga, Bogotá y Medellín volvieron a sus ciudades en viajes organizados, a las carreras y sin recursos, por el Estudio Polifónico.

Vivencias de este tipo vienen acompañadas muchas veces de claridades que no se dejan explicar con facilidad, y a mi regreso a Medellín

ya había tomado una decisión: quería comenzar con una orquesta tipo *Manheim*, con 38 o 40 músicos de base, seleccionados entre los jóvenes profesionales que comenzaban a trabajar y estudiantes avanzados del Conservatorio de la Universidad de Antioquia. Además, la orquesta tendría su fuerte en la programación de música sinfónico-coral y con el Estudio Polifónico interpretaría oratorios, cantatas y óperas. Se iniciaron las audiciones y grabé algunas de ellas, en especial las de los estudiantes, con el objeto de revisarlas posteriormente y medir sus progresos. A las 3 de la tarde del sábado 16 de abril de 1983, en el garaje de mi casa, en el Barrio La Palma, se realizó el primer ensayo de la naciente orquesta. Había seleccionado el segundo movimiento de la sinfonía *Haffner*, la No.40 y la obertura de las *Bodas de Fígaro* de W. A. Mozart.

Como es natural, la ansiedad de este primer encuentro se patentizó en un resultado bastante regular durante la primera parte del ensayo. Pero gracias al succulento «algo parveado» que nos ofreció Emma, mi esposa, la segunda parte mostró ya resultados esperanzadores. Desde entonces Emma se convirtió en la mamá de todos los miembros de la Orquesta, y algunos comenzaron a ir a mi casa a estudiar, porque allí nadie los molestaba. Al finalizar, fijamos el horario de los ensayos: miércoles a las 6:30 p.m. y sábados a las 3 p.m.

Ese mismo día, los miembros del Estudio Polifónico acudieron a mi llamado para constituir la Asamblea de la Orquesta. Durante la primera sesión decidieron ceder los activos y ahorros del Estudio a la nueva institución —con este aporte, compramos 40 sillas con sus atriles, y tuvimos con que pagar las becas del primer año de trabajo— y facilitar, en calidad de préstamo, varios instrumentos musicales. Las partituras fueron donadas por mí de mi colección particular, e iniciamos una amplia campaña de obtención de más partituras que incluía encargárselas a todos los amigos que viajaban al exterior. Así nació el Centro de Documentación y Partituras existente hoy en nuestra institución. Finalmente, la Asamblea tomó la decisión de colaborar estrechamente con la Orquesta en todos los conciertos, y dar a ésta el manejo de los ingresos (véase la transcripción de esta acta en el apéndice XX). De esto hace 30 años, tiempo en que la colaboración ha dado como resultado la realización de entre treinta y treinta y cinco conciertos al año.

En esta primera etapa, la orquesta contó con la colaboración desinteresada de María Elena Arango, miembro del Estudio Polifónico y, en ese momento, Secretaria de Gerencia en Enka de Colombia. Desde el inicio asumió las funciones de secretaria *ad-honorem* de la Institución. En las noches escribía la correspondencia, actas, proyectos, etc.



que luego serían repartidas por los miembros del Estudio Polifónico quienes, a su vez, desempeñaban los oficios de mensajeros, organizadores y utileros, pegaban afiches, entregaban volantes, vendían la boletería. Contamos, también, con Julio Cesar Duque, fotógrafo profesional y gran amigo mío, que nos ayudaba como utilero, transportaba instrumentos, arreglaba las partituras, diseñaba afiches, tomaba las fotos y comenzó la primera contabilidad de la orquesta. Nunca cobró por sus servicios.

Durante seis meses ensayamos para la realización de una temporada musical que comenzaría en septiembre. Mi idea —muy diferente de la que se estila hoy— era hacer los conciertos de temporada cada 15 días. Al principio fue así, pero luego la necesidad de hacer taquilla para ayudar a pagar la nómina nos obligó a hacer conciertos más seguidos.

Con la intermediación de María Claudia Naranjo —ya posesionada como directora administrativa de la orquesta—, se programó hacer la primera temporada bajo la modalidad de abono a través del Banco de Occidente y la tarjeta Credencial, aunque éramos conscientes del riesgo que corríamos con esta venta anticipada de taquilla para mantener una temporada en momentos en los que la orquesta no contaba con estabilidad económica (solo en esta ocasión y en el primer año coral de 1995, para una temporada de 6 meses, recurrimos a esta modalidad). Esta venta nos facilitó los recursos para pagar el teatro y algunos de los gastos del comienzo de trabajo de la orquesta.

La contratación de los músicos se hizo bajo la figura de becarios, figura utilizada en la contratación de los médicos internos y residentes en los hospitales universitarios, y que nos fue autorizada por el Ministerio de Trabajo de aquel entonces (esta forma de contratación perduró hasta 1996, cuando por decisión del Ministerio de Educación y Colcultura la orquesta pasó a ser profesional y la contratación pasó a ser laboral, modalidad que solo pudimos mantener por dos años, al cabo de los cuales, y luego de demostrar ante el Ministerio de Cultura la imposibilidad de mantener ese tipo de contratos, fuimos autorizados a utilizar la figura de contratación por servicios u honorarios que, posteriormente, nos generaría graves dificultades). Todos los conciertos de la temporada estarían bajo mi dirección.

Llegó el 20 de septiembre de 1983, y con él el inicio de la primera temporada de la Orquesta Filarmónica de Medellín en el Teatro Pablo Tobón Uribe<sup>12</sup>. El programa del concierto inaugural fue: Obertura de *Las Bodas de*

12. Previamente, y como parte de sus ensayos, el 17 de septiembre la orquesta había hecho su primera aparición pública en la iglesia de San Francisco en Rionegro.



Reseña periodística, recordando los 25 años de la fundación de la Orquesta Filarmónica de Medellín.

*Fígaro*, K 492, de W.A. Mozart, *Concierto para Chelo y Orquesta* en Re Mayor de Franz Joseph Haydn —con Diego Villa como solista— y la *Sinfonía No.3* en Mi Mayor, *Eroica*, Op.55, de L. van Beethoven.

En este primer concierto nos ocurrió un hecho destacable: usábamos fotocopias de las partituras pegadas con cinta pegante, lo que les daba una forma “como de acordeón”. Este cartapacio de partituras colocadas en un atril endeble de estudiante (así eran entonces los nuestros) tiende permanentemente a caerse y abrirse, con las dificultades subsiguientes para recogerlas. Al comenzar la segunda parte del concierto, y cuando ya había levantado mis manos para comenzar la *Sinfonía No.3* de Beethoven, la partitura del concertino se cayó de su atril. El profesor Óscar Rendón, quien era el asistente del concertino, se apresuró a organizar aquel “cartapacio en acordeón”, pero eso no se dejaba organizar. No podía hacer otra cosa que bajar mis manos y esperar. El teatro permanecía en un silencio absoluto. Por fin a alguno de los músicos se le ocurrió pasar una partitura organizada, y pude comenzar la sinfonía. En el transcurso de la obra me di cuenta que la partitura entregada al concertino no tenía apuntados los arcos y esto confundió a casi todos los músicos<sup>13</sup>. Fue realmente un momento intenso y difícil.

13. Corresponde al concertino indicar la posición de los arcos a cada momento.





\* Orquesta Filarmónica de Medellín, 1984.

El 3 de octubre se realizó el segundo concierto. Las obras interpretadas fueron: el «Gloria» de la *Misa en Si Menor*, BWV 232, de J. S. Bach y el *Magnificat* en Re, BWV 243, del mismo compositor —con Leonor Riaño, soprano bogotana, Luz María Gómez, contralto, Diego Arango, tenor, y Augusto Ochoa, bajo, como solistas—. El organista era Hernando Montoya —ya desaparecido—, quien debió sufrir que en medio de la función el órgano Hammond que se había alquilado se silenciara, lo que nos obligó a terminar la obra, en ausencia del clavicémbalo, acompañada solamente por el piano. El trompetista era el maestro Edward Helbein, primera trompeta de la Orquesta Sinfónica de Colombia, que trajimos porque carecíamos de una trompeta en re o trompeta Bach esencial para afrontar las obras de Bach.

El programa del concierto No. 3, realizado en la noche del 7 de noviembre, fue: de A. Vivaldi el *Concierto Grosso en Re Menor* y el *Concierto para Guitarra y Orquesta* en Re —con Jairo Restrepo como solista—, la *Sinfonía Simple* de Benjamin Britten, *Sonatina para Orquesta de Cuerdas* de Maurice Ravel y *Sinfonía No. 96, El Milagro*, de Franz Joseph Haydn.

El concierto No. 4 fue el 21 de noviembre, y en esta ocasión la orquesta interpretó: *Concierto Grosso No. 9*, Op.3, de Francesco Manfredini, *Romanza para Violín No. 1*, Op. 40, en Sol mayor, y *Romanza para Violín No. 2*, Op.50, en Fa mayor de L. van Beethoven —con Óscar Rendón como solista— y la *Sinfonía No. 5* de F. Schubert.

El 5 de diciembre tuvo lugar el quinto concierto, dedicado al oratorio *El Mesías* de J. F. Händel. Fue nuestro primer *Mesías* con la Filarmónica.





\* Afiche del concierto dedicado al Mesías de Händel, por el Estudio Polifónico de Medellín y la Orquesta Filarmónica de Medellín, 11 de diciembre de 1982.

Participaron como solistas Marina Tafur\*, soprano caleña que entonces residía en Inglaterra, Blanca Inés Mejía, contralto de Medellín, Manuel Contreras, tenor bogotano que venía desde Italia donde cantaba, Alberto Arias, bajo oriundo de Armenia, que se había trasladado a Bogotá para poder cantar en la Ópera de Colombia y, para sobrevivir, trabajaba como taxista; murió pocos años después.

El sexto concierto, y último de la temporada, realizado el 12 de diciembre,

incluyó en su programa: *Concierto para la noche de Navidad* de Arcangelo Corelli, *Concierto para Clarinete y Orquesta No.3* de Karl Stamitz —con Jorge Gaviria como solista—, *Sinfonía de los juguetes* de Leopold Mozart, *Suite de Navidad* de Gustavo Yepes y *Suite de Navidad No. 1* de Luis Carlos Montoya. En esta ocasión nos acompañaron —cantando y tocando algunos instrumentos— los niños del Colegio de Música de Medellín.

La taquilla por concierto de aquella primera temporada fue \$380.000,00, con el aforo completo, y en los años 1984 y 1985 seguimos haciendo, siempre en el Pablo Tobón, un concierto mensual. Con lo recaudado pagábamos \$40.000,00 por el alquiler del teatro y \$20.000,00 de afiches y publicidad. Con el resto cubríamos los pagos de los proveedores de servicios para los conciertos y la nómina de los becarios que, en el primer año, ascendió a \$9.000.000,00 (el valor de las primeras becas de los músicos era bajo: Categoría A \$9.000,00, Categoría B \$ 6.000,00 y Categoría C \$3.000,00).

En 1984 volvimos, ya con la Orquesta Filarmónica, a una Popayán en reconstrucción para interpretar la *Misa en Re* de Dvorak y, al año siguiente, *El Mesías* de Händel.

Acometimos, entonces, uno de los sueños más deseados: llevar a escena las 3 cantatas escénicas profanas que constituyen el tríptico *Los Triunfos* de Carl Orff —*Carmina Burana*, *Catulli Carmina* y *Triunfo de*

*Afrodita*—. La idea era interpretarlas y escenificarlas juntas en una sola noche los días 22, 24, 26, 28, 30 y 31 de julio de 1985 en el teatro Pablo Tobón Uribe. Sin duda, éste ha sido uno de los proyectos multidisciplinarios más importantes que se hayan realizado totalmente en Medellín. Participaron más de 350 personas. Intervinieron en la parte musical la Orquesta Filarmónica y el Estudio Polifónico de Medellín bajo mi dirección, la Orquesta Rítmica y el coro infantil del Colegio de Música de Medellín, la soprano Cynthia Lohman, el tenor Dan Dressen y el bajo Lawrence Weller de Estados Unidos. La maestra Cecilia Espinosa tuvo la dirección de los coros infantiles. En la parte escénica contamos con el Estudio de Ballet de Silvia Rolz y el grupo de teatro de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia; el diseño fue el producto de un trabajo mancomunado de las facultades de diseño de la Universidad Pontificia Bolivariana, la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional, y la puesta en escena fue del maestro Mario Yepes. El equipo de producción estuvo integrado por Luisa Margarita Henao, Vicky Henao, Luis Alberto Restrepo y Alberto Buscatau. Se hicieron cinco noches para el público con llenos absolutos; la sexta noche fue para hacer una grabación en una función sin público de la Televisora Nacional. Fue un suceso artístico que quedó reseñado en los anales del Instituto Orff, como la primera vez en la historia que se ejecutaban y escenificaban las tres cantatas en una sola noche, tal como lo quería su director Carl Orff. Fue una satisfacción enorme para todos los que habíamos participado en esta producción en Medellín, Colombia.

Entre febrero de 1985 y la primera mitad de 1986 sufrimos la primera crisis económica. Ya no llenábamos el teatro, y pasamos a tener una asistencia de 50 o 60 personas por concierto. A finales de 1986 la situación mejoró, pero ya los gastos comenzaban a ser mayores. Hacia el año de 1988, ya asentados como Orquesta Huésped en el Teatro de la Universidad de Medellín, volvimos a tener unos momentos económicos muy difíciles que nos obligaron a embarcarnos en préstamos (que todavía hoy constituyen un pasivo que afecta a la orquesta) confiados en que si lográbamos sobrevivir los primeros cinco años, después podríamos quizá contar con los aportes y auxilios oficiales. La esperanza no se concretó hasta 1991, cuando con Colcultura se lograron los primeros contratos oficiales en cuantía de 20 millones de pesos; en 1992, y solo por un año, recibimos aportes de la Gobernación de Antioquia, previamente aprobados por la Asamblea Departamental; y en 1996 logramos los primeros contratos con el Municipio de Medellín.

Dada esta situación económica, desde el inicio y por dos años la orquesta realizaba sus ensayos en el garaje de mi casa que, como es



obvio, resultaba un tanto estrecho para 40 músicos. También en el garaje guardábamos los instrumentos (aún sonrío cuando recuerdo al maestro Alejandro Posada transportando los instrumentos para un concierto en el carro de la floristería de su mamá). Los beneficiados de esta situación fueron los vecinos, quienes durante los ensayos se acercaban a la casa y armaban tertulia en sus alrededores. Transcurrido este tiempo comenzamos a buscar sede, y por algunos meses la orquesta pudo ensayar en el Auditorio del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. A finales de 1985 fuimos invitados a ser la Orquesta Huésped del Teatro Gabriel Obregón Botero de la Universidad de Medellín, inaugurado el 30 de septiembre con un concierto en el que participó nuestra Orquesta dirigida por mí y el coro Tonos Humanos bajo la dirección de la maestra Cecilia Espinosa. En la Universidad permanecemos hasta el año de 1996, cuando la junta de Medellín Cultural nos invitó a ensayar en el Teatro Metropolitano, donde actualmente residimos.

El 19, 20 y 21 de octubre de 1987 realizamos, en el teatro de la Universidad de Medellín, nuestra Segunda Temporada de Ópera, que incluía *Orfeo y Eurídice* de Cristóbal W. Gluck y una nueva versión del *Carmina Burana* de Orff, con la dirección escénica de Roberto Salazar y Álvaro Tobón de la Ópera-Estudio de Bogotá.

Desde la inauguración, el 19 de febrero de 1987, del Teatro Metropolitano José Gutiérrez Gómez —con un concierto en el que intervinieron el Estudio Polifónico de Medellín (que por primera vez interpretaba la *Sinfonía No 9, Coral*, de Beethoven), la OSDA y la Filarmónica de Bogotá bajo la dirección del maestro Sergio Acevedo— y hasta 1996 realizamos temporadas mixtas en los dos teatros. A partir de este año realizamos nuestros conciertos en el Teatro Metropolitano y hacemos temporadas paralelas en los otros teatros de la ciudad.

En 1988 colaboramos con la Orquesta Sinfónica del Valle en la presentación, en Cali, de *Rigoletto*, organizada por la soprano caleña Zoraida Salazar.

Al cumplir sus primeros 10 años, en el año de 1993, la Orquesta Filarmónica recibió, por parte de la Alcaldía de Medellín, la Condecoración Porfirio Barba Jacob. En el concierto de celebración, interpretamos por primera vez la *Sinfonía No 9, Coral*, de L. van Beethoven (segunda vez para el Estudio) que, para el momento, era un proyecto enorme. La Filarmónica ha presentado, bajo mi dirección, otras dos veces la *Sinfonía*, una vez más con la dirección del maestro Posada y otra con la del maestro Rettig.



En la capilla del Cementerio de San Pedro de Medellín, 2013. Dirigiendo a la soprano Anita Burbano.

En 1994, Pro-Lírica de Antioquia me encomendó la dirección de *La Traviata* de Giuseppe Verdi. La ópera no ha sido mi fuerte y por eso, al comienzo, fui reticente, pero ante la presión acepté. Estudié juiciosamente la obra, trabajé con la orquesta y estuve presente en todos los ensayos con el coro, pero algo sucedió cuando llegaron algunos solistas. Hacíamos en el ensayo el primer acto y no podía sentirme bien con los solistas ni ellos conmigo. Tuve también la impresión que algunos de los músicos me querían proteger. Vi que la cosa no funcionaba adecuadamente y decidí informar a las directivas de Pro-Lírica que no dirigiría. Entonces el maestro Dante Rainieri me reemplazó. Ha sido uno de esos momentos difíciles en la vida que uno no alcanza a entender correctamente. Creo que la decisión, a pesar de todo, fue acertada.

A comienzos del año de 1996, Colcultura organizó la Red Nacional de Orquestas, con el fin de dar apoyo a las orquestas ya formadas y, sobre todo, actuar en un campo que comenzaba a ampliarse e imponer normas para un desarrollo adecuado y armonioso. Se me comunicó que para poder acceder a recursos del Estado debíamos proceder a la profesionalización de la orquesta y de sus miembros. Era un gran reto que, al mismo tiempo, me ponía en una situación dolorosa: prescindir de algunos de los músicos, lo que iba en contra de uno de los





© Orquesta Filarmónica de Medellín

\* Teatro Metropolitano. Estudio Polifónico de Medellín. Orquesta Filarmónica de Medellín. Dirigiendo el oratorio *La Creación* de F. J. Haydn. 7 de Julio de 2012

principios más fundamentales de mi vida: permitir que la gente viva y goce plenamente de la música. Después de una selección en la que participamos el maestro Alejandro Posada y yo, 33 integrantes de la Orquesta no demostraron, en ese momento, la altura técnica y profesional requeridas. Quedamos con una planta de 37 músicos y otra de supernumerarios, antiguos miembros de la OSDA. El 1 de octubre de ese año comenzó oficialmente el proceso de profesionalización de la Filarmónica, luego de pasar por un período necesario y formativo de 14 años. Este paso obligado nos trajo como consecuencia dos demandas laborales por parte de algunos de los músicos retirados; demandas que pasados tres años fueron falladas a favor de la Orquesta Filarmónica y mía.

El proceso de profesionalización exigía establecer audiciones oficiales para miembros nuevos, para el paso de categoría y para supernumerarios; instituir un horario con tres horas diarias de ensayo; establecer los conciertos de temporada y aumentar el número de ellos; adquirir 15 músicos profesores internacionales para enseñar tanto a los miembros de la orquesta como en los conservatorios y academias de la ciudad; establecer el régimen laboral por contratos indefinidos según la ley; escoger un director asociado y aumentar la participación en los conciertos de directores invitados.

Con la profesionalización de la Filarmónica comenzó otro calvario. La OSDA se había cerrado en 1994, y en su lugar se había conformado la Fundación Fomento de la Música bajo la promesa hecha a los músicos de revivir la Sinfónica una vez superados los momentos críticos que llevaron a su cierre. Aprovechando la creación de la Red Nacional de

Orquestas se gestó por esos años un movimiento en el que participaron gobernadores y ex gobernadores, políticos y miembros de las fuerzas vivas de la nación que buscaba la reapertura de la orquesta. Pero como la nuestra ya era una de las agrupaciones profesionales de la república, el Ministerio de Cultura (que desde 1997 había sustituido a Colcultura) concluyó que no podían existir dos orquestas profesionales en la ciudad apoyadas por los aportes, que ya recibía la Filarmónica, del Ministerio. Orquesta que, además, demostraba buena salud, tenía una institución organizada y decisión de trabajo y permanencia en el medio.

Comenzamos entonces a recibir enormes presiones provenientes del Congreso de la República, de miembros del gobierno nacional, del gobernador de aquella época —Dr. Álvaro Uribe Vélez—, de rectores de las universidades y de los gremios empresariales. Nombraron a Medellín Cultural como intermediario y nos sometieron a un absurdo proceso de negociación para que entregáramos la Orquesta y poder así volver a formar la OSDA. Una mañana de 1997 fuimos convocados a una reunión con la asistencia de los representantes de las juntas culturales y los funcionarios del Ministerio. Ante la imposibilidad de negociar el pasivo de la Orquesta, fue llamado con carácter de urgencia el gobernador. Cuando se intentaba firmar un consenso de entrega de la Filarmónica intervine y, con gran decisión, defendí lo que era no solo el producto de mi esfuerzo, sino el trabajo de tantas personas que me habían acompañado durante 16 años. En son de protesta por mi defensa, se levantaron todos los representantes de las diversas juntas y el gobernador; quedamos en la sala solamente los miembros de la Filarmónica, los doctores Luis Guillermo Vélez y Francisco Saldarriaga, el maestro Alejandro Posada y los dos directivos del Ministerio. Ante ellos terminamos de fijar nuestra posición, que se correspondía con la defensa de la dignidad y el respeto por el trabajo de los demás. Gracias a Dios, la Filarmónica pudo continuar en el medio desarrollando sus actividades musicales.

En 2004 Pro-Lírica de Antioquia preparaba su temporada anual de ópera y la Orquesta había sido invitada para tocar *Aída* de G. Verdi, con la dirección del cantante y maestro argentino Dante Ranieri. Tres días antes del estreno, la compañía tuvo que dar de alta al tenor por causas mayores y el maestro Ranieri se ofreció para reemplazarlo. Su ofrecimiento fue aceptado, pero surgió un nuevo problema: cómo conseguir un director que, con tan poco tiempo, se le “midiera” a dirigir la ópera. Se pensó entonces en el maestro bogotano Juan Carlos Rivas. Se le pudo contactar en las horas de la noche y aceptó, lo que le obligaba a viajar



al día siguiente en el primer vuelo a Medellín para el ensayo general. El vuelo se retrasó y solo pudo llegar al teatro a las 12 m., cuando ya había pasado el ensayo del primer acto de la ópera —sin tenor, porque el maestro Ranieri estaba dirigiendo la Orquesta—. El maestro Rivas dirigió el resto del ensayo y pidió a los músicos le regalaran un ensayo extra sin solistas. La orquesta muy amablemente le concedió el ensayo el día de la presentación, y por la noche se hizo el estreno, en el que el maestro Juan Carlos Rivas demostró su fuerza y su garra, porque gracias a sus aptitudes y a la disposición de los músicos de nuestra orquesta, el estreno se sorteó con muy buenos resultados.

Hace cerca de tres años, en un concierto didáctico para estudiantes y con teatro lleno, dirigía la Obertura *Guillermo Tell* de Rossini. En un momento dado se escucha un estruendo y desaparece de la vista Libardo Ospina, uno de nuestros trombonistas. El motivo fue que al recostarse en su silla, ésta se fue al vacío, con trombonista y todo, porque la plataforma de altura no tenía la tablilla de seguridad que habitualmente se pone en la parte posterior. El accidente no dejó más consecuencias que un trombón doblado y en malas condiciones para tocar.

Tantos años de trabajo dieron sus frutos, y al 2014 la Orquesta es una institución musical con grandes logros, tanto cualitativos como cuantitativos. Logros que van a la par con el crecimiento musical de la ciudad, tal y como lo testimonian cuatro instituciones que son verdaderas empresas culturales con grandes exigencias administrativas, técnicas y de presupuesto: Conservatorios Universitarios, programa de la Red de Escuelas y Orquestas del Municipio de Medellín y la Fundación Batuta.

Desde 1993 el maestro Correa había ingresado a la nómina de la Orquesta Filarmónica de Medellín, y cuando en el 2002, al llegar a los 60 años, comenzó a recibir su jubilación, mantuvo su vinculación con la Orquesta mediante la figura de contrato por servicios.

Con el merecido orgullo de quien ha sido parte fundamental en el proceso, Alberto Correa describe la riqueza musical que hoy, como promesa de futuro, habita la ciudad:

Creemos en el Consejo Directivo de la Orquesta renglones presupuestales para ayudar a los miembros de aquellas instituciones en sus estudios de pregrado, maestría y doctorado, y para patrocinar sus viajes al exterior para trabajar con nuestras orquestas aliadas en pasantías, talleres, congresos y clases maestras. Gracias a ello, tenemos en nuestra nómina a los mejores músicos de la ciudad. En los últimos años



En el Teatro Metropolitano de Medellín, dirigiendo el estreno nacional de *Sémele* de Händel, el 25 de octubre de 2013.





© Gabriel Buitrago Mejía

✦ Conmemoración de los 30 años de la Orquesta Filarmónica de Medellín en el Teatro Metropolitano.

la Orquesta se ha remozado y casi el 100% de sus miembros completan sus estudios de pregrado; el 30% ha cursado o está haciendo maestrías, y ya comenzamos a tener Doctores en música. Por otra parte, la conformación de un *Staff* de Directores profesionales de primera magnitud, representado en los maestros Rettig, Carrizosa y Posada, ha llevado a nuestras instituciones a altos niveles de trabajo.

Pero el carácter de Alberto Correa, y sobre todo su pasión musical, no le permiten quedarse atrás, y la profesionalización artística no fue solo para los demás. Con más de 60 años...

[...] decidí inscribirme, en mayo de 2009, en la Escuela de Altos Estudios Musicales de Huelva, España, con el objetivo de estudiar en un programa semi-presencial y *on line* como Director Superior de Orquesta. Comencé mis estudios en julio de ese mismo año. La Escuela, que estaba adscrita al Ayuntamiento de Huelva, fue convertida en la Escuela de Dirección de Orquesta y Banda Francisco Navarro Lara, quien fue mi tutor, consejero y gran maestro. Con él terminé mis estudios, y el 1° de diciembre de 2011 me gradué con calificación de Excelente, recibiendo el Diploma Final con la distinción *Cum Laude*.

El encuentro con el maestro Navarro Lara ha sido absolutamente importante para mí, porque a pesar de que llevo muchísimos años

dirigiendo, encontrar una escuela nueva, con una tendencia de dirección moderna, que se aparta un poco de los cánones que antiguamente se usaban —como lo que llamamos ahora la técnica clásica— para entrar a una técnica moderna, nos ayuda muchísimo a comprender mejor la orquesta, a darle un mejor sentido a nuestro tratamiento orquestal, y nos ayuda sobre todo con las nuevas generaciones a que entiendan nuestra manera de trabajar. Para nosotros, los que ya tenemos un tiempo trabajando con la orquesta, las enseñanzas del maestro Navarro Lara son supremamente importantes. Aún más: nosotros lo hemos tenido ya en dos ocasiones en Medellín dirigiendo nuestra orquesta, y hemos sacado unas conclusiones que nunca habíamos tenido con otros directores; así, por ejemplo, el descubrimiento de lo más importante que tenemos, que es el sonido. Él trabaja el sonido grandemente, él trabaja la relación del cuerpo con el sonido, del instrumento con el sonido y del director con el sonido, para producir un sonido muchísimo mejor, más expresivo, para que reciba el público, de manera que para mí ha sido el encuentro más fenomenal de mi vida musical, porque a pesar de tener todos los años que llevo haciendo música, ha sido mi encuentro con el sonido. En la Escuela Navarro Lara asistimos por ese tiempo alumnos de Argentina, de Chile, de Paraguay, de Ecuador, de Venezuela, de Colombia y de México. Para nosotros fue supremamente importante, porque pudimos seguir en nuestro trabajo habitual, y cada semana estuvimos en contacto con la Escuela, y específicamente con el Maestro no solamente a través de nuestras clases semanales, sino de conversación directa por computador, de comunicación por correo electrónico, de llamadas telefónicas, donde pudimos hacer consultas permanentes sobre el trabajo, por ejemplo. La corrección de todos y cada uno de los trabajos fue supremamente importante y nos fue indicando lo que cada uno realmente quiere. Es de anotar que si el alumno es una persona “dejada” (indisciplinada) no va a adelantar o progresar, pero si es una persona entregada va encontrar en la Escuela a un tutor absolutamente dedicado, vocacionalmente dedicado, como yo no lo había encontrado nunca. Yo creo que lo voy a recordar siempre, por su entrega, por su vocación y por su ánimo de darnos a cada uno lo que él sabe.

A través de la Escuela Navarro Lara, presentó luego sus exámenes en Dirección Musical de Orquesta Sinfónica con la ABRSM (The Associated Board of





© Gabriel Buitrago Mejía

\* Réquiem de Cherubini. Orquesta Filarmónica de Medellín, Estudio Polifónico de Medellín, 2013. Auditorium del Colegio Alemán. Dirección general: Alberto Correa Cadavid.



the Royal Schools of Music) de Londres<sup>14</sup>, y habiendo cumplido con los requerimientos del programa de estudios, obtuvo el título de Licentiate of The Royal Schools of Music y calificación “con Distinción”, la máxima otorgada.

En la actualidad cursa estudios de Maestría en Humanidades en la Universidad Católica de Oriente (UCO) en Rionegro.

Tampoco lo abandonan sueños y proyectos. A principios de 2012, cuando aún estaba al frente de la Filarmónica, decía:

Desde que salí del Seminario me ronda la idea, que en estos últimos años se me ha vuelto obsesiva, de crear una Escuela de Música Sacra. Quisiera que nuestras instituciones fueran abanderadas en la formación de un músico integral, capaz de tocar el órgano, conformar un coro y una pequeña orquesta y arreglar partituras para estas agrupaciones que tocarían música en todas las parroquias y poblaciones del Departamento. He comenzado a interesar a la Curia y a algunas Universidades.

Con el Estudio Polifónico y la Filarmónica quisiera llevar *El Mesías* a cada uno de los municipios antioqueños. En algunos se haría un resumen de la obra, con partes corales, algunas arias, la parte instrumental estaría a cargo del Estudio y nuestra Orquesta. En otros se utilizaría la Banda del municipio, instituciones que han crecido técnicamente y se han superado de una manera notoria. Ya hemos encargado al maestro Paniagua un arreglo especial para Banda Sinfónica, y yo iría a los municipios a ensayar con ellos para luego juntarlos con el Polifónico. Sería sensacional.

Interpretar el mayor número posible de cantatas de Bach ha sido, desde 1985 año del tricentenario de este compositor, el mayor reto de mi vida musical. Hemos interpretado las cantatas 51, 78, 106, 140 y 147. Ahora quisiera, con el aporte de otros coros, con grupos de cámara de la Filarmónica y de solistas estudiantes de la ciudad, hacer el mayor número de cantatas. Se fijaría una Iglesia Central –que puede ser San Pedro y San Pablo en el Estadio o Santa María de los Dolores en el Poblado– para la ejecución de éste proyecto, y el Teatro Lido en la temporada alterna de nuestras Instituciones. A la espera de ver este sueño realizado, estoy terminando la preparación de 100 programas de radio, de una hora de duración cada uno, que irá acompañado de un material editado. El objetivo es presentarlo en las emisoras culturales y en las instituciones musicales y educativas.

14. La Associated Board of the Royal Schools of Music (ABRSM) es un proveedor de exámenes y evaluación de música por niveles, creado en Reino Unido de Gran Bretaña en 1889 para centros de estudios musicales privados. Dicho sistema está acreditado a sus propios efectos en el Reino Unido, países anglosajones y otros países. Más de 650.000 candidatos realizan el examen ABRSM cada año en más de 93 países, incluido España. La ABRSM está integrada por la Royal Academy of Music, el Royal College of Music, el Royal Northern College of Music y la Royal Scottish Academy of Music and Drama.



\* En rueda de prensa, con el famoso pianista chino Lang Lang de visita en Medellín, en el marco de los 30 años de la Orquesta Filarmónica, 21 de mayo de 2013.

El crecimiento de la Orquesta Filarmónica no se puede detener, y el coro necesita un grupo de cámara que lo acompañe en sus presentaciones. Quisiera dedicar mis últimos esfuerzos a conformar el Estudio de Música Antigua y Barroca de Medellín, que sea como el resumen de todo mi trabajo musical. Con el maestro César Baldovino hemos venido trabajando con toda seriedad en la consecución de instrumentos y partituras, y en la planeación de ensayos y presentaciones. La idea es que en el año 2016 se complete esta idea a nivel profesional y sea parte del legado que he querido dejarle a mi familia, a mis amigos de la música y a la comunidad en general.

Convencido de la importancia para el músico de confrontarse con otras culturas y otros públicos, durante toda mi vida he tratado de organizar alguna salida internacional de nuestras instituciones musicales. No ha sido fácil.

El proyecto más interesante e importante que tengo, es el de la consecución de la Sede de Ensayos para nuestras Instituciones musicales. El coro no tiene sitio de ensayos fijos, aunque Comfama y la Cámara de Comercio le han facilitado algunos espacios para sus trabajos. La Orquesta, a pesar de que es la Orquesta Huésped del Teatro Metropolitano, tiene muchas dificultades para ensayar por la gran ocupación del lugar. Día a día, tiene que salir a buscar lugares para sus ensayos. El municipio de Medellín nos cedió un primer terreno en comodato —en el Parque Manila de El Poblado— para que construyéramos la sede. Hicimos el proyecto arquitectónico y el municipio estaba dispuesto a ayudarnos en la construcción, pero el Área Metropolitana lo impidió con el argumento que el terreno estaba destinado a un parque público para la zona. Uno de los alcaldes de la ciudad, el Dr. Luis Pérez Gutiérrez, trató de resolver el





© Gabriel Buitrago Mejía

\* Mesías de Händel. 2010. Orquesta Filarmónica de Medellín, Estudio Polifónico de Medellín, solistas: Sarah Cullins, soprano; Jenny Lorena Restrepo, contralto; Díver Higueta, tenor, y Carlos Antonio Arango, barítono. Dirección general: Alberto Correa Cadavid.



problema definitivamente y, en los 20 años de la Orquesta, le facilitó un lote en calidad de comodato en el barrio El Poblado, con el fin de construir un Teatrino de Ensayos, con todas las especificaciones acústicas que permitieran tanto ensayar como realizar reuniones y conciertos de cámara y didácticos. La capacidad sería de 400 sillas y el proscenio tendría unas dimensiones que permitirían al coro y a la orquesta ensayar juntos. Podría ser, también, la sede de la naciente Escuela Superior de Música, donde esperábamos formar nuestros propios músicos. El proyecto arquitectónico lo desarrolló AIA y un grupo de eminentes profesionales de la ciudad se comprometieron a facilitar sus servicios para construir este espacio para la cultura. Bauticé el proyecto «Villa de la Armonía». Las dificultades se presentaron a granel: los vecinos entraban su construcción y llevaron el caso ante Planeación Municipal, que obligó al proyecto a construir 80 parqueaderos subterráneos. Incapaces de asumir el aumento de los costos que esta decisión implicaba, no tuvimos otra opción que suspender el proyecto. En la actualidad estudiamos la posibilidad de realizar este proyecto en la antigua sede de los talleres de los Ferrocarriles en Bello —donde se constituyó el Parque de Artes y Oficios— y en una sede aledaña al Museo de Arte Moderno en la Ciudadela del Río.

El libro *50 años de música en Antioquia* está en su etapa final. Es un recuento de la música seria en la segunda mitad del siglo XX y en la primera década de este siglo en la ciudad de Medellín y el departamento de Antioquia —en el que he sido actor y testigo directo—. Espero entregarlo a la gobernación para que sea parte de los proyectos de educación musical. Tengo también en mente la publicación de varios libros que interesan a nuestras instituciones. La lista comprende: un libro de técnica vocal para el Coro, uno de villancicos, uno de la historia del coro y otro de la de la orquesta y un trabajo sobre relajación y prevención de enfermedades músculo-esqueléticas en músicos. Además he venido estudiando cómo mantener el periódico *La Nota*, que sirve para la publicación de informes sobre los conciertos tanto del Coro como de la Orquesta, difundir informaciones sobre cursos, etc. En los últimos tiempos, la tecnología de comunicación de las redes sociales ha parado este proyecto.

En el mes de mayo de 2013, el Maestro fue nombrado Director Emérito por el Consejo Directivo de la Orquesta Filarmónica de Medellín y recibió la Orden del Congreso de Colombia en el grado de Caballero, y el 27 de noviembre de ese mismo año recibió el *Premio de Vida y Obra* del Ministerio de Cultura, por 61 años de servicio a la música en Colombia. ✨



✨ En la intimidad de su apartamento, interpretando su clavicémbalo, diciembre de 2013.

© Foto: Luis Carlos Rodríguez



✨ En la recepción de la *Medalla al Mérito Cultural* del Ministerio de Cultura en el Hotel Dann Carlton de Medellín. Año 2003.

© Archivo familiar





© Gabriel Buitrago Mejía

## Grabaciones

\* Dirigiendo el *Réquiem* de Mozart en la capilla del cementerio Universal de San Pedro.





Como un mecanismo para difundir su trabajo, y con excelentes resultados, desde 1994 la Orquesta Filarmónica y el Estudio Polifónico iniciaron las grabaciones, tanto en estudio como en conciertos en vivo, de muy diversas obras musicales. Prueba de ello es no solo el interés de algunas empresas que han apoyado esta labor obsequiando los discos como presente de navidad o de aniversario y los contratos con el Municipio de Medellín, sino también las 15000

copias que se han hecho del disco de villancicos tradicionales.

La gran mayoría de las grabaciones han sido realizadas en el estudio y bajo la dirección técnica del ingeniero de sonido Luis Jaime Ángel, y su prensaje en la empresa Colmúsica de Bogotá.

Las grabaciones realizadas hasta el momento son:

**Los Grandes Buques:** Disco de vinilo y larga duración, grabado en el año 1984, en el Auditorio de la Cámara de Comercio de Medellín. Orquesta Filarmónica de Medellín, con la dirección del maestro Alberto Correa y los solistas Jairo Restrepo (guitarrista) y Gonzalo Ospina (violinista). Dirección de grabación: Francisco Javier Correa. Producción: Fonoarte la Música del mundo, para la Flota Mercante Grancolombiana.

**Villancicos Universales:** Estudio Polifónico de Medellín. Órgano y piano: Esteban Bravo H. Director: L. Alberto Correa C. Grabado en la Universidad de Medellín. Enero de 1995. Es una compilación de los villancicos universales más conocidos del repertorio coral. Se reeditó para ISA el año de 1997. Se han vendido más de 15000 copias, en cinco reimpresiones.

**Música Popular Colombiana. Vol. I:** Orquesta Filarmónica de Medellín. Director: L. Alberto Correa C. Grabado en vivo en el Teatro Metropolitano de Medellín en Abril de 1995. Se reeditó para El Metro de Medellín ese mismo año.

**Queen Sinfónico No.1.** Grabación en vivo de uno de los conciertos más multitudinarios y recordados en la ciudad, con la Orquesta Filarmónica de Medellín y la dirección de su orquestador, el maestro inglés Louis Clark. Teatro Metropolitano, mayo de 1995. Se reeditó en 1998 para la empresa ISA. Se han vendido más de 10000 en tres reimpresiones.

**Beatles Sinfónico:** Álbum de dos discos con las mejores obras del grupo inglés orquestadas por el maestro Louis Clark. Estudio Polifónico de Medellín y Orquesta Filarmónica de Medellín. Directores: Louis Clark y L. Alberto Correa C. Grabado en vivo en el Teatro de la Universidad de Medellín en 1995. Se reeditó en mayo de 1998 para Aero-República y en 2000 para ISA.

**El Mesías:** Oratorio de Jorge Federico Händel. Grabado en el Teatro Gabriel Obregón Botero de la Universidad de Medellín en el mes de mayo de 1998 con la Orquesta Filarmónica y el Estudio Polifónico de Medellín. Director: Alberto Correa. Solistas: Silvia Cuenca, Ligia Monsalve, Milton Rodríguez y Alexis Trejos. Teclados: Ana Tokareva.

**La Creación:** Oratorio de Franz Joseph Haydn. Grabado en el Teatro Gabriel Obregón Botero de la Universidad de Medellín en el mes de mayo de 1998. Participantes: Orquesta Filarmónica y Estudio Polifónico de Medellín. Director: Alejandro Posada. Solistas: Silvia Cuenca, Gloria Londoño, Christian Madrigal, Carlos Antonio Arango y Nelson Sierra.

**Concierto para todos:** El Grupo Suramérica con la Orquesta Filarmónica de Medellín, bajo la dirección del maestro Correa. Primera aproximación de la orquesta a un grupo de música popular. Grabado en vivo en el Teatro Metropolitano los días 27 y 28 de agosto de 1998 y producido en 1999 por los ingenieros Orión Vargas y Daniel Escobar en Hangar producciones, con prensaje de Codiscos.

**Suramérica Inmenso:** Con el Grupo Suramérica y los coros de la Universidad Pontificia Bolivariana y la Universidad de Medellín. Director y orquestador: Alberto Guzmán. Concierto grabado en vivo en septiembre de 1999, en el Teatro Gabriel Obregón Botero de la Universidad de Medellín, y producido ese mismo año por los ingenieros Orión Vargas y Daniel Escobar en Hangar producciones, con prensaje de Codiscos. En el concierto participó también el Ballet Folclórico de Antioquia.

**Obras Maestras del Milenio:** Grabado en octubre de 1999 para la empresa ISA. Participantes: Orquesta Filarmónica y Estudio Polifónico de Medellín. Director: Alberto Correa. Solistas: Silvia Cuenca, Luz Marina Cuenca, Sofía Salazar, Christian Madrigal, Nelson Sierra y la organista Ana Tokareva.

**Ahora le toca a Colombia:** Segundo disco de música colombiana bajo la dirección del maestro Alberto Correa, con orquestaciones ordenadas por la Filarmónica a los maestros Alfredo Mejía, Luis Carlos Montoya, Juan Diego Valencia, Víctor Manuel Vélez y Álvaro Mercado. Grabado en el año 2000 en el teatro Gabriel Obregón Botero de la Universidad de Medellín. Se reeditó para la empresa Pensiones y Cesantías Protección en 2001.

**Tango Sinfónico:** Director: Alberto Correa. Grabado en el teatro Gabriel Obregón de la Universidad de Medellín, en 2001, constituye una recopilación de los mejores y más conocidos tangos. Los orquestadores



son los maestros Alfredo Mejía, Luis Carlos Montoya, Manuel Pinto, Guillermo González y León Cardona. Se han vendido más de 10000 copias.

**Villancicos Tradicionales. Volumen 2:** Contiene la suite *Navidad Criolla* del maestro Luis Carlos Montoya y orquestaciones de villancicos populares y de la tradición universal. Grabado en el teatro Gabriel Obregón Botero de la Universidad de Medellín con la participación de la Orquesta Filarmónica de Medellín y el Estudio Polifónico de Medellín bajo la dirección del maestro Alberto Correa. Producido para la Alcaldía de Medellín en el año de 2001.

**Bolero sinfónico:** Compilación de los más conocidos boleros en orquestaciones de los maestros Luis Carlos Montoya, León Cardona, Alfredo Mejía, Guillermo González y Jairo Restrepo. Grabado en vivo en el Teatro Gabriel Obregón Botero de la Universidad de Medellín en septiembre de 2002, con la participación de la Orquesta Filarmónica y el Estudio Polifónico de Medellín, bajo la dirección del maestro Alberto Correa. Producido con Guana Records. Fue realizado para la empresa ISA.

**Música sacra:** Con obras de Bach, Händel, Vivaldi, Albinoni, Pachelbel, Mozart y Schubert. Grabado para la empresa ISA por la Orquesta Filarmónica y el Estudio Polifónico de Medellín, con la dirección del maestro Alberto Correa, en el teatro Metropolitano de Medellín y en la Iglesia de San Joaquín de Medellín, en el año 2003.

**Carmina Burana:** del compositor alemán Carl Orff. Se grabó en el Teatro Metropolitano de Medellín en el mes de febrero del año 2004. Participantes: Orquesta Filarmónica de Medellín, Estudio Polifónico de Medellín y Coro Infantil del Centro Educativo Conquistadores. Director: Alberto Correa. Solistas: Silvia Cuenca (soprano), Diego Arango (contratenor) y Marco Fidel Castro (barítono).

**Tango. Arte y vida:** Grabación en vivo en el Teatro Metropolitano, el 24 de junio de 2004. Orquesta Filarmónica bajo la dirección del maestro Alberto Correa, con los solistas al bandoneón Ramón Quevedo, Norberto Pivatto y Abel Stagnaro (argentinos) y Marco Quiroz (colombiano), y con los cantantes argentinos Lilian Luque, Marcelo Santos y el colombiano Héctor Galán (fallecido). Las orquestaciones son del maestro Norberto Pivatto.

**Música Popular Andina:** Producido para la empresa ISA, y bajo la dirección del maestro Alberto Correa, fue grabado en el teatro Camilo Torres de la Universidad de Antioquia en el año 2004. La Filarmónica contó con los arreglos de los maestros Andrés Sánchez, Luis Carlos Montoya, León Cardona, Alfredo Mejía, Manuel Pinto, Blas Emilio Atehortúa y Francisco Zumaqué.

**Grandes selecciones para grandes momentos:** Orquesta Filarmónica y Estudio Polifónico de Medellín. Directores: Alberto Correa y Alejandro Posada. Solistas: Silvia Cuenca, Luz María Cuenca, Christian Madrigal, Nelson Sierra y Alexis Trejos. Contiene selecciones de música del período moderno (*Carmina Burana* de Carl Orff), del barroco (*El Mesías* de Jorge Federico Händel) y de música del clasicismo (*La creación* de Franz Joseph Haydn). Producido para el Grupo Empresarial ISA en el año 2005.

**Mozart. Exultate. Jubilate. Requiem:** Grabación de un concierto en vivo realizado en el Teatro Metropolitano el martes 28 de marzo de 2006, con la participación de la Orquesta Filarmónica de Medellín y el Estudio Polifónico de Medellín, y los solistas Delcy Yaneth Estrada (soprano), Yenny Lorena Restrepo (contralto), Diver Higueta (tenor) y Carlos Antonio Arango (barítono). Dirección del maestro Alberto Correa.

**El mundo de Mozart:** Con la participación de la Orquesta Filarmónica y el Estudio Polifónico de Medellín, el fagotista Roberto Soto, los solistas Silvia Cuenca y Carlos Antonio Arango. Dirección del maestro Alberto Correa. Producido para el Grupo Empresarial ISA en el año 2006.

**30 años. Filarmed:** Estudio Polifónico de Medellín y Orquesta Filarmónica de Medellín. Directores: L. Alberto Correa C., Francisco Rettig y Alejandro Posada. Grabado en el Teatro Metropolitano entre 2010 y 2013.

Además de los anteriores, se han producido los siguientes discos para uso interno:

**Nacimiento del Estudio Polifónico de Medellín:** Única grabación del Estudio en su primera etapa de coro masculino. Bajo la dirección de los maestros Alberto Correa y Gustavo Yepes, fue grabado en el concierto del 10 de septiembre de 1968 por la emisora HJCK de Bogotá en el Auditorio de la Biblioteca Luis Ángel Arango; grabación recuperada por esta institución como material histórico. Contiene obras de los siglos XV y XVI y Negros Spirituals. La grabación fue sometida a un proceso de masterización y remasterización en el estudio del ingeniero Luis Jaime Ángel.

**El renacimiento de la Orquesta Filarmónica de Medellín:** Es una remasterización del primer disco grabado en vinilo por la Orquesta Filarmónica, en el año de 1984 para la Flota Mercante Grancolombiana.

**Momentos memorables:** Obras de Rimsky Korsakov (*Suite Scheherazade* op. 35) y Mozart (*Ave verum* y fragmentos del *Requiem*). Grabación hecha en el año 2006 con la Orquesta Filarmónica y el Estudio Polifónico de Medellín bajo la dirección del maestro Alberto Correa.

Permanecen inéditas casi 40 grabaciones de conciertos en vivo, que las vicisitudes del mercado discográfico han impedido que lleguen al



público. La Orquesta ha grabado también el Himno Nacional, el Himno Antioqueño, el Himno de la Universidad de Medellín, el Himno de la Universidad Pontificia Bolivariana, el Himno del municipio de Sonsón, el Himno del Seminario de Misiones de Yarumal, el Himno del Instituto Secular Fieles Siervas de Jesús y el Himno del Hospital Pablo Tobón Uribe; las bandas sonoras de las películas *Bajo el Cielo Antioqueño*, con música del maestro Francisco Zumaqué, y *El Tren de los Pioneros* con música del maestro Mauricio Mejía, y sendas obras de compositores antioqueños encargadas a los maestros Sergio Mesa, Jairo Restrepo, Andrés Posada y Luis Fernando Franco. ✧



© Archivo familiar

✧ Entrega del Premio Artes y Letras de la Gobernación de Antioquia Año de 2009.

## Distinciones otorgadas al maestro Correa por su labor cultural





En el transcurso de los años, esta invaluable actividad desarrollada por el maestro Alberto Correa para forjar una cultura musical, tanto en Medellín como en el país, ha sido reconocida por el sector público y privado.

Desde 1987 el maestro Correa ha sido homenajeado con múltiples distinciones. En ese año recibió el Mundo de Oro de la Cultura, otorgado por el periódico *El Mundo* de Medellín, la *Orden de la*

*Cámara de Comercio de Medellín* en categoría Oro, una *Condecoración* del Concejo Municipal de Caldas, es nombrado *Miembro Honorario* de la Academia de Medicina de Medellín y el Ejército Nacional le dio una *Mención Honorífica*. En 1988 recibió la *Orden de Maimónides* otorgada por el gobierno de Israel, un reconocimiento de la empresa Siderúrgica de Medellín S.A. (SIMESA) y una *Resolución de Honores* del Concejo de Medellín. En 1989 obtuvo un *Reconocimiento* de Jardines Montesacro y una *Resolución* de la Gobernación de Antioquia. En 1990 fue nombrado *Trabajador de la Cultura por Extensión Cultural Departamental*. En 1992 fue invitado a Miami por el canal hispano Univisión, donde lo condecoraron como *Trabajador de la Cultura*. En 1993 recibió la *Orden Pedro Justo Berrío* del Concejo de Medellín y la *Orden Pluma de Oro de Caldas*, y en 1994, un *Reconocimiento Especial* de la Cámara Colombiana del Libro. En 1996 recibió la *Orden del Arriero*, al año siguiente la *Orden del Sufragio de Oro* y, sucesivamente en 1998, fue nombrado *Profesional Emérito* de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, recibió el *Reconocimiento de la Comunidad Cristiana* “Al Encuentro con Dios”, y fue nombrado *Personaje del Año* en Caldas por el Club Rotario. En diciembre de 2001, por sus 50 años de trabajo musical, la Caja de Compensación Familiar (Compensar) de Bogotá le concedió una *Condecoración Especial* por su labor de Gestión Cultural.

El año 2002 recibió varios reconocimientos, así: El *Escudo de Antioquia* Categoría Oro (Decreto número 640) de la Gobernación de Antioquia, una *Medalla de Oro* de la Alcaldía de Medellín, sendas *Condecoraciones* de la Asamblea de Antioquia, del Concejo de Medellín y de la Alcaldía de Caldas; la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia le concedió el grado *Honoris Causa*, como *Especialista en Gestión y Promoción Cultural*, y recibió la *Medalla al Mérito Cultural* del Ministerio de Cultura.

En 2003 también fue de exaltaciones: recibió una *Condecoración* del Concejo de Medellín por la fundación de la Orquesta Filarmónica, la *Orden*



\* Orden Cámara de Comercio de Medellín.



\* Universidad de Antioquia. Título *Honoris Causa*.



\* Corporación Universitaria Adventista.



\* Diploma y Escudo de Oro de la Academia de Medicina de Medellín.

al *Mérito Cívico y Empresarial Mariscal Jorge Robledo* de la Asamblea de Antioquia, la *Medalla Porfirio Barba Jacob* de la Alcaldía de Medellín y la *Medalla de Honor al Mérito* de la Gobernación de Antioquia, y de la Universidad Pontificia Bolivariana la *Distinción Talento Bolivariano* en el campo cultural. Y para terminar ese año de exaltaciones, noviembre de 2003, la Corporación Universitaria Adventista de Colombia (UNAC) le concedió a Correa la *Licenciatura Honoris Causa* en Música.

En 2005, recibe la *Medalla al Mérito Comunitario* de la Asociación de Consumidores de Medellín.

En el año 2009, el Centro Comercial Camino Real de Medellín coloca en el piso del Centro una *Estrella de la Fama* con el nombre del maestro Alberto Correa al lado de grandes personajes de la ciudad y el departamento.

En 2009, se le otorga el *Premio a las Artes y a las Letras* de la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia, como Fundador y Director de la Orquesta Filarmónica de Medellín.

En el año 2012, la Academia de Medicina de Medellín le concedió la *Medalla de Oro*, máxima distinción que otorga esta institución por “los servicios prestados a la medicina y a la sociedad de Medellín”.



En el año 2013 recibe el *Premio Nacional de Vida y obra* del Ministerio de Cultura de Colombia, la *Orden del Congreso* de Colombia en el grado de *Caballero*, y un *Reconocimiento* del Estudio Polifónico de Medellín a su fundador y director, y es nombrado Director Musical del XXXVI Festival de Música Religiosa de Marinilla (Antioquia), y Director Emérito de la Orquesta Filarmónica de Medellín.

Además, ha recibido condecoraciones y reconocimientos del Sena, el Banco de Occidente, de los Concejos Municipales de Sonsón, de Caldas, el Peñol y Yarumal, y del Colegio María Auxiliadora en sus 95 años. ✨

## Biografías mínimas



✨ Orden del Arriero, Caballero de Honor.



✨ Festival de Coros Compensar, Reconocimiento a su dedicación a la pedagogía.



✨ Medalla de la Alcaldía de Medellín, Categoría Oro.



✨ Orden del Mérito Cívico y Empresarial Mariscal Jorge Robledo, Grado Oro.



✨ Orden del Congreso de Colombia en el grado de Caballero.

© Luis Carlos Rodríguez



**A continuación, intentaremos reseñar brevemente algunos personajes mencionados en este trabajo:**

**Acevedo Gómez, Sergio.** (Bucaramanga, 1945). Director de orquesta, estudió música en Viena, Florencia y Roma, después de ser titular de la Orquesta Sinfónica de Antioquia por más de una década, en 1994 fue fundador de la Facultad de Música de la Universidad Autónoma de Bucaramanga y entre 2003 y 2010 dirigió la Orquesta Sinfónica de dicha institución.

**Alvin, Juliette Louise.** (Inglaterra, 1897-1982). Violoncelista, intérprete de la viola da gamba y musicoterapeuta pionera. Fundó la Society for Music Therapy and Remedial Music en 1958 (más tarde rebautizada como British Society for Music Therapy), y, en 1967, inició el primer programa de formación en musicoterapia de la Gran Bretaña en la Guildhall School of Music and Drama de Londres. También promovió la musicoterapia en todo el mundo. Visitó Japón en 1967 y 1969, intercambiando teoría y práctica con los pioneros japoneses de la musicoterapia. Alvin fue autora de varios libros, incluyendo *Music Therapy for the Handicapped Child* (1965), *Music Therapy* (1966) y *Music for the Autistic Child* (1978).

**Atehortúa, Blas Emilio.** (Santa Helena, Medellín, 1933), compositor, investigador, arreglista, director, educador, gran divulgador y funcionario administrativo, es uno de los creadores más conocidos fuera y dentro del país en los terrenos de la música, habiendo recibido innumerables reconocimientos en Colombia y el exterior. Recibió formación en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, en el Conservatorio Nacional de Música y en el exterior –Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales (CLAEM) del Instituto Torcuato di Tella de Buenos Aires e Instituto de Educación Internacional de New York, entre otros–. Gran pedagogo musical, ha conducido los destinos de varios conservatorios y ha regentado cátedras superiores

y de composición dentro y fuera del país. Con una obra sumamente original, de gran variedad y recursos, su producción ha evolucionado desde el neoclasicismo con referencias nacionalistas y americanistas, hasta el tardo-romanticismo y el eclecticismo, pasando por miradas a las formas barroca, clásica, romántica, serial y electroacústica. Sobresalen en su vasto catálogo las partituras orquestales *Tríptico* Op. 8 (1960), *Estudios sinfónicos* Op. 36 (1968), *Canticum et Epicedium* Op. 48 (1971), *Sh'ma Deuteronomio 6-4* Op. 59 (1976), *Cinco Piezas a Béla Bartók* Op. 104 (1981), *la Fantasía y Toccata Latinoamericana para bronce* Op. 175 No. 1 (1993), así como la *Elegía americana Apu Inka Atawalpaman –Op. 50* (1971), los poemas sinfónicos-vocales *Simón Bolívar* Op. 95 (1980), *Kadish –Elegía Sinfónica–* Op. 107 (1981) y el oratorio *Cristóforo Colombo* Op. 167 (1991), sendos homenajes o *pastici* a la manera de Bach, Vivaldi, Frescobaldi, Rameau, Mozart y Haydn, varios trabajos concertantes para timbales, piano, clarinete, oboe, violín, viola, percusiones, y muchísima música de cámara, vocal y para cine.

**Biava Sosa, Luis.** (Caracas, 1934). Violinista y director, inició estudios musicales con su padre, el maestro italiano Pedro Biava Ramponi y fue miembro de la Orquesta Filarmónica de Barranquilla hasta cuando ingresó a la Orquesta Sinfónica de Colombia en 1952. Estudió dirección de orquesta con el maestro Olav Roots en la Universidad Nacional de Colombia. Posteriormente realizó estudios de Fuga y Composición en la Manhattan School of Music de Nueva York. Completó su formación con estudios de violín y Orquesta de Cámara en la Academia Santa Cecilia de Roma. Tiene el honor de haber sido el primer colombiano designado director titular de la Orquesta Sinfónica de Colombia desde 1982 hasta 1984, renovando en ese momento el repertorio de la Orquesta, la presentación de solistas nacionales e internacionales, así como el desplazamiento de la orquesta por diversas regiones

del país. Antes de este período había sido concertino y director asistente de la Sinfónica especialmente en la década del sesenta. Desde 1984 fue concertino de segundos violines de la Orquesta Sinfónica de Filadelfia –una de las cinco mejores orquestas del mundo– hasta llegar a ocupar el cargo de Director asistente. Director invitado de la Orquesta Filarmónica de Hong Kong, de la Orquesta Sinfónica de Sao Paulo, ha sido profesor y director de la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Temple en Filadelfia. En 1999 realizó la dirección musical de la grabación del CD y video del concierto de la Orquesta de Filadelfia efectuado para beneficio de la orquesta con repertorio clásico. Desde el 2001 es músico invitado por el gobierno de Japón, para seleccionar los mejores músicos jóvenes que anualmente conforman una orquesta sinfónica para realizar conciertos en ese país.

**Contreras Bello, Manuel.** Tenor colombiano, formado en el Conservatorio de Música de la Universidad Nacional en Bogotá, junto a los maestros Álvaro Guerrero, Luis Macía y Carmiña Gallo. Posteriormente, estudió en Milán (Italia) bajo la tutoría de la maestra Adelina Cambi. Es uno de los cantantes más prestigiosos del país, dueño de un repertorio vasto y variado, y residenciado en Europa, ha participado en innumerables conciertos y recitales internacionales.

**Correa Fernández, Benjamín.** (tío de Alberto) (Copacabana, 1888-1974), exnovicio jesuita, fue largos años secretario del Juzgado Segundo Civil del Circuito de Medellín en el que trabajaba Fernando González Ochoa como Juez, su entrañable amigo y su compañero del *Viaje a pie*. Sus conversaciones con *El Brujo de Otraparte* sobre sus recuerdos como monaguillo y aspirante a clérigo, constituyen la materia prima para *Don Benjamín Jesuita predicador*, novela escrita por González y publicada inicialmente por entregas en la revista *Antioquia* en 1936. En esta obra el autor habla acerca de los viejos curas de Antioquia, los sacristanes y monaguillos,

sus costumbres y amistades y su medio ambiente. La edición completa en forma de libro se hizo póstumamente, casi medio siglo después, incluyendo además otras tres novelitas de González: *Poncio Pilatos, envigadeño, Casiano, Presbítero* y *El Entierro de Valerio Suárez en San Jerónimo*. Según sus conocedores, esta se puede catalogar como la única novela picaresca total en la literatura colombiana, al unir impecablemente pensamiento filosófico y humor, como se predicaba en el Lazarillo de Tormes.

**DuPont, Stella.** En 1967 fundó el Coro de Cámara de Popayán. En 1964 su esposo Edmundo Mosquera fundó el Festival de Música Religiosa de Popayán y luego de su fallecimiento en el año 2000 ella lo dirige.

**Gómez-Vignes, Mario.** (Santiago, Chile, 1934), compositor, pedagogo, musicólogo, crítico y director, radicado en nuestro país desde 1960, ha sido uno de los más destacados educadores musicales de Colombia en la segunda mitad del siglo. Su trabajo más importante en el campo de la investigación musicológica es el arquetípico estudio biográfico y analítico titulado *Imagen y Obra de Antonio María Valencia* (1991), que mereció el Premio Robert Stevenson de Musicología (Mención Honorífica), otorgado por el Centro Iberoamericano de Educación Musical de la Organización de Estados Americanos, en Washington (1993). Como creador, posee una extensa producción en todos los géneros, en la que se destacan la *Sonata para violín y piano* (1964), la *Sonatina para clarinete y piano* (1966), un *Concerto Grosso* (1967), *Metamorfosis Sinfónica de un Intervalo de Segunda* (1968), una *Sinfonía* (1970), *Cantata Breve* «Episodio y Elegía» (1970), para coro mixto a capella (sobre textos del *Canto general* de Pablo Neruda), *Cuatro Bocetos de Meghnon* (1974), para dos orquestas de arcos, la cantata *Trenodia del cautiverio* (1975), las didácticas *Danzas concertantes* (1979), *Opus Quinientos, ensayo para orquesta* (1992), *Concerto para clavecín guitarra y orquesta*

de arcos (1993), *Sonata para percusión y piano* (2001), piezas incidentales y otras interesantes páginas camerísticas, pianísticas, vocales y corales.

**González Ochoa, Fernando.** (Envigado, 1895-1964). Escritor, filósofo, diplomático y abogado, es uno de los personajes fundamentales de la cultura antioqueña en el siglo XX. Fue conocido también como *El Brujo de Otraparte*. En su prolífica obra utilizó originales estilos literarios que simultáneamente discurren en la sociología, la historia, el arte, la moral, la economía, la epistemología y la teología. Ha sido considerado “uno de los más vitales, polémicos y controvertidos escritores de su época” y su influencia ha llegado hasta nosotros medio siglo después de su muerte. La obra de González Ochoa fue decisiva en el nacimiento del llamado Nadaísmo, movimiento literario fundado por Gonzalo Arango, uno de sus discípulos. Su sobrino Tomás González, uno de los escritores colombianos más importantes de la actualidad, le reconoce como una referencia trascendental en su vida, recordándolo con suma admiración, y la figura del tío es base para el personaje central de su novela *La historia de Horacio*. La Corporación Otraparte en Envigado es la encargada de la preservación de la obra y memoria del filósofo.

**Horváth, István Menich.** Director de orquesta de nacionalidad húngara, vinculado a Medellín por más de 30 años, dirigiendo la Orquesta Sinfónica de Antioquia, la Orquesta Mozart y la Orquesta de Cámara del Instituto de Bellas Artes de Medellín.

**León, Jaime.** (Cartagena de Indias, 1921), egresado de la Juilliard School of Music de New York, ha brillado en la dirección escénica (ópera, ballet y comedia musical) y en la interpretación pianística. Entre 1955 y 1958 fue director asistente de la orquesta del American Ballet Theatre, con la que viajó a varios países de Europa y del medio oriente y actuó en varios de los más importantes teatros del mundo. Trabajó después

con diversas orquestas y compañías de ópera y teatro musical de los Estados Unidos, y entre 1968 y 1972 dirigió de nuevo la orquesta del American Ballet Theatre, esta vez como director titular. Ese último año regresó definitivamente a Colombia como director de la Orquesta Filarmónica de Bogotá. Desde 1976 fue el Director Musical de la Ópera de Colombia y en su repertorio figuran *La Traviata*, *Madame Butterfly*, *El Barbero de Sevilla*, *Don Giovanni*, *La Bohème*, *Don Pasquale*, *Lucia de Lamermoor*, *La viuda alegre* y *Aida*, entre otras. En 1977 se vinculó a Colcultura como director de orquesta, época en que le fue encomendada la dirección del Teatro de Colón de Bogotá. Fue Director adjunto de la Orquesta Sinfónica de Colombia. Como compositor, son ejemplares sus casi medio centenar de Canciones, y las piezas pianísticas *Tema y variaciones* (1945) *Música para tres pianistas* (integrado por *Nocturno para la mano izquierda*, *Cumbia* y *Pasillo*), los cinco preludios *Made in USA* (1979), y *Remembranzas* (1964) para dos pianos. Además, las *Variaciones sinfónicas* sobre un tema de Bizet (1986) y su bellísima *Misa Breve* estrenada en el Festival de Música Religiosa de Popayán en 1980. Por su labor incansable para elevar el nivel musical en Colombia y por su labor como embajador cultural y pedagogo, es sin duda una de las figuras más importantes de la música artística en el siglo XX en Colombia.

**Manighetti, Luisa.** (Bérgamo, Italia, c. 1910 - Bogotá, c. 1960). Tras obtener su título de pianista a los 21 años, en el Conservatorio Giuseppe Verdi de Milán, llegó a Medellín en 1933 y participó activamente en la conformación de proyectos culturales en la ciudad. Autora del libro *Apuntes sobre historia y literatura del piano*, editado en Medellín por Antonio José Cano en 1941, en este texto recoge para sus estudiantes la rica tradición de la literatura pianística. Sus alumnos la recuerdan hoy por su carisma y metodología. Contribuyó notablemente con la formación pia-



nística de la ciudad, con destacadas alumnas como Blanca Uribe. Continuó su labor pedagógica en Bogotá en la década del 50, dirigiendo la Academia Italiana de Piano, que había iniciado en Medellín.

**Mascheroni, Pietro.** (Bérgamo, Italia, 1906-Medellín, 1979). Nacido en una familia de tradición musical, desde muy temprana edad se destacó como pianista y director de orquesta. Graduado a los 19 años como Profesor de piano en el Istituto Superiore di Studi Gaetano Donizetti de Bérgamo. Dirigió la orquesta de Cárcamo en Milán. Se radicó en Medellín en 1933 luego de que su compañía de ópera, la Bracale, quebrara tras una gira por Panamá, Venezuela, Costa Rica y Colombia. El primer trabajo que tuvo en Medellín fue como director del coro de la Iglesia de San Ignacio. Fue un pionero en Colombia en la conformación de orquestas de radio, siendo director artístico de *Emisora Claridad* y director musical de *La Voz de Antioquia*, reuniendo en sus orquestas músicos excepcionales. Realizó también una fructífera labor como profesor de piano, creando la Academia Italiana de Piano, con la excepcional artista Luisa Manighetti. En 1943, en asocio con Jorge Luis Arango, conformó la Compañía de Ópera Antioqueña, que debutó con *Rigoletto* y *La Traviata*. La compañía, patrocinada por las industrias más grandes e importantes de la ciudad, fue un éxito rotundo, hasta que llegó la temporada de 1946, que resultó en un descalabro económico. Vinieron luego dos nuevas temporadas que el maestro italiano organizó en 1958 y 1967. Dirigió luego la temporada de ópera patrocinada por Hacedeb en 1970. Con el violinista checo Joseph Matza, ofreció innumerables recitales de música de cámara. Su aporte al desarrollo de la ópera, la zarzuela y la música en general de la ciudad permitió conformar, en 1945, la Orquesta Sinfónica de Antioquia (OSDA). Junto al maestro Matza se convirtió en el eje del movimiento orquestal de Medellín.

**Matza Dušek, Joseph.** (Praga, 1904-Medellín, 1970). Violinista y director, estudió en el Conservatorio Nacional de Praga donde se graduó con honores en 1924 como violinista concertista, bajo la tutela de Jindich Feld, padre. Tras desempeñarse como profesor de violín en la misma institución, realizó algunas exitosas giras como solista recorriendo varias ciudades europeas, bajo la batuta de directores tan importantes como Fernández Arbós, Scherchen, Talich y Anserment. En octubre de 1930 inició una gira suramericana que lo llevó por Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela. De regreso a Bogotá, fue contratado para realizar varios conciertos y dictar la cátedra de violín en los Conservatorios de Cali y Nacional de Bogotá. A fines de 1935 emprendió una nueva gira de conciertos por Colombia, actuando en Pereira, Manizales y Medellín, donde se estableció definitivamente, entusiasmado por la afabilidad de su gente, el clima y numerosos alumnos privados. En 1938 fue nombrado profesor de violín del Instituto de Bellas Artes de esta ciudad, cátedra que desempeñó con algunas pausas hasta su muerte. Tras realizar varios conciertos como solista y dirigir la orquesta de cuerdas del Bellas Artes, en 1946 fue nombrado director titular de la Orquesta Sinfónica de Antioquia, cargo que ocupó hasta 1963, con dos interrupciones debidas a problemas financieros; época altamente fructífera en cuanto a difusión musical, ya que la presencia artística de Matza dio prestigio a la institución y atrajo algunos de los solistas y directores más destacados de Colombia y el mundo. En 1955 fue nombrado director de la Banda Departamental, que fue vinculada en 1960 al Conservatorio de la Universidad de Antioquia. En esta institución, el maestro Matza fue ratificado como director de la banda y regentó la cátedra de violín. En la década de los sesentas, Matza y la Banda del Conservatorio desempeñaron un papel fundamental en la difusión de la música clásica

en la ciudad, pues ofrecieron conciertos didácticos en escuelas, colegios, universidades y fábricas, además de presentarse todos los domingos en su tradicional retreta en el Parque de Bolívar y en conciertos populares en los barrios de la ciudad.

**Ortiz, Alfredo Rolando.** (Ciego de Ávila, Cuba, 1946). Médico, destacado arpista internacional, compositor, pedagogo, productor discográfico y coleccionista. A los once años emigró con su familia a Venezuela y en 1961 comenzó estudios de “arpa llanera” (“arpa criolla”) con Fernando Guerrero, un amigo de la escuela, y un año más tarde, de arpa paraguaya, con Alberto Romero. En 1964 viajó Colombia, para estudiar medicina en Medellín. En esta ciudad comenzó a actuar profesionalmente y grabó su primer disco. Con su música costeó sus estudios médicos en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia hasta su graduación en 1970. Estudió dos años Musicoterapia con Alberto Correa. Más tarde se trasladó a Estados Unidos para continuar su formación en esta disciplina. Desde 1978 su vida ha estado completamente dedicada a la música. Habiendo grabado más de 40 discos, siendo ganador de muchísimos reconocimientos, su música ha sido grabada por arpistas clásicos y folclóricos en numerosos países. También es autor de varios artículos y libros de música, y ha realizado conferencias y talleres en escuelas, colegios, universidades y festivales de arpa alrededor del mundo.

**Pérez González, Rodolfo.** (Medellín, 1929), formado en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, con cursos de especialización en España y Estados Unidos, se ha desempeñado como docente, investigador, transcriptor, director de coros, animador de empresas musicales en Antioquia e historiador musical a través de programas radiales y libros de gran erudición. Fundó en 1951 la Coral Tomás Luis de Victoria de Medellín y fue su director por varias décadas. Entre sus creaciones sobresalen la ópera *El inspector* sobre textos de Nicolai Gogol (1956),

el *Salmo Miserere* para solistas, coro masculino y cuerdas (1969), el ciclo vocal *Tierra de promisión*, sobre poemas de José Eustasio Rivera (1991), el *Poema Coral* sobre versos de Jorge Manrique, un *Cuarteto de cuerdas* (1960), un *Noneto* (1971) y un *Quinteto* (1975), ambas para vientos, y una abundante producción bajo el nombre genérico de *Canciones*, para coro masculino y para coro mixto, sobre textos de Meira Delmar, P.B. Shelley, Juan Ramón Jiménez, Lord Byron y otros.

**Roots, Olav.** (Uderna, Estonia, 1910-Bogotá, 1974), director, pedagogo y pianista, una de las más importantes figuras de la música colombiana en el siglo XX, por haber sido el animador de la Orquesta Sinfónica de Colombia en su “Época de Oro” – por cerca de un cuarto de siglo–, de la Sociedad Coral Bach y de otras instituciones, siendo los años más brillantes de la vida musical del país en este período. Como compositor, dejó un pequeño catálogo, integrado por las obras orquestales *Variaciones y Pasacaglia* y *Sinfonía*, la *Secuencia del Solitario* (Homenaje a León de Greiff) para solistas vocales, coros y orquesta, varias *Canciones* y *Meditación y rondó* para piano.

**Salazar, Sofía.** Cantante lírica nacida en Medellín, es una de las voces colombianas con mayor reconocimiento internacional. Estudió en el Instituto de Bellas Artes de esta ciudad y luego en Milán, con Sara Corti. Debutó en la Ópera de Colombia con el papel de Ulrica en *Baile de Máscaras* de Giuseppe Verdi, aunque su consagración se logró con el papel de Azucena en *El Trovador*. Representando al país triunfó en el Luciano Pavarotti International Voice Competition, auspiciado por la Compañía de Ópera de Filadelfia, en los Estados Unidos. Obtuvo el segundo premio en el Concurso Mundial de Voces Verdianas «Ciudad de Busseto» (Italia). En 1983 recibió el premio especial a la más joven mezzosoprano finalista en el XXI Concurso Internacional de Canto Francisco Viñas (Barcelona, España). En junio de 1986, en la ciudad catala-

na de Sabadell, logró enorme éxito en el papel protagónico de la ópera *Carmen de Bizet*, junto al famoso tenor español Pedro Lavirgen. Residencia en España, se presentó en varios escenarios europeos con positivos comentarios de la crítica especializada. Ha sido dirigida por figuras de la talla de Carlo Bergonzi, Will Dicker, Mauricio Arena y Nello Santi. Desde el año 2004 integra el grupo de solistas de renombre internacional que reúne la Fundación Prolífica de Antioquia, haciendo parte de óperas como *Rigoletto* de Verdi y *Carmen* de Bizet, y de algunos títulos de zarzuela.

**Tafur, Marina.** Soprano caleña, estudió en el Conservatorio Nacional de Música de Bogotá, e inició su carrera lírica bajo la dirección del maestro antioqueño Luis Macía. Con una beca del gobierno francés continuó sus estudios en la Escuela Nacional Superior de Música de París. Ha desarrollado una brillante carrera de conciertos no sólo en Latinoamérica, sino en Europa, como solista con la Orchestre de la Suisse Romande y el Collegium Musicum de Ginebra (Suiza), y en Estados Unidos con numerosas orquestas. En Bogotá participó con gran éxito en varias temporadas de ópera. Hace más de 20 años vive en Londres, y es la madre de Juanita Lascarro, otra soprano colombiana de renombre internacional.

**Tena, José María.** (Zaragoza, España, 1896-Medellín, 1951), director de orquesta y especialista en obras escénicas, desde su llegada al país hacia 1930, bajo su batuta estuvieron varios conjuntos orquestales de emisoras en Bogotá y Medellín, y como pionero tuvo la constante preocupación de estudiar e instrumentar para gran orquesta los aires tradicionales colombianos. Destacan en su abundante producción varias zarzuelas, las piezas orquestales *Suite colombiana*, *Estampa criolla* y *Capricho colombiano*, algunas obras vocales de gran mérito –entre ellas *No me vuelvas a llorar*, *Cuando llegaste tú*, *Quiéreme* y *Romance de la niña negra*– y casi un centenar de partituras

breves escritas en los ritmos vernáculos –como *Buganvil*, *El Travesco* y *Noches del Tolima*–.

**Upegui Acevedo, Alberto.** (Medellín, 1937-2014). Abogado de la Universidad Pontificia Bolivariana, se desempeñó en distintos cargos en el sector público y privado, destacándose siempre su interés por la cultura. Ocupó cargos gerenciales en las emisoras Todelar, RCN Radio, Caracol Radio, Radio Sutatenza y la Radiodifusora Nacional de Colombia. Creador, director, libretista y presentador de distintos espacios televisivos, subdirector de Bellas Artes de Colcultura, Ministro Consejero de la Embajada de Colombia en Italia. Sus mayores pasiones fueron la ópera y el arte nacional. Fundó en 1970 una compañía lírica que llamó Festival Internacional de Ópera de Medellín. Cuando era director de la Radio Nacional, fundó la Ópera de Colombia en 1976, animando las carreras de figuras nacionales como Zorayda Salazar, Marina Tafur, Martha Senn, Sofía Salazar y Alejandro Ramírez, entre otros. En 1988, al frente del Instituto de Cultura de Bogotá, creó los Talleres de Canto del Planetario Distrital y surgió una nueva generación de voces, como Juanita Lascarro, César Gutiérrez y Diver Higuaita. Entonces, hizo Ópera en el Teatro Municipal de Bogotá, y en 1992, la Compañía de las Clásicas del Amor, en el Auditorio de Skandia en Bogotá. Además de muchas de las ya mencionadas iniciativas, también junto a su esposa, la maestra Carmiña Gallo, fundó la Corporación que lleva su nombre.

**Valencia Barco, John Hérbert Pbro.** (Nóvita, Chocó, 1936). Sacerdote, sociólogo, antropólogo y docente, polémico y contradictorio. Hizo estudios de filosofía y teología en la Universidad Javeriana de Bogotá, y fue ordenado en 1965. En la misma universidad recibió el grado de Sociólogo y comenzó a ejercer la docencia primero en el Colegio Mayor del Rosario en Bogotá y posteriormente en Quibdó en el Instituto Femenino Integrado, en el Colegio Manuel Ca-



ñizales y en el Carrasquilla. Desde 1972 fue profesor de Sociología, Investigación y Antropología en la Universidad del Chocó. En 1978 presentó la tesis *Survivances Bantú au Chocó, Colombie*, con la cual obtuvo en la Universidad Nacional del Zaire (hoy República del Congo, África), su título de Doctorado en Antropología. Es autor de los libros: *¿Una raza tiene su propia cultura?, ¿La ciencia es atea?, Pautas fáciles para hacer investigación científica* (1989) y *Antropología cultural y social* (1992), en coautoría del profesor Juan Tulio Córdoba. El Padre Herbert Valencia no solamente ha demostrado sus dotes de gran polemista a través de los libros, sino también en los periódicos, por las emisoras y aun por intermedio de hojas volantes. Durante los primeros años de su ministerio fue encargado de la parroquia del río Quito. Después se encargó de la parroquia de Yuto, San Judas Tadeo y finalmente de la capilla del Divino Niño Jesús, la que hizo remodelar y elevar luego a parroquia. Trabajó hasta su jubilación como profesor de la Universidad del Chocó. Fue uno de los candidatos al Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales 1993.

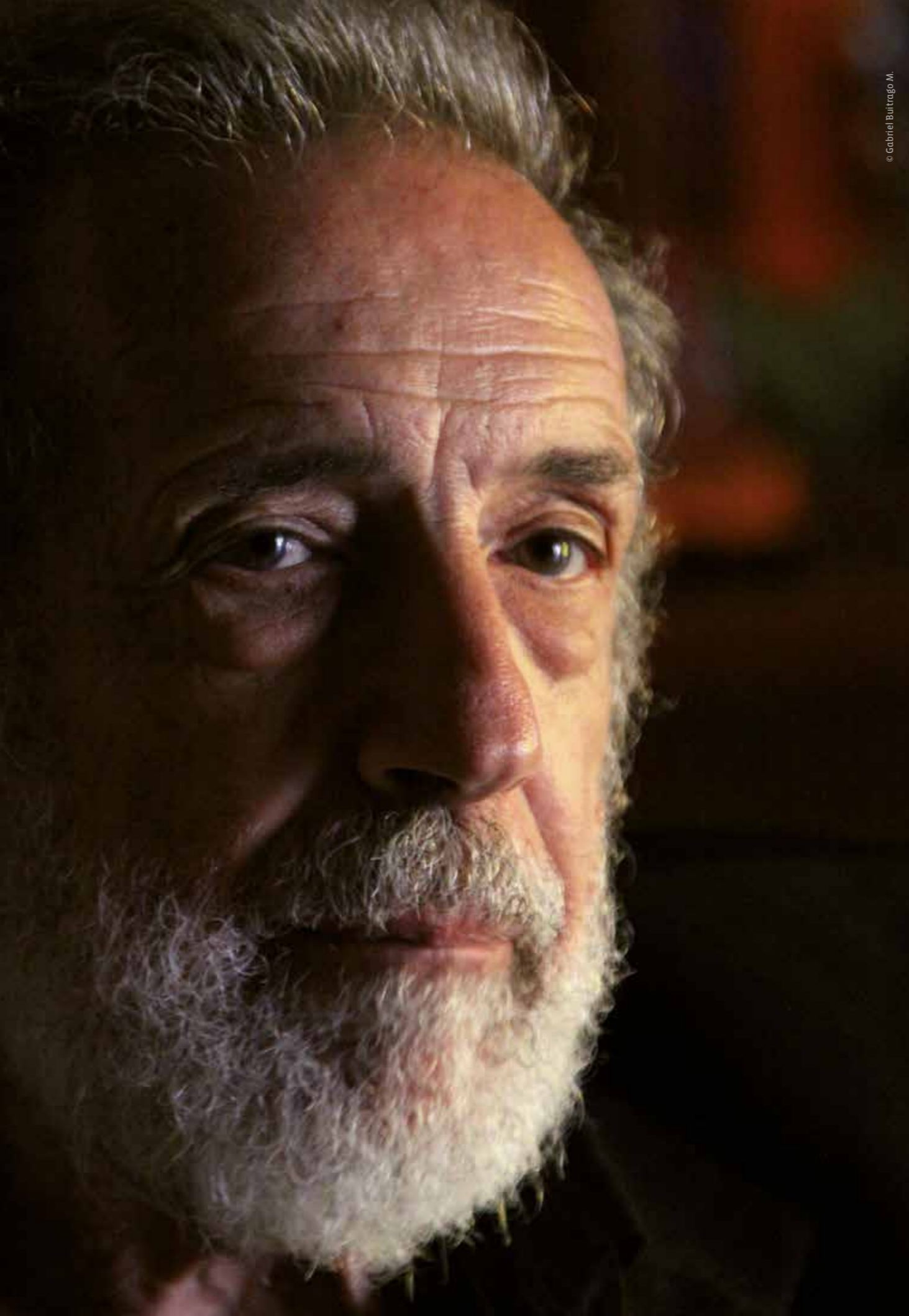
**Valencia Cano, Gerardo, Monseñor.** (Santo Domingo, Antioquia, 1917 – Antioquia-Chocó, 1972). Se ordenó como sacerdote misionero en el Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal, en 1942. Un año después fue nombrado como profesor del Seminario de Misiones de Yarumal y luego realizó estudios en Bogotá. En 1949 fue nombrado Prefecto Apostólico del Vaupés, donde ejerció por más de tres años. El 24 de mayo de 1953 fue consagrado como Vicario Apostólico de Buenaventura, donde ejerció su ministerio episcopal hasta su muerte. Entre 1956 y 1959 fue además Superior General de los Misioneros Javerianos de Yarumal. Entre 1962 y 1965 participó en las deliberaciones del Concilio Ecuménico Vaticano II. En 1966 fue designado como presidente del Centro Antropológico Colombiano de Misiones. Fue

nombrado además presidente de la Comisión de Misiones del Congreso Eucarístico Internacional y como tal organizó el Primer Encuentro Continental de Misiones de América Latina en Melgar (Tolima), en el cual propuso el desarrollo de una pastoral para los afrolatinoamericanos. En agosto de 1968 fue un activo participante de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Medellín. En diciembre de 1968 se convirtió en anfitrión del Segundo Encuentro del Grupo Sacerdotal Golconda, cuyo manifiesto suscribió y defendió. Falleció el 21 de enero de 1972 al estrellarse el avión en que viajaba en un cerro entre Antioquia y Chocó.

**Yepes Londoño, Gustavo.** (Yarumal, 1945), director de orquesta y coros, docente, musicólogo teórico e investigador musical, compositor, arreglista y pianista. Licenciado en Música de la Universidad del Valle (1984) y Master of Arts de la Carnegie Mellon University de Pittsburgh, Estados Unidos (1987), donde estudió con los maestros Samuel Jones y Werner Torkanowsky. Entre 1975 y 1981 tomó cursos de dirección orquestal y dirección de las óperas de Mozart con los profesores Harold Farbermann, Carl Melles, Milan Horvath, Franco Ferrara y Sir Charles Mackerras en la Universität Mozarteum de Salzburgo (Austria), curso de dirección de orquesta en el Teatro La Fenice de Venecia (1975), en South Carolina University (1985), y en el Conservatorio de Viena. Fue director de la Orquesta Sinfónica de Antioquia (1974-1976), Orquesta Sinfónica del Valle (1979-1985) y de la Orquesta Sinfónica de la Universidad Nacional de Colombia (1988-1994), también ha sido director invitado de la Orquesta Sinfónica EAFIT, Orquesta Filarmónica de Bogotá, Orquesta Filarmónica de Medellín y Orquesta Filarmónica de Cali y ha dirigido los coros de las Universidades de Antioquia y del Valle, Coral Amor Musicae, Coral Tomás Luis de Victoria y Cuarteto Vocal Quadro Vo-

cale. Ha sido profesor e investigador en varias de las más importantes escuelas musicales de Colombia. En la actualidad se desempeña como docente en el área de teorías de la música en el Departamento de Música de la Universidad EAFIT en Medellín. De igual manera ha desempeñado labores administrativas en las Facultades de Artes de la Universidad del Valle y de la Universidad de Antioquia, y ha sido presidente del Consejo Nacional de Música y miembro del Consejo Nacional de Cultura (1999-2001). Como compositor, en su obra original se destacan la ópera de cámara *Documentos del Infierno* (libreto de Enrique Buenaventura y Mario Yepes), la pieza *Del Big Bang al fin del universo* (1999) para dos narradores, hombre y mujer, coro mixto y orquesta no convencional; la obertura *No a las armas* (2004) para orquesta sinfónica, el oratorio *Requiem-Trío* para violín, piano y bajo profundo cantante, *12 Canciones para voz y piano* sobre textos de Federico García Lorca, León de Greiff, Luis Carlos López, Porfirio Barba Jacob, Carlos Villafañe y otros; varias *Canciones Corales* sobre textos de Rafael Pombo, León de Greiff, Luis Carlos López, Porfirio Barba Jacob, Carlos Villafañe, Paul Verlaine y otros, *Coplas a la muerte de mi padre*, para coro mixto, solistas y órgano o clave (texto de Jorge Manrique), dos Misas; *Conversación para Trío y Suite Leyenda* (2004) para sexteto de cámara, *Duetos líricos* para soprano y clarinete y *Perorata* para trombón y piano pasivo (2005); *Álbum, Pre- y Postvariaciones sobre "Chaflán"* y una decena de piezas andinas colombianas diversas para piano, fuera de innumerables *Versiones Corales* de la música tradicional de los andes colombianos, medio centenar de arreglos corales de villancicos navideños y una decena de arreglos de música instrumental tradicional andina colombiana. Suyas son también varias traducciones prosódicas (cantables) de textos de ópera al castellano (del italiano, alemán, inglés, francés). ✨





© Gabriel Bultrago M.

A

Alberto Correa Cadavid es un quijote de la música, soñador, a veces iluso, siempre vehemente y repleto de esperanzas. Su vida y sus obras son ejemplos de trabajo altruista y de compromiso con la música y la cultura de la ciudad de Medellín.

La lectura de este libro, escrito como uno de los reconocimientos otorgados por el *Premio de Vida y Obra* del Ministerio de Cultura de nuestro país en el año 2013, es una invitación a todos los colombianos a seguir creyendo en el arte y en el poder supremo de la música, como lenguaje universal de paz y de amor. Es el testimonio de una existencia entregada con desinterés a la cristalización de muchos sueños, a una lucha sin armas para que todos disfrutemos de lo mayor y mejor de la humanidad. Es el agradecimiento sincero y profundo a un artista que ha dado todo por sus ideales.

Cuando la escritura del texto llegaba a su fin, se presentó la salida no muy grata del maestro Correa de la Orquesta Filarmónica de Medellín, una de sus obras más importantes y la que le dará por siempre un recuerdo entre las gentes de la ciudad y del país. Él ha tomado todo como una nueva oportunidad, como un despertar, como un aviso. Esto nos convenció de la entereza de su carácter y de la humildad con la que ha asumido su vida artística.

Más bien, nos aventuramos a comentar su futuro no lejano: con una vitalidad a toda prueba y como ejemplo a las nuevas generaciones, a sus 72 años está terminando estudios de Maestría en Humanidades en la Universidad Católica de Oriente en Rionegro, y haciendo planes para seguir el Doctorado. Continúa dirigiendo el Estudio Polifónico de Medellín, presentando conciertos en algunas parroquias, escenarios y salas de la ciudad, junto a una orquesta de cámara en la que reúne varios de sus más cercanos amigos, interpretando a Bach y otros compositores barrocos favoritos con instrumentos de época.

Por otro lado, fue invitado a dirigir en los Estados Unidos a principios de 2014, y todo el año, al frente de su nueva orquesta junto al Estudio Polifónico, presentó varios programas sinfónico-corales, cerrando el año con un hermoso concierto de *El Mesías de Händel*, en la conmemoración de los 40 años ininterrumpidos de interpretar esta obra. Así mismo, tiene lista la celebración de los 50 años de su coro. Cuenta con muchísimos proyectos más para seguir tomando la batuta en sus manos y llevar el mensaje de los compositores más importantes de la historia a todos los públicos.

Para terminar, quisiéramos que este trabajo quedara como una de sus herencias: como su huella de vida, como otra de sus improntas impercederas.

Va nuestra profunda gratitud al maestro Correa, por la infinita generosidad con la que abrió su alma y nos dejó escudriñar en sus recuerdos, y comprobar en él la integridad sin límites de un ser humano bondadoso.



*Dios está 'enredado' en medio  
de las notas de la partitura.*

*Búscalo y encuéntralo ahí.*

*Verás la razón por la cual hacemos música.*